

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 25 abril - 1 mayo 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 282

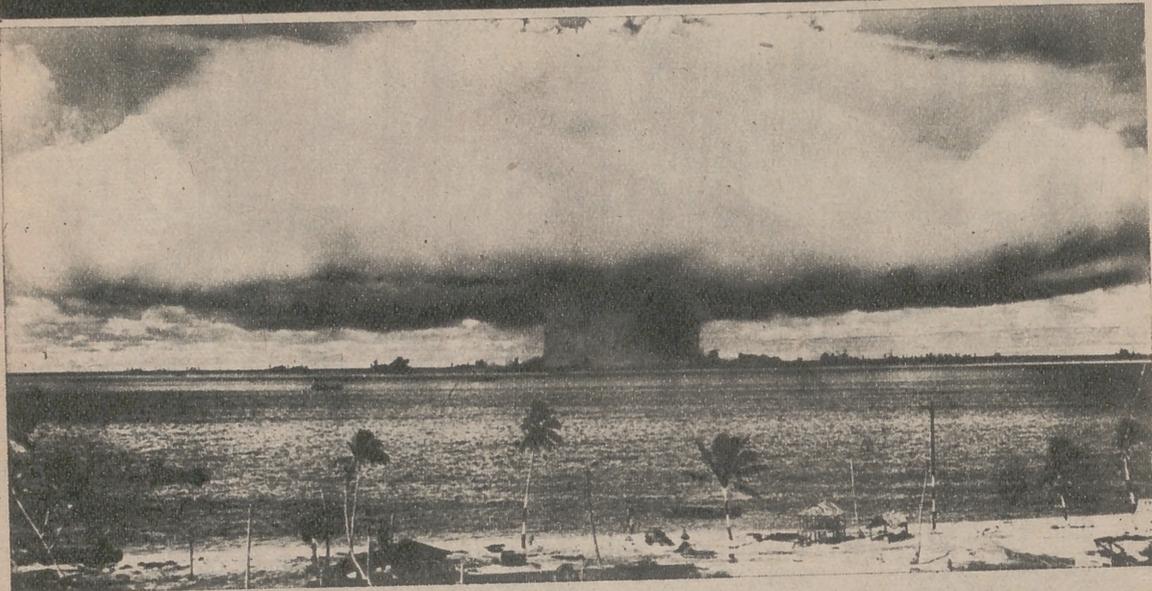
LA BOMBA DE HIDROGENO: UNA REALIDAD
LA BOMBA DE COBALTO: UNA HIPOTESIS
LA BOMBA DE NITROGENO: UN RUMOR



ALANCE ENTRE LA FANTASIA Y LA MUERTE

LOS ESPAÑOLES OPINAN SOBRE LA "CIVILIZACION DEL MIEDO"
LAS REDES DEL ESPIONAJE EN
LAS CIUDADES DEL ATOMO

BALANCE ENTRE LA FANTASIA Y LA MUERTE



«EL diminuto dios del mundo continúa siendo el mismo; es tan original como lo era el día en que fué creado. Arrastraría una vida más soportable si no le hubiese sido dado un reflejo de la luz celeste, reflejo al cual él ha bautizado con el nombre de Razón, y que sólo emplea para mostrarse cada vez más brutal que una bestia.»

Con el resentimiento en las entrañas, siempre maligno y amargado, es Mefistófeles el que así maltrata al hombre. Aunque parezca extraño, una acusación tan desoladora fué escrita antes de que apareciesen sobre la tierra las armas atómicas y termonucleares. Iba dirigida contra el hombre en general, mirando sclamente el costado dañado de su naturaleza.

La bomba de hidrógeno—realidad patente ya—y sus hermanas fantasmales bautizadas con los nombres del cobalto y el nítrógeno han entrado en los corazones con carácter de amenaza misteriosa, nacida de un poder superior y desconocido. Realmente, la tempestad de desolación que los ingenios bélicos actuales son capaces de desencadenar encoge el ánimo. Mas, por fortuna, en los acontecimientos hasta hoy sobrevenidos no falta un dominio concreto de la razón sobre la materia. Todavía no se puede afirmar que a los técnicos atómicos—como al fracasado aprendiz de brujo—se les ha escapado de las manos el poder que manejan. Con el auxilio de los datos de que se dispone se adquiere un temor nuevo, consciente, con causas directas y tangibles, pero también limitado. Quizá lo más claro y lo más tranquilizador sea saber que hasta ahora nunca ha estado el predominio en manos de los rusos. Jamás han tenido el monopolio de las armas más fuertes concebidas por la mente del hombre. Tampoco parece que en el futuro lo consigan. A quien conoce la probada frialdad del comunismo ante la destrucción masiva no le queda más remedio que dar gracias a Dios porque las cosas hayan transcurrido así.

Recién acabada la segunda gue-

Explosión de una bomba atómica en el atolón de Bikini

rra mundial, cuando aún tenían el monopolio absoluto de las armas atómicas, los Estados Unidos propusieron un proyecto internacional de vigilancia para evitar su uso, tratando de dirigir hacia fines pacíficos la energía nuclear. El proyecto fué rechazado precisamente por Rusia. Hoy Norteamérica—según afirmaciones solemnes del Presidente Eisenhower—ha dado el cerrojazo a la carrera de armamentos termonucleares. No serán construidas en el futuro bombas de hidrógeno más potentes que las actuales. Si este propósito se cumple y se hace cumplir a los demás—a Rusia no es tan fácil—se habrá detenido definitivamente la marcha emprendida en Alamogordo hacia una catástrofe universal.

LA COMPLICADA HISTORIA DE LA BOMBA DE COBALTO

Al cobalto le viene el nombre de unos espectros misteriosos, mitad hombres muertos y mitad demonios: los coboldos. Claro que un fantasma, por terrorífico que sea, siempre tiene posibilidad de hacer travesuras. Mirando así las cosas, la bomba de cobalto ha debido heredar integra las cualidades de sus lejanos parientes. Ninguno de los modernos medios de destrucción ha dado motivo a tantos episodios sabrosos. He aquí un ejemplo:

El día 7 de abril, el «New York Times» publicó una espeluznante hipótesis, original de mister Harrison Brown: «Si se lanzaran bombas de hidrógeno y de cobalto, de Norte a Sur, por una línea que pasara por Praga, podría ser destruida toda la vida humana y vegetal en una faja de 2.400 kilómetros de anchura, que se extendería desde Leningrado a Odessa, y de 4.800 kilómetros de longitud, desde Praga a los montes Urales.» La hipótesis, muy verosímil, puede intranquilizar al más sereno sin necesidad de exageraciones.

El número indeterminado de bombas de cobalto e hidrógeno que necesitaba el profesor Brown ha quedado reducido, por arte de magia, a un solo proyectil. De todas formas, la cotización destructora de la bomba de cobalto ha descendido: en septiembre de 1953 se daba como cierto que con una, con una sola, nos iríamos todos los terrícolas al otro mundo.

LAS INQUIETUDES DEL PROFESOR SZILARD

Leo Szilard, profesor de la Universidad de Illinois, es uno de los muchos hombres que han puesto los pelos de punta a millones de norteamericanos a través de la televisión. Con la misma serenidad que si explicara una lección en su cátedra dijo allá por 1950: «Si una bomba de hidrógeno capaz de producir 50 toneladas de neutrones comunicase su radiactividad a un cuerpo juiciosamente escogido, éste, pulverizado por la explosión, iría recubriendo la superficie del planeta con una nube uniforme y uniformemente mortal.»

El profesor Szilard recomendó como cuerpo más juicioso el cobalto. Un metal muy parecido al níquel, que se vende a tres dólares el kilo y que puede ser transformado por bombardeo neutrónico en un isótopo radiactivo, el cobalto 60, cuya vida media es de unos cinco años. Sin pararse a meditar lo que decía, el profesor añadió que serían precisas 400 toneladas de hidrógeno pesado para cargar la bomba propiamente dicha.

La idea estaba lanzada. Desde aquel día la Humanidad iba a disponer de un motivo de insomnio más. Faltaban, sin embargo, algunos datos complementarios. De buscarlos se encargó otro profesor norteamericano: James R. Arnold. Mister Arnold, echando sus cuentas, llegó a la conclusión de que cien mil toneladas de cobalto, por lo menos, serían precisas para recubrir la bomba capaz de destruir el mundo.

En cuanto al hidrógeno pesado, halló que la cantidad necesaria estaría mucho más próxima a

las 10.000 toneladas que a las 400. Por fortuna, ni tanto cobalto ni tanto hidrógeno pesado son fáciles de encontrar. Dios sabe cuántos años habría de trabajar *exclusivamente en esta tarea toda la industria norteamericana* para llegar a almacenar las materias primas necesarias.

Mas pasó el tiempo. Las ideas del profesor Szilard, como más escandalosas, quedaron en el aire. En cambio, las prudentes opiniones de mister Arnold cayeron en el olvido.

PRIMERA RESURRECCION DE LA BOMBA DE COBALTO

Septiembre, 1953. Inglaterra, en un esfuerzo desesperado para no quedarse atrás en la carrera de armamentos atómicos, va a realizar sus primeras experiencias en el campo de tiro de Woomera (Australia). Alguien, no se sabe exactamente quién, lanza el rumor de que va a ser ensayada la bomba de cobalto. Un escalofrío da la vuelta al mundo y se detiene en Melbourne. Los australianos no las tienen todas consigo. Para terminar de complicar las cosas, el profesor de turno —esta vez Marcus Oliphant— declara que la explosión, de ser llevada a cabo, podría borrar la vida de nuestro planeta. Los periódicos se llenan de comentarios aterradores. Hay quien describe con todo lujo de detalles el proceso de aniquilamiento. Los coboldos juegan otra mala pasada: en los titulares de los periódicos comienza a llamarse a la bomba de cobalto bomba C. Pero el símbolo químico del cobalto es Co. Nadie recuerda ni a mister Szilard ni a mister Arnold, los dos padres de la criatura. Y el incidente se queda reducido a una simple tormenta de verano.

HANS THIRRING HACE LA GUERRA POR SU CUENTA

Esta vez sí que tuvo motivo el susto. El primero de marzo de 1954 los Estados Unidos ensayaban su segunda bomba H. Poco después, se daban a conocer impresionantes fotografías y documentales cinematográficos de la primera explosión, realizada en 1952. Varios incidentes dieron claros indicios de que se trataba de algo muy serio. Los periódicos contribuyeron a crear en el mundo un clima próximo a la histeria. Y entonces entró en escena, con su contradicción a'cuestas, el profesor Hans Thirring, de Viena. Sus declaraciones merecen ser reproducidas textualmente:

«Será posible con el tiempo construir una bomba de hidrógeno, rodeada de una cubierta de cobalto, con un peso de 10.000 toneladas, capaz de aniquilar toda la vida orgánica sobre la tierra. Será demasiado grande para transportarla en aeroplano o en un proyectil dirigido; pero puede ser conducida en submarino para provocar su explosión en el fondo del mar o en una bahía del tamaño de la de Nueva York.»

La noticia, sin datos nuevos, con demasiado optimismo en las cifras, tiene una característica

original: realmente no se encuentra motivo plausible para perder el tiempo transportando la famosa bomba al fondo del mar o a una bahía cualquiera. Si, de todas formas, va a destruir el mundo, bastará provocar la explosión en el mismo sitio donde ha sido construida. Y así se ahorrará, al menos, trabajo inútil.

AHORA INTERVIENE WILLIAM L. LAWRENCE

Es un periodista hábil. Tiene a su cargo la sección científica del «New York Times». William L. Lawrence ha publicado en 1950 un libro, «The hell bomb»—«La bomba del infierno»—, que ha sido traducido al castellano con el título «La bomba de hidrógeno».

El 8 de abril de 1954 escribe un artículo que ha de dar la vuelta al mundo. Su «leit-motiv» es claro: la bomba de cobalto ha salido ya del campo de la teoría. Lawrence cita al profesor Szilard y asegura—o al menos así transmiten la noticia las agencias—que con 400 bombas de una tonelada se terminaría con el globo terráqueo.

Pero en su libro «The hell bomb» Lawrence recoge las opiniones del profesor Szilard tal como las hemos citado nosotros anteriormente. De modo que los

400 centenares de bombas de una tonelada son, en realidad, 400 bombas con una tonelada de hidrógeno pesado cada una, y muchas, pero que muchas más, toneladas de cobalto por cabeza. Lawrence cita luego al profesor Harrison Brown, el del bombardeo sobre una línea que pasara por Praga. Con astucia refinada, el hábil Lawrence ha refreído los datos que publicó en su libro.

Esta es la historia entera y verdadera de la bomba de cobalto. Claramente se ve que se trata de una hipótesis con versiones sensacionalistas que ha tenido fortuna por su tremenda peligrosidad. Si el estado actual de la bomba de hidrógeno fuera el mismo podríamos tener un período—más o menos largo—de relativa tranquilidad, con la bomba atómica como única pesadilla. Desgraciadamente no es así. La bomba de hidrógeno es una realidad aterradora. Sus efectos se han exagerado; pero, aun conservando cierta prudencia al juzgar los hechos conocidos, no por eso es menos impresionante su tremendo poder de destrucción.

MISTER STRAUSS AFIRMA: PUEDE SER DESTRUIDA UNA CIUDAD

Aquella conferencia de Prensa pasará a la Historia. Ante el Presidente Eisenhower, y con un coro de periodistas ávidos alrededor, Lewis Strauss, jefe del Programa Atómico norteamericano, leyó solemnemente un informe parcial sobre la segunda experiencia termonuclear. Cuando concluyó se iniciaron las preguntas. Un reportero interroga:

—¿Qué ocurre cuando se lanza una bomba de hidrógeno? ¿Qué área será destruida por ella?

Mister Strauss, imperturbable, responde:

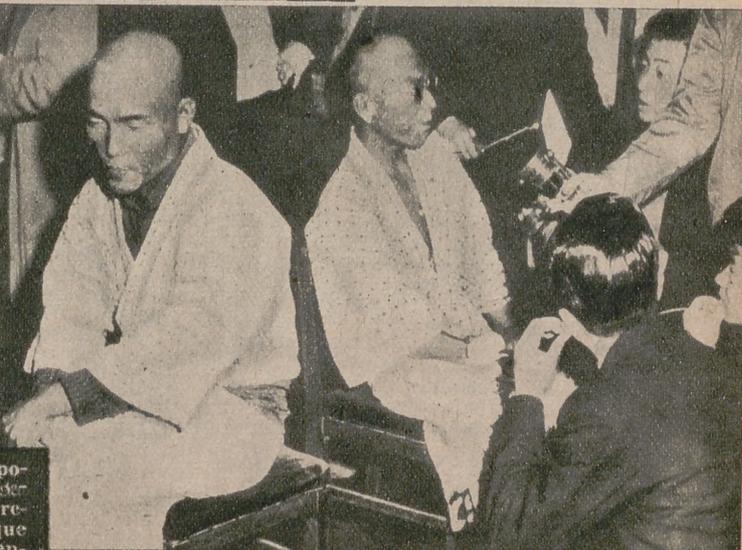
—La bomba de hidrógeno puede ser construida con la potencia que se desee, del tamaño que exijan las necesidades militares. Quiero decir que puede ser construida una bomba de hidrógeno capaz de poner fuera de combate una ciudad.

El impacto de la noticia se traduce en un ronroneo. Ahora todos los informadores preguntan a la vez.

—¿Cómo?

—¿Qué ha dicho?

Mister Strauss repite sin alterarse:



Arriba: Uno de los pescadores japoneses que sufrieron heridas a consecuencias del polvo radiactivo.—Derecha: Los pescadores japoneses que iban a bordo del «Jakuri Maru» cuentan el suceso a los periodistas

—Poner fuera de combate una ciudad. Destruir una ciudad.

El Presidente Eisenhower mueve la cabeza gravemente y mira al suelo. Los interrogadores continúan su misión:

—¿Una ciudad de qué tamaño? Mister Strauss parece no querer soltar prenda:

—Una ciudad.

—¿Nueva York?

—El área metropolitana, sí.

Luego aclara que no debe entenderse que quedaría «nivelada» la total superficie de Nueva York. Pero sí gravemente destruida.

Hasta aquí llegan exactamnte los datos expuestos por quien mejor conoce el asunto. La fantasía puede añadir luego cuanto le plazca. Suponiendo que una bomba de hidrógeno hiciese explosión en la Telefónica de Madrid, el área de destrucción total llegaría hasta San Fernando de Henares, El Pardo y Getafe. Las destrucciones parciales afectarían a un círculo que, más o menos, tendría sobre sus límites Alcalá de Henares, Arganda, El Molar, Villalba, Galapagar y Navalcarnero. La capacidad demoledora de las bombas H existentes es, pues, limitada.

KLAUS FUCHS, EL PROFESOR-ESPÍA, CAUSANTE DE UNA DETERMINACION

Carecía de nombre, de habitantes, de vegetación. Strauss puso especial énfasis al señalar que no podía ser llamado propiamente isla el terreno destruido por la explosión del primero de marzo. Había sido completado por el trabajo de equipos especiales. Lo exacto sería decir que desapareció un gran banco de arena o arrecife.

Strauss describió con claridad las razones que habían decidido a las autoridades norteamericanas a emprender la fabricación de la bomba de hidrógeno. La orden de marcha sonó después de la explosión atómica rusa de 1949. En noviembre de 1952 era ensayado un prototipo de arma termonuclear. Nueve meses después Rusia ensayaba también un artefacto que funcionaba según los principios de la bomba atómica clásica, pero en el cual una parte de la energía era utilizada para la «fusión de elementos ligeros».

Entonces adquirió su verdadero significado una coincidencia singular: Harry S. Truman había ordenado comenzar la fabricación de la superbomba tres días después de la detención del profesor-espía Klaus Fuchs. En el intermedio, los rusos no habían estado inactivos. Con los datos filtrados a través de los técnicos occidentales procomunistas y el trabajo de sus equipos científicos habían seguido adelante todo lo aprisa que permitió su potencia industrial.

Comprobada la posesión de la bomba H por la Unión Soviética, a Norteamérica no le quedaba otro remedio que continuar sus planes hasta lograr un poderío capaz de ofrecer una garantía de seguridad. Entonces se planearon las experiencias sucesivas de este año. Haberlas suspendido o haber cesado los trabajos en marcha hubiera sido algo próximo a la estupidez.

Todas estas circunstancias han sido olvidadas por la internacio-

nal izquierdista, que pretendió detener los planes norteamericanos. Resulta fácil encontrar argumentos que conmuevan a las masas. Pero los que dirigen a un pueblo tienen en cada momento que ser fieles a sus responsabilidades, por dolorosas que éstas sean.

UN JUEGO EN EL QUE NO VALEN LOS FAROLES

Cada uno de los contrincantes sabe a qué atenerse con respecto al otro. Los rusos o los norteamericanos pueden exagerar cuanto les plazca el número de proyectiles atómicos o termonucleares almacenados en sus arsenales. Mas hay un aspecto en el que no queda el menor resquicio para la falsedad: cualquier explosión que se produzca es registrada casi en el mismo instante por equipos especiales. Los técnicos estadounidenses conocieron con certeza las pruebas atómicas rusas de 1949, antes incluso de que el Kremlin diera noticia oficial. Otro tanto ha seguido sucediendo con posterioridad.

El sistema de detección es sencillo en principio. Cuando funciona una superbomba se produce una onda de choque característica que se transmite a través de la corteza terrestre y es registrada en los más sensibles sismógrafos. Este hecho fué descubierto en 1946. Entonces aparecieron en los aparatos de los Observatorios de California signos distintos de los que acompañan a los temblores de tierra habituales. La novedad coincidió con los ensayos atómicos entonces en marcha en Bikini. Pronto fué establecida una red de puestos secretos de observación en torno a los territorios dominados por la Unión Soviética. Comparando los datos obtenidos en cada uno de ellos es posible determinar incluso la zona geográfica donde el fenómeno ocurrió. No acaban aquí las averiguaciones. Inmediatamente que se ha recibido la alarma, aviones especiales buscan en la atmósfera restos radiactivos indicadores del tipo de bomba experimentada.

Por esta última hipótesis resulta imposible ocultar cualquier ensayo de explosivos atómicos o termonucleares. En la carrera de armamentos emprendida ya no caben los faroles. Quien asegure que posee la bomba de hidrógeno, por ejemplo, tendrá que afirmarlo con verdad.

«NO VOY A MINIMIZARLA, PERO EN NINGUN MOMENTO ESTUVO LA PRUEBA FUERA DE CONTROL»

Las palabras de Strauss son tan claras que vale la pena reproducirlas íntegramente.

«La primera explosión—la del 1 de marzo—ha sido descrita como «devastadora», «fuera de control», y con otras exageradas y equivocadas caracterizaciones.»

«No voy a minimizarla. Fue una llamarada gigantesca. Pero en ningún momento estuvo el ensayo fuera de control.»

Después de esta advertencia, el jefe del Programa Atómico norteamericano continuó sin pausa su exposición. De razones hubo para que el calificativo «fuera de control» se aplicase. El primero, un error de estimación que hizo

juzgar la potencia de la bomba ensayada en un valor mitad del real. Esta equivocación tuvo como origen el funcionamiento defectuoso del prototipo de 1952. Aquél no desarrolló toda su potencia. El de ahora, sí.

Por otra parte, «las cenizas de la explosión», es decir, los restos radiactivos alcanzaron a un pesquero japonés—«El Dragón Afortunado»—y a las pequeñas islas de Rongelap, Rongerik y Uterik, donde vivían doscientos treinta y seis nativos y veinticocho norteamericanos. Estos últimos tenían a su cargo observatorios meteorológicos.

Según Strauss, ninguno de los residentes en las islas sufrió daños considerables, y todos gozan de buena salud. En cuanto a los japoneses, nada en concreto dijo. Algunos datos recibidos parecen indicar que los análisis de sangre de los veintitrés pescadores son similares a los de los afectados que están al cuidado de los norteamericanos.

A las islas llegaron «las cenizas» a caballo del viento. El pesquero japonés, sin embargo, se hallaba dentro de la zona de peligro. Al parecer, en él se percibió el sonido de la explosión seis minutos después de ser visto el resplandor. La distancia así calculada está de acuerdo con la tesis de Strauss.

NO HAY CONTAMINACION EN EL PESCADO DEL PACIFICO

«Respecto a las historias concernientes a la contaminación del atún y de otros peces, como resultado de los ensayos, no están confirmadas por los hechos. Los únicos atunes contaminados encontrados se hallaban sobre la cubierta del pesquero japonés.»

Esto afirmó Strauss. Posteriormente, técnicos norteamericanos especializados, que realizan estudios de este tipo desde hace tiempo, aseguran que no han podido hallar síntomas de contaminación en ningún animal submarino, a pesar de las reiteradas explosiones realizadas en aquella zona del mar.

Para terminar de tranquilizar a los japoneses, Strauss descartó la posibilidad de que la corriente marina Kuro-Sivo transportase hasta su país materias perniciosas. Según los enterados, la radiactividad producida en el polígono de ensayo se torna inocua a las pocas millas de recorrido. A partir de las quinientas millas ni siquiera puede ser detectada.

Pero en el Japón no fueron suficientes estas buenas palabras para tranquilizar los ánimos. En aquellas tierras se ha sentido el zarpazo de la muerte atómica. Ahora, por azares del destino, las consecuencias de una explosión lejana han caído sobre un grupo de japoneses también. Es lógico que el temor se haya apoderado de las masas, y que una lluvia de materiales radiactivos caída sobre el propio territorio metropolitano del Japón fuera considerada consecuencia de las explosiones de Eniwetok. Ahora se sabe que la radiactividad registrada procedía del mismo Japón; que era polvo arrastrado de una montaña con minerales de aquella clase. A pesar de todas las aclaraciones, nada tie-

ne de extraño que en el Japón se haya llegado a situaciones de auténtico pánico colectivo.

DE SIETE LINEAS A SIETE COLUMNAS CON UN POCO DE IMAGINACION

Yaezu es un puerto pesquero situado en la costa japonesa del Pacífico. De él había partido el «Fukuyaru Maru»—el Dragón Afortunado—y a él regresó después de conseguir un buen cargamento de atunes en los mares del Sur. Sus tripulantes habían presenciado desde la lejanía la explosión termonuclear del primero de marzo. Sobre ellos cayó una lluvia de ceniza radiactiva. No debió ser muy grande la alarma inicial, cuando durante los primeros días, después de la arribada, fué vendido el cargamento de atunes sin ninguna complicación. Pero los tripulantes del navío presentaban síntomas anormales y fueron hospitalizados.

El corresponsal del diario «Yomiuri» en Yaezu envió a su periódico una breve noticia: tan sólo tenía siete líneas. Pero otro periodista, llamado Murao, especialista en temas atómicos, se encargó de transformarla en una amplia información de siete columnas. El diario «Yomiuri» se apuntó un triunfo sensacional. Sus datos fueron recogidos por las agencias y por los demás periódicos. De la noche a la mañana se agotaron los contadores «Geiger»—para detectar radiaciones—. Pronto hubo que buscarlos en el mercado negro. El precio del pescado descendió hasta casi anularse. Todo el mundo notaba síntomas extraños: dolores de vientre, náuseas, mareos. El Japón entero sentía renacer el clima de terror que levantarán, hacia ya muchos años las catástrofes de Nagasaki e Hiroshima.

Pero el balance en torno a lo ocurrido no parece demasiado sensacional. Hasta que los periódicos no trataron el tema no se registró ninguna anomalía. Fué después, cuando, sugestionados, comenzaron a sentirse enfermos los que habían probado pescado con anterioridad. Los comunistas, siempre a la que salta, aprovecharon la ocasión. Y procuraron exagerar todo lo posible lo ocurrido.

Los pescadores afectados no se encuentran, según las noticias conocidas, en grave peligro. Unos sufren quemaduras en la piel. Otros, hinchazones en sus miembros. Hay uno cuyo número de glóbulos rojos es alarmantemente bajo. Poco a poco ha ido siendo olvidado el incidente por los periódicos. Hoy es difícil, por no decir imposible, encontrar alguna novedad referente al estado de las víctimas. Quizá esto sea un indicio de que su curación va por buen camino. Al menos, esto es lo que uno desea de todo corazón.

INGLATERRA, ESTREMECIDA, PIDE CONVERSACIONES

Horror y esperanza se escriben con H en inglés. Por eso a la bomba de hidrógeno se le ha llamado desde la cabecera de los periódicos británicos «bomba del horror» y «bomba de la esperanza». «¡Stop the bomb!»—detened la bomba—fué uno de los «slogans» favoritos. Las fotografías de la



La explosión de la bomba «H» en las islas Marshall, del Pacífico



Espectacular fotografía de una explosión atómica en el Pacífico

explosión de 1952 fueron publicadas con la compañía de rótulos enormes: «He aquí el monstruo».

El ruido tuvo como origen, al menos en apariencia, el carácter incontrolable de la explosión. Una campaña de Prensa, mantenida día a día, preparó el terreno para una borrascosa sesión en la Cámara de los Comunes. Allí fué transmitida a Winston Churchill la opinión de la calle: «¡Parad la bomba!»

Había que imponer a los Estados Unidos el cese de sus experiencias y reunir, acto seguido, una conferencia internacional destinada a acabar con el problema. Con ingenuidad reincente, los ingleses aun no han conseguido asimilar una verdad indiscutible: que las conferencias con representantes de la U. R. S. S. son un callejón sin salida. En el fondo, el subconsciente social británico se desahogó del descenso de la fuerza internacional de Inglaterra. Lord Hoare Belisha, en un artículo publicado en el «Sun-

day Pictorial», lo dejaba entrever: «Nosotros nos vemos reducidos al estado de un país satélite», escribía.

Quizá, si Inglaterra fuese en cabeza en el desarrollo de las armas termonucleares, las palabras usadas fueran distintas. Y hasta posiblemente se intentaría justificar con argumentos contundentes la necesidad de que un solo país tuviera la exclusiva de su uso. Entretanto, la oposición de Su Majestad reapuntó un triunfo táctico. Winston Churchill, desde las responsabilidades del Poder, no pudo echar carnaza a las masas. Lo cual era fácil para Mr. Attlee. Dispuesta a aprovechar el revuelo, la internacional izquierdista prepara un Congreso de enemigos de la bomba H para el mes de junio. Como terreno propicio se ha escogido la Gran Bretaña. Y como invitado especial se señala a Oppenheimer, el físico norteamericano que ha sido despedido de sus cargos de confianza por existir sospechas sobre su lealtad.

OPINAN TRES HOMBRES DE CIENCIA BRITANICOS

Bertrand Russell ya es un patriarca. Casi recién casado a los ochenta y un años, empedernido fumador de pipa, premio Nobel y maestro de la lógica, a él recurre la Prensa inglesa cuando hay algo importante que aclarar. Esta vez, la intervintió corrió a cargo del «News Chronicle». Las respuestas fueron claras: «Creo que llegará un tiempo en que las experiencias serán demasiado peligrosas. En mi opinión, aun no ha llegado ese momento.» Más adelante remacha: «No espero un desastre de las experiencias realizadas en tiempos de paz». Interrogado sobre la posible influencia del temor creado por la bomba H en la vida de los hombres, Bertrand Russell replicó con buen humor: «Desde que hizo explosión la primera bomba atómica, el número de nacimientos ha seguido creciendo. Es un índice significativo. Y para completar la idea añadido que las incertidumbres creadas por la posibilidad de paro laboral tienen mucha mayor acción sobre la conducta.

Además, en opinión de este hombre sensato, mientras no se encuentre un camino para que

Rusia detenga también sus ensayos, no hay por que obligar a ningún otro a detenerse.

En Australia, el profesor Oliphant declaró que no había fundamento alguno para temer que las explosiones de marzo se les escaparon de las manos a los técnicos que las dirigieron. El profesor O. R. Frisch, más explícito, escribió en el «Atomic Scientist's Journal» un artículo donde excluía la posibilidad de que una bomba de hidrógeno pudiera «prender fuego» a la atmósfera o a las rocas y destruir así la vida sobre la tierra. La radiactividad residual, en su opinión, puede ser causa de preocupación, pero ordinariamente es de corta vida y disminuye en el transcurso de unas horas. Finalmente, descartó el que pudieran engendrar las explosiones cambios climáticos. Estos tres sabios administraron a los británicos una buena dosis de tranquilidad. Sin embargo, la disimulada fobia contra Norteamérica sigue en acción.

RUSIA, O EL SILENCIO

Aquí la procesión va por dentro. Aquella sonrisa burlona con que Stalin acogió las confidencias norteamericanas sobre la construcción de la primera bomba atómica, hoy se ha tornado constante preocupación. Gordon Dean, antiguo presidente del Programa Atómico yanqui, cuenta que el desaparecido zar rojo no se convenció hasta después de Hiroshima. En Potsdam prefirió no creer.

Luego cambiaron las tornas. Un ejército completo y aguerrido de espías fué movilizado. Ahora interesa, al precio que costase, cualquier tipo de información.

Pontecorvo, MacLean, Burguess, Klaus, Fuchs..., una serie de personajes siniestros, hicieron el juego a los soviets. Oculta detrás de su cortina impenetrable, Rusia afirmaba con gesto hipócrita que sus investigaciones nucleares iban dirigidas hacia la paz. La Prensa rusa no daba noticias sobre el poder destructor de las armas atómicas. Un día—1949—Rusia ensayó su primer dispositivo de este tipo. Tres años después hacía explosión la primera bomba de hidrógeno soviética. Huidos del otro lado del telón de acero dan, de vez en cuando, datos de catástrofes tremendas, en las que millares de hombres han muerto. Pero esas cosas no trascienden oficialmente. Así, Rusia mantiene ocultas todas sus posibilidades, oponiéndose por principio a cualquier posible fiscalización internacional de las sustancias transformables en armas atómicas o termonucleares.

La subida de Malenkov al Poder ha cambiado algo el panorama. Ya se publican informes acerca de las consecuencias de una guerra atómica. Quizá porque adivina que en caso de conflicto lleva todas las de perder, el actual zar rojo ha dicho en un discurso: «Una guerra con los medios de destrucción actuales representaría el aniquilamiento de la civilización.» Exactamente igual que el comunismo.

Respecto a las últimas experiencias norteamericanas, no ha habido reacción oficial. Mas el silencio no es signo de que Rusia haya echado en saco roto su trascendencia. La misma movilización y griterío de sectores de la Prensa mundial dominados por filocomunistas es un acuse de recibo. Sin duda alguna, si durante la posguerra hubiera monopoc-

lizado la U. R. S. S. las armas atómicas, el mundo hubiera padecido en grado mayor aun sus insolencias. El «big-stick», el gran garrote que ha detenido al comunismo, ha sido su escasez de armas atómicas.

UNA DECISION SENSACIONAL: EL CESE DE ROBERT OPPENHEIMER

Ya había disminuido la ansiedad creada por las experiencias termonucleares de marzo, cuando surgió un nuevo hecho tan sensacional como los anteriores. No nos referimos a la bomba de hidrógeno. Esta fué incorporada al repertorio de armas terribles por el ex ministro laborista Morrison.

La noticia destacada, en estos meses de abril lleno de inquietudes, fué el cese de Robert Oppenheimer, cerebro director del grupo de técnicos que creó la bomba atómica en todos sus cargos de confianza. La acusación era clara: Había sospechas sobre su conducta, lealtad y veracidad. Además, se le achacaba haberse opuesto a la fabricación de la bomba de hidrógeno. Esta circunstancia, unida a las relaciones más o menos directas que mantuvo, al menos en tiempos pasados, con el comunismo, ha sido decisiva a la hora de iniciar las investigaciones sobre su conducta.

Oppenheimer está casado con la viuda de un comunista destacado, Joe Dallet, que murió en España al servicio de las Brigadas Internacionales. El mismo reconoce que estuvo relacionado con Thomas Addis e Isaías Polkov dos agentes encargados de recoger donativos para los rojos españoles, y, seguramente, de otras misiones de distinto carácter, pues ambos ocupaban puestos distinguidos en el partido. Oppenhei-

Una encuesta del Instituto de la Opinión Pública :- Los españoles

1.—¿Qué país arrojó la bomba atómica en Hiroshima?

Estados Unidos	87 %
Alemania	3 %
No saben	10 %

2.—Señale usted, por favor, los países que, según sus noticias hayan experimentado explosivos atómicos.

Estados Unidos	86 %
Rusia	77 %
Inglaterra	48 %
Alemania	7 %
Canadá	4 %
Japón	3 %
Otros países (Australia, Francia, Argentina, China, etc.)	4 %
No saben	9 %

3.—¿Cuántas clases de bombas atómicas existen? Cite las que sepa.

Hidrógeno	54 %
Atómica	50 %
Cobalto	22 %
Respuestas i n'determinadas	9 %
No saben	40 %

(Entre las respuestas indeterminadas se encuentran la bomba de nitrógeno.)

4.—¿Cree usted que habrá otra guerra mundial en el plazo de cinco años?

Sí	27 %
No	52 %
No tienen opinión	21 %

5.—¿Qué país cree usted que está más adelantado en las investigaciones atómicas?

Estados Unidos	78 %
Rusia	11 %
Alemania	5 %
Inglaterra	2 %
Canadá	1 %
No saben	3 %

6.—De entre estos dos, ¿qué país cree que tiene más a los preparativos atómicos del otro?

Estados Unidos teme a Rusia	14 %
Rusia teme más a Estados Unidos	39 %
Miedo recíproco	40 %
Ninguno tiene miedo	5 %
No opinan	2 %

7.—¿Qué nación arrojará con propósito de guerra la primera bomba?

Rusia	43 %
Estados Unidos	17 %
Ninguno	7 %
Otras opiniones	3 %
No saben	30 %

¿Y sobre qué ciudad?

Nueva York	16 %
Moscú	11 %
Washington	5 %
Londres	4 %
Ciudades americanas (Chicago, Detroit, San Francisco)	5 %
Ciudades del «telón de acero» (Pekín, Sebastopol, Odesa, etc.)	5 %
Otras ciudades	7 %
No saben	47 %

mer entregó durante algunos años más de cien dólares mensuales para fomentar la lucha en un país que, según su propia confesión, no conocía en ningún aspecto, ignorando también qué era lo discutido en la contienda.

Sin embargo, estos hechos no eran desconocidos. El mismo Oppenheimer había dado a conocer algunos aspectos de su filocomunismo anteriormente en declaraciones públicas. Cierto que no dió conocimiento a las autoridades de sus contactos con el espía ruso Steve Nelson, otro miembro de las Brigadas Internacionales que recibió la misión de relacionarse con él.

MacCarthy, de vacaciones cuando se dió la noticia, aseguró en seguida que él tenía pruebas de que Oppenheimer había sido comunista. La investigación sigue en marcha, sin que, hasta ahora, se haya decidido nada en firme.

Ciertamente, Oppenheimer no ha negado que se opusiera a la construcción de la bomba H. Únicamente afirma que cesó en ella cuando recibió orden concreta de proseguir los trabajos. Pero lo importante, porque señala a una tendencia, es que Oppenheimer no estuvo solo en su opinión.

UN MANIFIESTO APARECIDO EN 1950

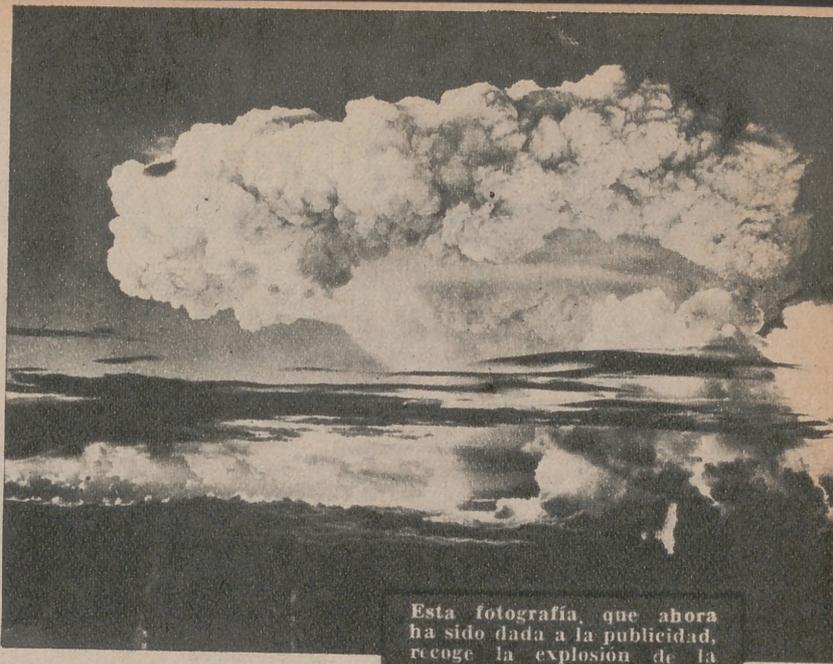
Poco después de haber sido dada la orden de fabricar la bomba H, doce físicos norteamericanos, profesores de diversas Universidades de su país, firmaron un manifiesto en contra. Aquel alegato, donde se hablaba de la tremenda mortandad que se podría producir con la nueva arma, después de pedir la eliminación de tales peligros, terminaba con estas frases:

«Entre tanto, nosotros pedimos al Gobierno de los Estados Unidos que haga una declaración formal de que nosotros no usaremos nunca esta bomba los primeros.»

Si el texto del manifiesto podía estar justificado por motivos humanitarios, el remate peca de ingenuidad. La bomba H es un arma de tal poder, que muy probablemente, el que sea atacado con ella se verá en la imposibilidad de reaccionar. Mientras no se llegue a una fiscalización internacional efectiva, el Gobierno norteamericano no puede, ni podía entonces, hacer esa declaración formal. Era como invitar al enemigo a una acción masiva y bien planeada.

Oppenheimer no firmó este manifiesto. Con la compañía de sus colegas Zacharias, Rabi y Lauvitsen, creó un grupo, denominado Z. O. R. C., cuyo fin era variar las ideas hasta entonces vigentes en la estrategia atómica de los Estados Unidos. Se mostró el grupo partidario de las armas atómicas tácticas, para evitar que la lucha se centrara en la retaguardia. Y propuso que los Estados Unidos se comprometieran a no usar la aviación estratégica de gran radio de acción sobre Rusia para evitar las represalias a que esto hubiera dado lugar. En el fondo, tal concepción era similar a la sostenida en el manifiesto de los doce profesores.

El caso Oppenheimer sigue en pie. Nada se sabe en concreto de si fué realmente un agente al servicio de Rusia,



Esta fotografía, que ahora ha sido dada a la publicidad, recoge la explosión de la bomba «H» en el atolón de Eniwetok. Alcanzó una altura de 25 millas por 100 de extensión.

o tan sólo un científico desorientado y con malas compañías. Pero si no fué comunista, sus proyectos, de haber sido llevados a la práctica, hubieran favorecido exclusivamente a la Unión Soviética, y hasta podrían haber sido origen de un nuevo Pearl Harbour.

LLAMAMIENTO DEL PAPA

Las palabras más sensatas, que ha recibido el mundo en estas últimas semanas han sido pronunciadas por el Santo Padre

«Ante los ojos del mundo aterrado existe la previsión de destrucciones gigantescas, de extensos territorios hechos inhabitables y no utilizables por el hombre, además de las consecuencias biológicas que pueden producirse, ya sea por cambios inducidos en los gérmenes y microorganismos, ya por el resultado incierto que un prolongado estímulo radiactivo puede tener sobre los organismos mayores, comprendido el hombre, y sobre su descendencia.»

Frente a pacifismos aparentes y suicidas, Su Santidad salvó el principio de legítima defensa. Pero, salvado éste, expresó su afán de que los hombres abandonen la mala senda escogida.

«¿Cuándo se darán cuenta los sectores de las naciones de que la paz no puede consistir en una exasperante y dispendiosa relación de terror mutuo, sino en la máxima cristiana de caridad universal y en particular en la justicia voluntariamente realizada, más bien que sonacada, y en la confianza, más bien inspirada que exigida?»

«¿Cuándo acaecerá que los sabios del mundo enderecen los admirables descubrimientos de las fuerzas profundas de la naturaleza exclusivamente a fines de paz.»

Aislado de intereses materiales, con la congoja que en su alma ponen los nuevos peligros que acechan al mundo, Su Santidad ha sabido señalar las únicas vías practicable en esta encrucijada de temores que se abre ante la Humanidad.

F. CARANTONA

Opinan sobre las armas atómicas

8.—¿Cree usted que una sola bomba sería capaz de destruir una gran ciudad como Nueva York?

Si es capaz	44 %
No es capaz	31 %
Creo que se exagera el poder atómico	21 %
No lo saben	4 %

9.—¿Estima usted que edbieran suprimirse esta clase de experimentos?

Si	61 %
No	37 %
No opinan	2 %

10.—¿Cree usted que Rusia posee la bomba de hidrógeno?

Si	53 %
No	42 %
No opinan	5 %

11.—¿Qué país occidental ha protestado contra los últimos ensayos atómicos de los Estados Unidos?

Inglaterra	30 %
Japón	8 %
Francia	5 %
Rusia	4 %
No saben	53 %

12.—¿Qué reacción le producen las noticias atómicas?

Terror	28 %
Inquietud	33 %
Curiosidad	21 %
Indiferencia	16 %
Lo toma a broma	1 %
Otras respuestas (me da alegría, asombro, asco, etcétera)	1 %

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON BAUTISTA MAS

EN Crevillente hay dos clanes fecundos y con una expansión casi planetaria que reparte por doquier el apellido Candela y el apellido Mas, al cual usted pertenecía, sin ser, sin embargo, esterero, ni tampoco horchatero... Usted era tan sólo sacristán, el sacristán del pueblo y de la iglesia de Crevillente. El novelista inglés Somerset Maugham escribió un relato acerca de un sacristán de su patria y de su iglesia anglicana que, por ser analfabeto, fué expulsado de la parroquia, y se hizo rico instalando tiendecitas de tabaco por las callejuelas de Londres. Hay, por lo tanto, dos maneras de comportarse los sacristanes, pues mientras el británico ganaba dinero y fama transmitida por el célebre escritor que le dió renombre, usted se había empobrecido, si era posible ser más pobre, economizando céntimo tras céntimo, hasta ahorrar las pesetas imprescindibles que pagasen el paso de Semana Santa con la representación del arrepentimiento de San Pedro. El sacristán de una ciudad alicantina, más bien modesta que opulenta, aunque muy trabajadora, había costado por su cuenta y riesgo una imagen con su trono para la procesión del Viernes Santo. Figúrense los que no hayan estado en Crevillente la bajada del Calvario hacia un poco más allá del mediodía, cuando el sol reverbera como los azotes de los sayones sobre Jesús. Los crevillentinos ponderan el abolengo moruno de su pueblo, de donde procede esa hermandad de sangre, esa confraternidad consanguínea que une en la morería a los «beni» (a los hijos de un padre o de un antepasado), como en Crevillente a las familias dentro y fuera de Crevillente; pero el pueblo tiene una estampa más antigua de lugar evangélico, una semejanza feliz con Palestina, un paisaje que transpira de los versículos del Nuevo Testamento. Allí y aquí están las palmeras y la sierra monda, un torrente exhausto convertido en rambla, un cielo tan diáfano como los ojos limpidísimos y rutilantes de sus muchachas. Desde el Calvario descienden los pasos procesionales a hombros de sus cofrades, que son hombres que sudan debajo de la sagrada carga, que son seres humanos que conducen al ritmo de las bandas de música, litúrgicos, alegres, apesadumbrados. Detrás de cada paso desfilan quienes lo conservan, quienes tradicionalmente lo sostienen, desde 1882, o desde 1876, o desde una fecha más remota, pero que está en consonancia con el ambiente que se repite. Este centurión que pasa al frente de unos armados es un horchatero ambulante que empleó toda su ganancia durante un verano caluroso en comprarse este casco con su blanca crin. Esta centuria tan ricamente vestida la costeaba un esterero establecido en la calle madrileña del Pez. Después viene el paso de la Negación de San Pedro, junto a cuya figura dubitativa se esponja, con un tamaño más que natural, la fanfarronería de un gallo. La noche de las vacilaciones pasó pronto y en seguida se presenta la Iglesia triunfante con sus símbolos de las llaves, de la cruz y de la tiara pontificias. Es el San Pedro arrepentido y glorioso, cuya imagen crevillentina agotó los humildes caudales de su donante, sin embargo, envidiado. Bautista Mas, los teólogos echan de menos al diablo en la superficie de los tiempos modernos, que son, no obstante, tan demoníacos, tan diabólicos; como

faltan los judíos en estas procesiones de Crevillente, a donde antes ejemplarizaban al revés con sus viasajes torvos, con sus bigotes. Sólo quedan judíos a la luz estallante y cegadora en el «Misterio de Elche», y su presencia es casi la clave del misterio. Lo que significan estos judíos que no están visibles le asesinó, Bautista Mas, condenándole por el crimen de haber adquirido con su misérrimo patrimonio la seguridad de que el alma es inmortal y de que Cristo se sacrificó por salvar al género humano que tiene que permanecer dentro de la Iglesia. «Batiste», usted no obtuvo el perdón de los judíos del año 1935, que le obligaron a cavar su sepultura y le enterraron medio vivo; pero si usted no ha de resucitar hasta cuando dispone el Credo de los Apóstoles, el pueblo cristiano de Crevillente ha impuesto la resurrección de su paso con sus «vestas» verdes y amarillas, porque se encargó de su custodia y de su mantenimiento el Frente de Juventudes. «Batiste», usted dejó unos huérfanos que los recogió la Falange Juvenil, la Falange perseguida por los judíos, pero que ha puesto su fe, su esperanza y su caridad encima de todas las cosas y todas las personas de España.

Suenan las cornetas y redoblan los tambores, mientras el coro de los crevillentinos procedentes de toda la Península entonan sus loores detrás de la Virgen. «Batiste», como después el Frente de Juventudes, usted tuvo una fe, una gracia eficaz para el arrepentimiento, para la reconstrucción moral, que se precisa previamente a las otras reconstrucciones. Gracias a esta fe, Crevillente es un pueblo que prospera a pesar de su pequeña agricultura, tan laboriosa, que ofrece, como el olivo de don Joaquín Candela, cobijo y hospitalidad milenaria a cuantos la necesitan. El crevillentino es ingenioso y tenaz, apegado a su tierra, pero con los pies ligeros para recorrer el mundo, donde vendía, en un ciclo de trabajo e imaginación, disfraces para el Carnaval, palmas del Domingo de Ramos, esteras y horchatas. Estaba contra el frío, contra el calor, antes y después de las Carnestolendas, con la liturgia. Los gustos humanos evolucionan, pero no el corazón del hombre, que puede beber menos horchata levantina e injerir más bebidas americanas, que puede prescindir (aunque no la rutina de la Administración Pública) del estero y del desestero, pero no de la calefacción y del aire acondicionado. El hombre niega, pero luego se arrepiente y continúa su obra multiplicada por el esfuerzo. Así es lo que ocurre en Crevillente, dentro y fuera de Crevillente, porque todos son crevillentinos y ninguno se siente desterrado, ni en el fondo desestero. Puesto que si entran en desuso las esteras, don Antonio Pérez Adsuar, con una clientela nacional, fabrica en Crevillente mejores alfombras que las de Persia, con una industria totalmente mecanizada. Y cuando una señora compra una media Vilma, medias de nylon que cubren las piernas españolas, no cae en la cuenta que Vilma son las iniciales de «Vivan Los Magros»; esto es, la familia crevillentina que las produce con la misma perfección que los Dupont, de Nemours, pues tanto valen los Magro, de Crevillente.

«Batiste», no perdió usted el tiempo, ni la vida, adquiriendo a costa de su existencia el paso de San Pedro arrepentido. Todos los que sentimos dudas, pero siempre creemos, como acontece con Crevillente entero, estamos de la parte de usted.

SALAMANCA, CUNA DE TEOLOGOS

FACULTADES ECLESIASTICAS DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA



POR TODOS LOS CAMINOS SE VA A LA CIUDAD DEL TORMES

SE CUMPLEN LAS PALABRAS DEL PRIMER GRAN CANCELLER

EN vísperas de la Semana Internacional de Estudios Superiores Eclesiásticos, que, juntamente con otros actos, clausurará las conmemoraciones del VII centenario de la Universidad de Salamanca, merecía la pena una visita a la vieja ciudad, ahora remozada con nuevas construcciones y trazados urbanísticos que, pese a su aire de modernidad, enlazan en la línea arquitectónica y artística peculiares de «Roma la chica».

Este calificativo, que hasta hace tres lustros no tenía quizá otro valor que el histórico, enraizado en la perennidad de sus pétreos monumentos—¡oh, la maravillosa piedra de Salamanca, que dora el sol poniente en los mágicos atardeceres de la ribera del Tormes!—, ha vuelto a adquirir una realidad viva desde la restauración de las Facultades eclesiásticas en la actual Universidad Pontificia. No son ya sólo cúpulas y torres, templos y conventos, fachadas platerescas y claustros universitarios, que atestiguan un glorioso pasado científico y religioso; es la propia ciencia teológica la que alienta de nuevo en edificios y calles de la universitaria Salamanca.

Al volver a visitarla, tras varios años de ausencia, con el expreso designio de captar el alcance de esta renovada tradición salmantina, el periodista revive el día, no muy lejano, en que, en el Aula Magna del hasta entonces Seminario Mayor de San Carlos Borromeo y desde aquella fecha sede de la nueva Universidad Pontificia, resonaban estas palabras de su primer gran canciller, hoy cardenal arzobispo de Toledo: «Nuestro intento es empalmar con las Facultades del



Nuestro enviado especial, Gerardo Rodríguez, cambia impresiones con un alumno de la Universidad Pontificia

siglo XVI, continuar la antigua tradición salmantina: Facultades con maestros del clero secular y regular de toda España; alumnos también de uno y otro clero de toda España y de naciones hermanas, sobre todo de Portugal y de la América española».

LA HORA DE «TERCIA»
Desde el primer golpe de vis-

ta aparecen cumplidos sobradamente esos anhelos de los restauradores. A la hora de tercia—¡perdón!... a las nueve de la mañana— el periodista, apostado en la acera de la Casa de las Conchas, se halla contemplando la clásica estampa, incluso más rica en detalles que la de siglos pasados, ofrecida por docenas de clérigos, que, con variedad de hábitos, diversidad de edades y clara diferencia de rasgos étnicos, penetran, después de subir la doble escalerilla de piedra, por la puerta principal que da acceso al interior de la amplia mole que se extiende a lo largo de la calle de la Compañía, desde el antiguo convento de San Benito—hoy escuelas populares salesianas— hasta la iglesia de la Ciercía. Van a comenzar las clases matutinas en la Universidad Pontificia.

Uno pisa firme—y que se me excuse la inmodestia de esa sincera confesión—en estos terrenos eclesiásticos y salmantinos. Por ello, mezclado con una terna de canonistas del clero seglar, entre los que figura mi amigo el astorgano Valcarce, traspongo el zaguán y me cuelo de rondón en los claustros. Grupos de alumnos esperan la entrada en la clase. Abundan, sobre todo, las sotanas negras de los residentes en la propia Universidad—o Colegio Mayor de San Carlos—, del Hispanoamericano y de las residencias sacerdotales diseminadas por la población. Pero de corro en corro aparecen la esclavina de algún agustino, los hábitos pardos de jóvenes teólogos capuchinos, con su barba negra y cerquillo; las cruces rojas resaltando sobre el blanco sayal de los trinitarios, la pardizalba indumentaria de los jerónimos.

Hago una seña al fotógrafo que me acompaña, que se dispa-

ra hacia una de las aulas donde parece que va a entrar el grupo mayor. Echo tras él y ambos penetramos en la clase, cuyos pupitres se van llenando de alumnos. Hay un micrófono en la mesa del profesor, que aun tarda unos segundos en entrar. Según se acerca, vemos que el bedel de clase —mientras los demás accogen nuestra presencia con cierta inocente algarabía, más propia de bachilleres de tercer año que de próximos doctores en Teología o Cánones— comunica nuestro propósito al catedrático o —por ponernos más a tono con la clásica nomenclatura— al maestro lector. Se trata del jesuita padre Bernardino Llorca, que explica Historia Eclesiástica. Es uno de los cinco religiosos de la Compañía de Jesús que son profesores de la Pontificia, en cuya Facultad de Teología figura también el padre José Antonio de Aldama; al cuadro de catedráticos de Filosofía pertenece el padre Mauricio Iriarte, y al de Lenguas Clásicas, los padres Fantini y Basabe. A este último —muy conocido en Salamanca por su labor social en el suburbio de la Prosperidad— se debe, en gran parte, según confesión del propio obispo de Salamanca, doctor Barbado, la creación de esta última Facultad, que funciona desde hace unos seis años y entre cuyos profesores figura el rector de la Universidad Civil, don Antonio Tovar.

POR TODOS LOS CAMINOS SE VIENE A SALAMANCA

Mientras duran las clases quiero obtener algunos datos sobre el funcionamiento general de la Universidad, sobre los nuevos Colegios Mayores en construcción o en proyecto, sobre la próxima Semana Internacional de Estudios Eclesiásticos. Pregunto por el canónigo don José Artero, aragonés afincado en Salamanca desde hace muchos lustros, rector magnífico de la Universidad Pontificia, a raíz de su restauración, durante el cuatrienio 1940-1944, y actual profesor de Teología Fundamental. Por estas razones y por su condición de periodista quiero escogerle de cicerone. Me dicen que no llegará hasta muy entrada la mañana, pues tiene la clase de doce a una. Como vive cerca, al final de la calle Rúa Mayor, a pocos pasos de la catedral y casi enfrente de la nueva Facultad de Derecho de la Universidad Civil, me acerco en un momento a verle.

No me había engañado. El doctor Artero viene de nuevo conmigo a la Pontificia. Subimos a las oficinas de Secretaría. El secretario general, don José María Carda, se presta amablemente, alternando con mi acompañante, a facilitarme toda clase de información.

—¿Se esperan muchos seminaristas extranjeros?

—Tienen anunciada su venida más de medio centenar. Y, naturalmente, un número mucho mayor de maestros de Teología, Cánones y Filosofía de distintos centros superiores de estudios —eclesiásticos y aun civiles— de toda España. Los extranjeros que han de presentar comunicación en los diferentes temas pasan de

veinte. Entre ellos figuran el padre Ricciotti y el profesor Zolli, de la Universidad Civil de Roma, los padres Robert, salesiano, y Danielou, jesuita, del Instituto Católico de París; el benedictino Don Schildenberger, de la abadía alemana de Beuron; el jesuita padre Bover, de la Gregoriana de Roma; el franciscano padre Rigaux y el capuchino padre Michiels, de Lovaina; los dominicos padres Garrigou-Lagrange y Bender, del Pontificio Colegio «Angelicum».

—Los temas —añade don José Artero— son muy interesantes. Baste citarle el general de las secciones de Teología y Filosofía, conjuntamente, que versará sobre el «Problema del evolucionismo».

—Intervendrán también, naturalmente —interrumpo— muchos profesores de la Universidad salmantina.

—De la Universidad y de los Colegios Mayores de religiosos. Porque hay varios de éstos que tienen en sus propios conventos las clases de Teología, Filosofía y aun Lenguas Clásicas. Entre los primeros, figuran los dominicos y carmelitas descalzos, que están instalados en Salamanca desde mucho antes de ser fundada la Pontificia. Filosofado tienen los mercedarios, que lo fundaron hace tres a cuatro años, y los capuchinos desde el curso actual. En el noviciado de jesuitas hay cerca de un centenar de estudiantes de Humanidades. Pero aun estos Colegios Mayores, que desarrollan estudios por su cuenta, como quien dice, tienen relación con la Universidad Pontificia, en cuanto que varios de sus profesores pertenecen también a nuestro cuadro.

—¿Cuál es el número total de catedráticos en las distintas Facultades de esta Universidad?

—Veinte en la de Teología, ocho en la de Derecho Canónico, dieciséis en Filosofía y nueve en la de Humanidades Clásicas.

—¿Y por Ordenes religiosos o entidades eclesiásticas?

—Diecisiete del clero secular, diez dominicos, cinco jesuitas, dos capuchinos, dos franciscanos, tres operarios diocesanos, tres claretianos y un agustino. Además de tres catedráticos seculares en la Facultad de Lenguas Clásicas.

Por el murmullo creciente que sube del piso donde está la mayor parte de las aulas suponemos que acaban de terminar las clases. Bajamos con el doctor Artero para mezclarnos con alumnos y profesores a la salida. Los que tienen pronto otra clase permanecen paseando por los tránsitos del claustro. Otros regresan a sus residencias o Colegios Mayores. Los ciento sesenta teólogos y filósofos del clero secular que residen en la propia Universidad —en general son pertenecientes a la diócesis salmantina— se retiran a sus habitaciones.

Las figuras excesivamente juveniles de la mayoría de los alumnos hace suponer que son todavía seminaristas. Pero algunas caras dan la sensación de más edad. Algún me saca de dudas comunicándome que entre los 342 alumnos del clero secular hay 75 sacerdotes, y de los 70 religiosos, una veintena.

—¿Cuántas Ordenes o Congregaciones religiosas envían alumnos a la Universidad?—pregunto a don José Artero ya en el vestibulo.

—Creo que unas veinte. Y la mayor parte de ellas han construido o tratan de construir Colegios Mayores. Te convendría visitar las distintas casas religiosas. Aquí tienes las señas de todas.

UN VIAJE DE CIRCUNVALACION

Veo que se hallan diseminados por zonas muy diferentes de la ciudad. Y comienzo por dirigirme hacia las afueras, al otro lado del río, donde sé que hay dos conventos de recentísima creación. Atravieso el Puente Nuevo. Allí enfrente, en los altos del Matadero, se alza uno de ellos. Un sendero empinado en que hay improvisadas unas toscas escalerillas sobre la misma tierra, obra seguramente de los propios religiosos. Pertenecen éstos a una Congregación de origen francés, fundada en 1878. Se les conoce por el nombre de Padres Reparadores. En un jardincillo que hay a la entrada del edificio un religioso joven sale a nuestro encuentro. Pasamos al interior. En nuestra breve charla me enteró de que los reparadores, que fundaron su primera casa española en Novelda en 1919, llegaron a Salamanca hace seis años. Vinieron en media docena de estudiantes teólogos, con dos o tres padres para cursar estudios en la Pontificia. Alguno de ellos ha hecho también carrera civil. Al principio residieron en una casa particular; pero en 1951 compraron estos terrenos y en catorce meses se construyó el edificio que alberga actualmente unos 35 religiosos, entre padres, religiosos y estudiantes. Estos constituyen, naturalmente, la mayoría. Recorremos la casa desde la planta baja a la azotea, que es un excelente observatorio. La clásica estampa de Salamanca con sus torres alzándose por encima del río y sus edificios en línea transversal entre el Puente Nuevo y el Romano se nos aparece en toda su autenticidad. Los cuatro o cinco estudiantes teólogos que con su libro en la mano preparan la clase de la tarde alzan también la vista para contemplar el paisaje. Hacia nuestra derecha vemos otro edificio con aires de colegio religioso.

—Es el Filosofado que han inaugurado los padres capuchinos al comienzo de este curso —dice el padre que nos ha acompañado desde la llegada.

Minutos más tarde estamos frente a este segundo edificio. Es amplio y soleado, de sobrias líneas arquitectónicas. Se alza paralelo al arranque de la carretera de Alba de Tormes. Sus claustros hermanan el estilo impuesto por los actuales tiempos —luz y ventilación— con el clásico concepto de austeridad franciscana.

—¿Cuántos religiosos habitan este convento?—pregunto.

—Actualmente más de 50, pero tiene capacidad para un centenar. Es el Filosofado de la Pro-

ancia capuchina de Castilla. El Teólogo continúa en León.

—Yo creí que tenían ustedes aquí teólogos y estudiaban en la Universidad Pontificia.

—En efecto, hay algunos. Los que quieren obtener licenciatura o doctorado. Pero esos viven en la residencia de arriba.

Se refiere nuestro interlocutor al convento-residencia que los padres capuchinos habitan desde hace muchos años junto al Campo de San Francisco.

—¿Entonces—inquiero—en este convento no reside ningún religioso que acuda a la Pontificia?

—Sí, uno de nuestros profesores, el padre Pelayo de Zamayón, que explica allí Derecho Natural.

Y completa el amable fraile su información comunicándome que el proyecto de este Filosofado se remonta a varios lustros; pero la urgencia de su construcción ha sido motivada por la instalación de la Universidad Pontificia.

Vuelvo a la ciudad atravesando el Puente Nuevo y enfilado hacia los últimos números del paseo de Canalejas. Haciendo escuadra con el convento de monjas bernardas, hay una casa con un patinillo delante, con el clásico pozo de brocal y polea en medio. Hubiera pasado adelante si en una modesta placa no hubiéramos leído: «Padres Escolapios».

Los hijos de San José de Calasanz son nuevos en Salamanca. Me lo confirma el superior de este Colegio Mayor, llamado así como tantos otros que han surgido aquí estos años no precisamente por el número de estudiantes, sino por la calidad de colegiales de Facultades Mayores que tienen sus residentes. Este de los escolapios, denominado de Santo Tomás de Aquino, alberga ahora ocho teólogos que acuden, naturalmente, a la Universidad Pontificia. Precisamente llegan de clase cuando nosotros saludamos al superior, padre José Olea, hombre de gran autoridad en su Orden, en cuya Casa Generalicia de Roma ha residido muchos años. El padre general en persona le encargó de la fundación de esta casa de Salamanca, de cuya Universidad Pontificia le hizo cálidos elogios.

«LOS PADRES...? PISO SEGUNDO»

En el mismo paseo de Canalejas, bastantes metros más arriba, cerca ya casi de la plaza de España—antigua Puerta de Toro—, hay una casa particular de reciente construcción, en uno de cuyos pisos nadie adivinaría que existe una comunidad de religiosos. Son terciarios capuchinos. Bajo las órdenes de un prior habitan allí cinco estudiantes de Teología, germen de un Colegio Mayor que se construirá a su debido tiempo. Otra de las cuatro ramas de la Orden de San Francisco—la llamada propiamente franciscana—, que, a pesar de su raigambre en España, no tenía fundación en Salamanca desde hace varios siglos, abriga también el proyecto de construcción de un convento. Mientras tanto, tres de sus religiosos han habitado una pequeña casa a no muchos metros de la de los terciarios capuchinos.



El decano de la Facultad de Teología, reverendo padre fray Agapito de Sobradillo, conversa con un grupo de alumnos



Una clásica estampa de la plateresca ciudad del Tormes, con sus torres apuntando hacia el cielo

Estamos dando la vuelta a la antigua carretera de circunvalación. Muy cerca de ella, a esta altura del paseo de Canalejas, en la Cuesta de Sancti Spiritus y frente por frente de la iglesia de este nombre, otra casa particular alberga cuatro religiosos, tres de los cuales son profesores de la Universidad Pontificia. Son los padres del Corazón de María o claretianos; los dos mencionados decanos respectivos de Cánones y Lenguas Clásicas, y el padre Augusto Andrés Ortega, profesor de Psicología.

Quiero resaltar lo significativo de estos detalles. El recorrido que vamos haciendo desde hace una hora escasa no está encuadrado ni en los arrabales ni en el centro universitario de la población, que son las zonas más a propósito para la construcción de amplias casas o conventos religiosos. Y, sin embargo, nos hemos tropezado con cuatro Colegios Mayores enmarcados dentro de otras tantas casas o pisos particulares. El alma de la Universidad Pontificia, la ciencia eclesiástica de la Salamanca tradicional se esparce por todas las arterias de la ciudad. Y se halla

concentrada en Institutos religiosos de la más diversa finalidad y origen histórico.

Siguiendo la ruta circunvalatoria y desviándonos, al llegar a la Puerta de Zamora, un poco hacia las afueras, preguntamos —tras consultar la lista de don José Artero— a la portera de otra casa de pisos, la número 18 de la calle Torres y Villarreal:

—¿Los padres josefinos, me hace el favor?

—Piso segundo.

Un sacerdote joven, con hábito negro y cordón azul ceñido a la cintura, me abre la puerta. Los rasgos de su rostro justifican la nacionalidad de los religiosos, cuyas características tratamos de conocer: son mejicanos. Su nombre canónico: Misioneros Josefinos de Méjico. Luis Rebollo se llama mi interlocutor, que es el superior de la casa. Me recibe en una salita, en uno de cuyos ángulos, sobre una repisa, aparece el busto de un sacerdote.

—Ese es nuestro fundador—me dice el padre Rebollo tras los previos saludos y contestando a mi pregunta—. Era español, catalán. Se llamaba José María Vilaseca y había pertenecido a la Congregación de San Vicente de Paúl. Nuestra Congregación, que empezó a vivir a finales del siglo pasado, está muy arraigada en toda América. En Europa no tenemos más que dos casas: la Procuraduría General, en Roma, y la de Salamanca.

—¿La razón de esta su fundación salmantina?...

—Tiene una doble finalidad. De un lado, traer estudiantes americanos para que se preparen en ambas Universidades: la Pontificia y la Civil; de otro, fundar el Seminario Misionero Icesfino y reclutar vocaciones entre muchachos españoles con destino a América. Ya está funcionando este colegio. Si quiere asomarse al patio verá a nuestros 24 alumnos correteando por él. Todos son de la provincia de Salamanca.

Hago más averiguaciones y me emociono un poquillo al enterarme que dos de estos chicos nacieron en el mismo pueblo que yo: en Castellanos de Moriscos, a ocho kilómetros de la capital.

El padre Rebollo está encantado en Salamanca. Lo mismo que sus ocho compañeros, cuatro de

los cuales son profesores de su colegio y otros cuatro estudian en la Pontificia, donde ya se graduó el superior, quien me cuenta que fué el propio cardenal Canali, protector de la Orden, quien dijo al padre general que quería enviar a sus graduandos a Roma: «Mándelos a Salamanca. Hay que incrementar aquella Universidad Pontificia, que, además, está enclavada en la patria del fundador de su Congregación.»

LA LEY DE LOS NUEVOS TIEMPOS

Fieles a esta consigna los misioneros josefinos no se conforman con el estado provisional del momento y piensan construir un edificio para Colegio Mayor, cuyo proyecto se me muestra. No están comprados los terrenos, pero ya puede asegurarse casi el sitio donde va a levantarse. Es en la prolongación de este mismo paseo de Torres y Villarroel, más allá de la plaza de toros, entre las carreteras de Valladolid y Zamora, lindante con la de Fuentesauco, zona que está llamada a ser una de las más féculdas en edificaciones eclesiásticas. Allí se levanta ya el convento Filosofado de padres mercedarios; están comprados los terrenos para el escolasticado claretiano, y va mediada la construcción del colegio de los Legionarios de Cristo, otra congregación mejicana, de recentísima creación. Los primeros altozanos de la ubérrima y austera Armuña, que comienzan en este ensanche de la ciudad, forman un escenario ideal para recreo del cuerpo y del espíritu.

Como lo es también aquella otra parte de la zona opuesta donde empezamos nuestro recorrido, y en la que ha comenzado a construirse el Colegio Mayor de más envergadura de cuantos se alzan o proyectan alzarse en Salamanca: el de los padres paúles.

El padre Horcajo, superior de la actual residencia, me muestra los planos. Verdaderamente será un colegio grandioso, capaz para más de 400 estudiantes. Cuando dentro de poco más de un año se termine vendrán los 180 que ahora se desenvuelven en un viejo caserón de Cuenca.

Tras mi charla con el padre superior de los paúles vuelvo al contraste. Y no a muchos pasos de aquel lugar, en zona perteneciente a la misma parroquia—la del Carmen, que por su extensión estaba necesitada de nuevos templos o capillas, sobre todo en las zonas más alejadas, como la antaño llamada Eras de las Carmelitas y el Barrio Vidal. Para el auxilio espiritual de esos barrios se habilitó en el primero de ellos una capillita regentada por un padre trinitario. Y desde hace diez años el padre Francisco—un vasco entrañable y sencillo de verdad—es uno de los mejores auxiliares del párroco del Carmen. Pero, además, es el superior de la residencia contigua—otra modesta casa particular—, donde habitan con él seis o siete estudiantes.

Al preguntarle por posibles proyectos de construcción de un Colegio Mayor le salió espontáneamente un gesto elocuentísimo. Por ahora habrá de contentarse

con seguir llevando a la Universidad esa media docena, poco más, de escolares y evocar la antigua grandezza de la Orden Trinitaria en Salamanca, donde se levantaron dos famosos conventos, de uno de los cuales no queda casi el recuerdo, mientras el lugar que ocupaba el otro está hoy convertido en una fábrica de abonos químicos. El bueno del padre Francisco espera en Dios que poco a poco vuelva a ir restaurándose el antiguo esplendor de su Orden, fundada en 1098 por el español Juan de Mata y el francés San Félix de Valois, y reformada en el siglo XVI por el también español beato Juan Bautista de la Concepción, a quien, siendo niño, profetizó Santa Teresa que había de ser «padre de una gran familia espiritual».

Pero en este aleccionador panorama que representa la evolución en la historia de las Ordenes monásticas y su acomodación a los nuevos tiempos, hay otro caso más ejemplar y significativo todavía: el de la española y recién restaurada Orden de los Jerónimos. De sus treinta religiosos, de los cuales sólo dos son sacerdotes todavía, la tercera parte están en Salamanca para perfeccionar sus estudios teológicos.

Los diez estudiantes jerónimos que componen la comunidad habitan en una de las casas baratas del barrio Salas Pombo, la cual, externamente, sólo deja adivinar su interior monacal por una especie de celosía que cierra la mitad inferior de todas las ventanas. Pero nada más trasponer el umbral se respira un ambiente cenobítico que llena ya el mismo sencillo y angosto vestíbulo, donde arranca la escalera en cuyo empuje la palabra «Clausura» es todo un poema. Al recortarse sobre el primer descansillo la ascética silueta del joven superior de la comunidad—un teólogo que este año se ordenará de sacerdote—, no puedo evitar la nostálgica evocación de los antiguos monasterios jerónimos, tan famosos como el de Guadalupe, cuyo nombre ha tomado esta nueva fundación. Sobre la cabeza del frailecico se me antoja ver flotar la sombra de fray Hernando de Talavera, uno de los más famosos jerónimos que antaño frecuentaron las aulas salmantinas.

HORAS FINALES

Está al caer la tarde, fría, pero luminosa y al encaminar los pasos de vuelta, cara a la clásica zona universitaria salmantina, brillan al sol vespertino las torres y edificios antiguos y esbeltos. Los primeros que alcanzo en mi regreso son los históricos colegios que antaño habitaron jesuitas irlandeses y hoy son, respectivamente, Escolasticado de los operarios diocesanos y residencia de sacerdotes seglares, doctorandos en la Universidad. En la fachada del primero una lápida recuerda los tiempos de permanencia en él de uno de los mayores teólogos del siglo XVI, el padre Francisco Suárez. En el patio de los irlandeses charlo con algunos jóvenes sacerdotes; me dicen que la tesis doctoral de uno de ellos versa sobre «La moral pro-

fesional del periodismo». No está en este momento el interesado y me quedo con las ganas de hablar con él sobre punto que tanto me afecta.

Enfilo la calle de San Vicenta hacia el Colegio Mayor Hispánicoamericano, que alza sus líneas modernas frente a la Cuesta de los Caídos, atalayando por encima del río el amplio horizonte de los campos charros de Alba de Tormes. En el camino me cruzo con varios grupos de jóvenes cuyos rostros denuncian a la legua su procedencia de allende el Atlántico.

Llego al Colegio. Me recibe uno de los directores y reconozco su cara. Es precisamente el secretario general de la Universidad, con quien había hablado por la mañana. Me dice que hay más de medio centenar de residentes, no todos precisamente hispanoamericanos—hay varios de Portugal—, aparte de los nueve religiosos maronitas libaneses, que esperan volver a encontrar otra residencia menos inhóspita que la que años pasados tuvieron en el barrio Vidal.

Va poniéndose el sol mientras bajo la cuesta. Por las calles de Fonseca y Ramón y Cajal desemboco en la plaza de las Agustinas. Por asociación de ideas recuerdo que cuando me acerqué por la mañana a casa de don José Artero visité también la residencia que en la misma calle de Rúa Mayor tienen los eremitas de San Agustín. Algunos de ellos estudian en la Universidad Civil. Ahora no hay ninguno en la Pontificia. En los cursos pasados los padres Suárez, Eloy Domínguez y otros explicaron lecciones especiales. El padre Vera me dijo que tienen en proyecto la construcción de un Filosofado. Con ellos viven algunos religiosos de la otra rama agustiniana, la de los recoletos, que estudian Teología en la Universidad Pontificia.

Estoy ya en medio de la calle de la Compañía. Vuelvo otra vez al punto de partida. Por la escalinata veo bajar grupos de alumnos y profesores que salen de las últimas clases. En dos cosas reparo principalmente cuando estoy entre ellos: la edad no demasiado juvenil de algunos alumnos y la abundancia de hábitos blancos con capas negras entre los profesores. El primer detalle me hace recordar el Colegio de Vocaciones Tardías, al que, sin duda, pertenecen los seminaristas en cuestión. El segundo me lleva a la evocación del tradicional convento de San Esteban, donde han permanecido, a lo largo de más de cuatro siglos, las vivencias teológicas transmitidas por los sucesores de aquellos grandes maestros de las clásicas Facultades salmantinas del Siglo de Oro, como Melchor Cano, Domingo Báñez y tantos otros teólogos y canonistas que han dado relumbramiento a la Orden Dominicana. Esa Orden cuyo simbolismo dentro de Salamanca está realzado por el hecho de hallarse actualmente al frente de la diócesis salmantina y, por tanto, de su Universidad Pontificia, de la que es gran canciller, un ilustre hijo de Santo Domingo.

Gerardo RODRIGUEZ
(Enviado especial.)

ESE PEÑON QUE SE LLAMA GIBRALTAR...



BALANCE HISTORICO DE LA INTERVENCION DE ESPAÑA EN LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

LA COLONIZACION INGLESA NO FUE MOTIVO DE SATISFACCION PARA LOS AMERICANOS

AQUELLOS años —1759-1788— del reinado de Carlos III son objeto de contabilidad metódica por parte de nuestra historia patria. Sus partidas, en efecto, no pueden ser más opuestas. Indudablemente es muy amplio el activo, funcionamiento de las Cortes del Reino; fomento de la agricultura; creación de la Sociedad Económica de Amigos del País; repoblación forestal; construcción de grandes obras públicas; ornato en las ciudades; aliento a las bellas artes; desarrollo de la actividad industrial; realización de importantes trabajos cartográficos; incremento de nuestras fuerzas militares; colocación, en fin, de España bajo el patrocinio de la Virgen Inmaculada. Pero el pasivo representa también notorios fallos. En oposición a esta consagración de nuestra fé, la injusta expulsión de los jesuitas, exigida por el volterianismo y la masonería, y ese otro grave yerro político y militar a la vez que se llamó el *Pacto de Familia* o, si se prefiere, dicho con el lenguaje gráfico de la época, el *Pacto del Hambre*, que firmaron España y Francia, en virtud del cual uníamos la suerte de nuestra Patria a las obcecaciones belicistas de una Francia en plena decadencia, de la que dijera nada menos que Napoleón que se hallaba a la sazón humillada y avergonzada por el papel ridiculo de sus ejércitos en Europa (sic.). Ambos fallos de la política de Carlos III tienen,



Jorge Washington desembarca con sus tropas en Trenton (Nueva Jersey). Cuadro del pintor Emanuel Leutse, que se conserva en el Museo de Nueva York.

es bien sabido, expreso signo masonico. Se atribuye, en efecto, al conde de Aranda la fundación del Gran Oriente Nacional en 1780.

La política española se encaminaria, por tanto, bajo el reinado de aquel Monarca, decididamente hacia la guerra. Esto era fatal y lamentable, aunque en las campañas militares de Carlos III hubiera alguna excepción, justificada y hábil, que es justamente a la que luego vamos a referirnos.

Para hacer la guerra, España tenía a la sazón un buen Ejército, del que llegó a ser general en jefe don Pedro de Abarca y Bolea, aragonés de origen y notorio

acaparador de títulos del Reino, pues hasta 23 detentaba, ad más de disfrutar de una saneada renta anual, que se cifraba a la sazón en dos millones de reales. El conde de Aranda—nuestro hombre en cuestión—, quizá por la notoria influencia que en él ejercitaban sus amigos de París (Voltaire, Diderot y D'Alambert, resultaba un tanto extranjirizante. Supo dotar a nuestro Ejército de su código moral, magnifico y eterno, que son las Ordenanzas Militares; pero se imaginó destruirle a la prusiana, lo que, sobre disparatado, resultaba a la postre bufo. Es verdad que por

perfecta amistad. Mejor diríamos que en estrecha alianza. Porque en realidad la independencia de los Estados Unidos, el éxito del alzamiento de las viejas colonias británicas, se logró no sólo en el cacareado apoyo de Francia, sino también, muy singularmente, con la cooperación militar española, de nuestras flotas y de nuestros Ejércitos, como vamos a recordar a continuación brevemente.

Tras de la declaración de Virginia estalla la guerra. Inglaterra se apresta a la lucha. Washington aparece en escena para salvar y liberar su patria. En Inglaterra el alzamiento yanqui pareció suicida e insensato. «Los coloniales —se decía— no tienen una sola plaza fuerte, ni un solo regimiento disciplinado, ni un barco de guerra, ni crédito ninguno. Ni desde el punto de vista financiero ni desde el punto de vista militar tienen la fuerza necesaria para hacer la guerra a Inglaterra...» ¡Exactamente lo mismo que, pasado siglo y medio, se dijera de nuestro Alzamiento Nacional al producirse! En Saratoga sufren los ingleses su primera y más importante derrota. Francia se decide a intervenir. Vergennes, el ministro de Luis XVI, es, como ahora diríamos, anglófobo. España no lo duda y se lanza también contra Inglaterra en defensa de la naciente libertad americana. No han faltado los comentaristas sorprendidos ante esta decisión. España, se ha observado, tenía a la sazón un inmenso Imperio colonial en América, que llegaba desde los Estados Unidos mismos, como acabamos de ver, por América Central, hasta el Cabo de Hornos, en el extremo sur de la meridional, sin más exclusión importante que Brasil. Pero la Historia de España ha estado limpia de todo egoísmo siempre. Y allá fué a la guerra nuestra Patria en apoyo de la independencia norteamericana. Añadamos—¿por qué no?—que el propio Carlos no simpatizaba mucho tampoco con Inglaterra, dolido de su actitud para con él cuando ocupaba nuestro Rey el Trono en Nápoles. Además—y esto sí que no debemos ocultarlo—, la decisión de España de intervenir a favor de los Estados Unidos no estaba desligada a la postre tampoco de nuestra ansia de entonces y de siempre de recuperar a Gibraltar. Era, sin duda, esto muy legítimo. Pero el hecho concreto—y que al norte del Pirineo, sobre todo, se ha procurado olvidar—es que España se alineó desde luego al lado de los patriotas americanos que debían imponer por las armas su libertad al dominador inglés.

LA JORNADA TRIUNFAL DE YORKTOWN

La guerra de la independencia americana fué realmente una lucha general. El teatro de operaciones no se limitaba al norte del Nuevo Mundo. Se extendía a Europa, y especialmente fué naval. Esto era muy comprensible. Inglaterra necesitaba el Atlántico libre para llevar hasta la otra orilla los efectivos y los medios que enviaba desde las Islas Británicas. Numerosos corsarios y poderosas Escuadras coaligadas atacaban este tráfico inglés. Tras la derrota inglesa en Sa-



ULTIMA VISTA DEL CASTILLO DE S. FELIPE Y MAHÓN
 Con la salida de los Ingleses, el Duque de Alba, con el conde de Aranda, y otras personas de distinción, se dirigieron a las Casacas de Madrid. Se hallaron en Mahón Calle de Comercio N.º 8. sala 1.ª. donde se acordó una...
 1. Puente de Mahón. 2. Puente de Mahón. 3. Puente de Mahón. 4. Puente de Mahón. 5. Puente de Mahón. 6. Puente de Mahón. 7. Puente de Mahón. 8. Puente de Mahón. 9. Puente de Mahón. 10. Puente de Mahón. 11. Puente de Mahón. 12. Puente de Mahón. 13. Puente de Mahón. 14. Puente de Mahón. 15. Puente de Mahón. 16. Puente de Mahón. 17. Puente de Mahón. 18. Puente de Mahón. 19. Puente de Mahón. 20. Puente de Mahón. 21. Puente de Mahón. 22. Puente de Mahón. 23. Puente de Mahón. 24. Puente de Mahón. 25. Puente de Mahón. 26. Puente de Mahón. 27. Puente de Mahón. 28. Puente de Mahón. 29. Puente de Mahón. 30. Puente de Mahón. 31. Puente de Mahón. 32. Puente de Mahón. 33. Puente de Mahón. 34. Puente de Mahón. 35. Puente de Mahón. 36. Puente de Mahón. 37. Puente de Mahón. 38. Puente de Mahón. 39. Puente de Mahón. 40. Puente de Mahón. 41. Puente de Mahón. 42. Puente de Mahón. 43. Puente de Mahón. 44. Puente de Mahón. 45. Puente de Mahón. 46. Puente de Mahón. 47. Puente de Mahón. 48. Puente de Mahón. 49. Puente de Mahón. 50. Puente de Mahón. 51. Puente de Mahón. 52. Puente de Mahón. 53. Puente de Mahón. 54. Puente de Mahón. 55. Puente de Mahón. 56. Puente de Mahón. 57. Puente de Mahón. 58. Puente de Mahón. 59. Puente de Mahón. 60. Puente de Mahón. 61. Puente de Mahón. 62. Puente de Mahón. 63. Puente de Mahón. 64. Puente de Mahón. 65. Puente de Mahón. 66. Puente de Mahón. 67. Puente de Mahón. 68. Puente de Mahón. 69. Puente de Mahón. 70. Puente de Mahón. 71. Puente de Mahón. 72. Puente de Mahón. 73. Puente de Mahón. 74. Puente de Mahón. 75. Puente de Mahón. 76. Puente de Mahón. 77. Puente de Mahón. 78. Puente de Mahón. 79. Puente de Mahón. 80. Puente de Mahón. 81. Puente de Mahón. 82. Puente de Mahón. 83. Puente de Mahón. 84. Puente de Mahón. 85. Puente de Mahón. 86. Puente de Mahón. 87. Puente de Mahón. 88. Puente de Mahón. 89. Puente de Mahón. 90. Puente de Mahón. 91. Puente de Mahón. 92. Puente de Mahón. 93. Puente de Mahón. 94. Puente de Mahón. 95. Puente de Mahón. 96. Puente de Mahón. 97. Puente de Mahón. 98. Puente de Mahón. 99. Puente de Mahón. 100. Puente de Mahón.

Una litografía del castillo de San Felipe, en Mahón, cuando los españoles recobraron con sus navios la plaza que nos había sido arrebatada por Inglaterra.

ratoga, la suerte de las armas en el teatro americano se inclinó abiertamente hacia el bando de la independencia. La jornada de Yorktown señaló definitivamente la crisis de la contienda. Inglaterra, la vieja metrópoli, lo comprendió así también. Todo estaba ya decidido. El tratado de Versalles de 1783, firmado siete años después de haberse alzado en armas los americanos, restablecía la paz y otorgaba a los Estados Unidos su independencia.

Pero esto es una sola faceta de aquella guerra general. En 1779, esto es, poco después de la proclamación de Virginia, España entraba en guerra con Inglaterra para apoyar a los americanos. La lucha hispanobritánica tuvo por campos de batalla el suelo patrio, en Menorca y Gibraltar; pero singularmente el mar, desde el canal de la Mancha al Estrecho y el Atlántico, en toda su inmensidad. España, ya lo hemos dicho, disponía a la sazón de una potente flota. Ensenada la había creado, organizando los arsenales de El Ferrol, Cádiz y Cartagena y poniendo en actividad nuestros astilleros. Se había creado también el Colegio de Guardias Marinas y el Cuerpo de Sanidad de la Armada. A su vez, nuestro Ejército había sido reorganizado, transformándose en regimientos nuestros Tercios, constituyéndose los guardias de Corps, Walona y de Alabarderos, creado las Academias militares y las fábricas de Artillería de Sevilla y Trubia, así como transformada la de Toledo, siendo dotados nuestros soldados de tricorno o «sombrero de tres candiles» y de fusil con bayoneta en vez de arcabuz. Inicialmente se reúne una poderosa Escuadra hispanofrancesa, de 70 navios de alto bordo. A la flota del francés Orvillers se añaden nuestras naves que salen de El Ferrol, poniendo proa hacia el Canal. Los franceses deben de colocar en las orillas orientales de la Mancha 50.000 hombres dispuestos para asaltar las Islas Británicas. En Inglaterra, ante la amenaza, reina verdadero pánico. No hay fuerzas terrestres para



El conde de Aranda, a quien se atribuye la fundación del Gran Oriente Nacional, en 1780.

repeler la agresión, y el almirante Hardy tiene como «Escuadra de casa» apenas una flota de 38 navios. Pero la operación va a fracasar por este triste sino que ha tenido siempre para nosotros la cooperación naval gala. Los franceses tienen mal dispuesta su flota. Faltan abastecimientos, y los soldados dispuestos en tierra para embarcar están idénticamente desequipados. En el buque almirante francés «Ville de Paris» hay 280 atacados de escorbuto. El Mando galo, por otra parte, se muestra atolondrado y totalmente inepto. Unas veces señala a Portsmouth como objetivo y otras a Falmouth. Nadie sabe lo que hay que hacer. La enfermería mientras tanto causa 3.000 bajas. Y al fin, sin intentar el paso decisivo, la operación se declara fracasada. La Escuadra española debe de abandonar las aguas del Canal cuando el almirante Rodney, con 28 navios, acu-

de a Gibraltar. La flota española de Lángara le da batalla en aguas del Cabo San Vicente sin éxito, mientras que la francesa descansa, refugiada e inactiva, en Brest.

La batalla en el mar se generaliza. Rodney va a las Antillas. Nuestro almirante Gálvez arranca a los británicos la plaza de Mobile. El almirante español Córdoba derrota a la flota inglesa en aguas de Azores, apresándole 53 transportes. Solano, con otra Escuadra nuestra, persigue mientras tanto a Rodney; pero no logra éxito, porque las bajas de enfermedad diezman sus tripulaciones.

Inglaterra no tenía, pues, absolutamente libre el camino del Océano. Unas veces porque los navíos españoles llegaban a las aguas del Canal; otras porque, con Gálvez y Solano, penetraban en el mar de las Antillas. Otras, en fin, porque se empeñaban en bloqueos o combates en aguas de Gibraltar. Esto tenía que influir no poco en la marcha de las cuestiones de América.

Tampoco el Mediterráneo se vió libre para Inglaterra. Una Escuadra española, junta con otra francesa, partieron de Cádiz secretamente para Menorca. Esta flota, de 50 navíos, recupera para España Mahón, que nos había sido arrebatado por Albión.

GIBRALTAR, CAMPO DE BATALLA

Gibraltar—¡cómo no!—tenía forzosamente que servir también de campo de batalla. Tras la felonía inglesa de 1704, consumada en el tratado de Utrech, los intentos españoles para recuperar la plaza por las armas en 1705 y 1727 habían fracasado. Esta nueva ocasión de guerra brindaba, en consecuencia, otra oportunidad para probar la suerte de las armas. En 1770 13.000 españoles ponían sitio al Peñón, a las órdenes del general Alvarez de Sotomayor. Lángara y Barceló mandaban las Escuadras nacionales. Elliot defendía la plaza que Inglaterra nos ha usurpado. La guarnición del Peñón era de unos 7.000 hombres. Pero, pese a su inferioridad numérica, la defensa estaba netamente ayudada por la topografía. En el istmo la lucha resultaba difícil y cruenta para los españoles. Sin embargo, no faltó ardor a éstos para llegar, una vez tras otra, hasta la cuarta pasarela, derrochando a raudales valor y sangre. El éxito se confiaba sobre todo al ataque por mar en el interior de la bahía de Algeciras. El francés D'Arcon había construido al efecto unas extrañas «baterías flotantes», que se decían nada menos invulnerables e insubmersibles, en virtud de un dispositivo de tubos llenos de agua, a cuyas singulares naves, que los españoles llamábamos «empalmetadas», apoyarían 45 buques con las «cañoneras» de Barceló. El 12 de septiembre de 1782 se desencadenó el asalto. Resultó pronto que las baterías flotantes del francés, contra lo anunciado, hacían agua y ardían con facilidad, por cuya razón, imposibilitada la Escuadra de lograr superioridad de fuegos sobre la plaza, la operación fracasó, sufriendo en el intento graves pérdidas los españoles. El 28 de noviembre de aquel año moría frente al Peñón aquel gran soldado

y literato que fué Cadalso, cuyo cuerpo reposa eternamente en San Roque. Por entonces había nacido «Campamento», la nueva «Santafé» de un asedio, esta vez desgraciadamente sin fortuna.

En efecto, nos quedamos solos ante el inglés. Los franceses prefirieron entenderse con él, con olvido de España y del famoso pacto. Y comenzaron las conversaciones secretas al efecto. Inglaterra, por su parte, había sufrido mucho en la guerra. Los gastos de la misma excedían bastante de los cien millones de libras esterlinas. Su Escuadra había perdido, luchando con la nuestra y la francesa, 83 grandes navíos. La suerte de América estaba decidida.

Y se hizo la paz, la del tratado de Versalles de 1783. Una paz magnífica en la que todos salieron satisfechos. Francia, en primer lugar, porque recuperó Senegal, Tabago, Saint Pierre y Miquelón y la libertad para fortificar Dunquerque, que antes no tenía, por la misma razón que Inglaterra se ha opuesto algunas veces a que fortifiquemos nosotros Algeciras. Ya se podía, sin duda, dar por satisfecha. Los Estados Unidos, al fin, lograban lo más importante: su plena independencia. Nacían así como nación autónoma, aunque en los días mismos en que se diera su Constitución (1787) apenas tenía todavía nada más que cuatro millones de habitantes. Inglaterra, a la postre, liquidaba sus asuntos del mejor modo posible.

SIGUE SIENDO ESPAÑA UN CASO DE EXCEPCION

Y quedaba España. El caso español constituía una excepción en el general júbilo. Es verdad que habíamos recuperado Mahón limpia y brillantemente por las armas; pero para ratificar nuestro triunfo en el campo de batalla tuvimos que dejar en manos de Inglaterra, en la mesa de la diplomacia, las islas de Bahama y las Lucayas. Sobre todo España no pudo recuperar Gibraltar. Nuestra Patria, que tanto hizo por la victoria general, que puso jaque a la flota inglesa en el Mediterráneo, en el Estrecho, en el Caribe y en pleno Océano; que había auxiliado en medios y en recursos extraordinarios la causa de la independencia americana, pareció como si realmente ella, en la hora de la paz, y no Inglaterra, hubiera sido la derrotada. No importaron sus éxitos parciales. Ni sus diversiones estratégicas que frenaran y dañaran tanto la movilidad operativa inglesa. Ni sus aportaciones directas a la causa de la libertad americana. ¡Que no fueron pocas! Hay testimonio, al menos, de los siguientes envíos entonces desde la Península a los Estados Unidos: *dos millones de libras de oro, 216 cañones de bronce, 209 cureñas, 29 morteros de Artillería, 12.906 bombas, 51.184 proyectiles de cañón, 40.000 tiendas de campaña, 30.000 fusiles y bayonetas.* Téngase en cuenta que Washington no tuvo nunca en ningún momento más de 20.000 hombres bajo su mando directo en el campo de batalla y otros 30.000 uniformes, los que vistieron los soldados de la libertad americana después del invierno de Walle y Forge. Esta aportación fué tan-

to más apreciable en cuanto que España la hizo desinteresada y generosamente y en el momento en que, como hemos visto, ella misma llevaba la guerra a las puertas de Inglaterra, a Gibraltar y Menorca y a todos los mares por donde navegara la bandera británica.

En el mensaje elevado recientemente por el Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes yanqui, que preside William Hess, hay un párrafo que no dudamos en reproducir por lo que tiene de justo y luminoso para con nuestra aportación y cooperación al éxito del alzamiento de los Estados Unidos. El citado mensaje dice concretamente y a la letra, en uno de sus pasajes, como sigue:

«Comúnmente se nos ha hecho creer que toda nuestra ayuda en la revolución americana se debió a la generosidad francesa. Esta no es la verdad completa. Una gran cantidad de dinero, ciertamente en proporción a sus posibilidades, la proporcionó España. Pero igualmente el importante movimiento de barcos españoles y el despliegue de tropas españolas en las entonces posesiones de España, en la revolución, fué un hecho ignorado demasiado tiempo por nuestros historiadores. Los escritos sobre esta cuestión no abundan. Recientemente, por ejemplo, ha llamado nuestra atención una disertación doctoral, archivada en la Universidad de Georgetown, en 1953, referente al «Diario de don Francisco de Saavedra», cuya posición, primero en el servicio militar y luego en el diplomático de su país, le permite precisar la verdadera ayuda en especie dada bajo la dirección del Monarca español a la revolución americana. España ni busco ni acepto compensación por ello.»

Hasta aquí lo que dice el interesante documento. En efecto, esa fué la gestión española. Decidida, capital y generosa. Tras de ella ni agitamos figurones ni se levantaron estatuas. A España le bastó que el éxito de las armas hubiera proclamado la independencia americana, a cuya causa se sumó desde el primer instante valerosa y apasionadamente, sin que le importara mucho su propia condición de potencia colonizadora en el Nuevo Mundo, extremo que no pudo pesar en el ánimo de Francia, por ejemplo, que apenas si poseía más que los territorios de la Luisiana, que luego enajenara por dinero.

Cuando la paz de Versalles llegó, en fin, para todos los beligerantes, hubo premio hasta para la vencida Inglaterra, como hemos visto. Para España no hubo nada. Ahí está aún, en efecto, la bandera británica tremolando al aire sobre el Peñón ciento setenta y un años después que Francia recuperara aquel espléndido lote de sus colonias, que había perdido, y de que los Estados Unidos hicieran su aparición en la Historia como país libre y soberano. España, que sumó su esfuerzo generoso y noble a la causa de esa libertad americana, que figuró en el momento histórico entre las potencias vencedoras, no pudo entonces, ni ha podido aún, liberar del inglés ese trozo de la Península que se llama Gibraltar...

José Díaz DE VILLEGAS

**"CAMINAMOS AL COMPAS
DE LOS TIEMPOS Y
AL RITMO DE LA VIDA"**



**Entrevista con el Ministro de Justicia,
DON ANTONIO ITURMENDI**

Por nuestro redactor Diego JALON

**"LAS LEYES Y LAS INSTITUCIONES HAN
APARECIENDO CONFORME LO DEMANDABAN LAS NECESIDADES SOCIALES"**

EL 15 de diciembre de 1903, el Ministerio de Justicia llevaba ya muchos años instalado en un antiguo palacio de la que entonces, con toda propiedad, se llamaba calle Ancha de San Bernardo. El mismo día, en Baracaldo, le nació al matrimonio Iturmendi-Bañales uno de sus hijos varones, al que se pondría el nombre de Antonio.

Pero en aquella fecha, ni el antiguo palacio convertido en Ministerio podía sospechar que el recién nacido sería uno de sus futuros inquilinos, ni éste que llegaría a ser Ministro de Justicia. Y por lo tanto, en cierto modo, vecino de la calle de San Bernardo en unos años en que sonaría a irónica exageración llamarla «ancha». Por ejemplo, en este año. En esta tarde de abril de 1954, en la que don Antonio Iturmendi Bañales, el hombre crecido de aquel niño que nació en Baracaldo, explica en su despacho de Ministro de Justicia, en el antiguo palacio de la calle de San Bernardo, la historia del local y de las funciones de su Ministerio.

EL PALACIO DE LA SONORA Y SU REFORMA
—Esta casa es el antiguo pala-

cio de la Sonora. Recibió este nombre del título de su dueña, doña María de la Concepción Cabezuela, marquesa de la Sonora. Fué comprado por el Estado para instalar en él el Ministerio de Justicia. La escritura de compraventa se firmó el 18 de diciembre de 1851, y el precio alcanzó la suma de un millón seiscientos mil reales. El edificio se transmitió sujeto a numerosas y pintorescas cargas. Entre ellas, una de tres faroles, que el propietario quedaba obligado a mantener; otra relativa a una fuente capitalizada en ochocientos treinta y sesí reales; un censo referido a un farol situado frente a las casas número 7 y 10 de la calle de los Reyes, que subsistió hasta época muy reciente, y que estaba, a su vez, gravado con veinte misas que debían decirse precisamente en el convento de Santa María de la Concepción de Cádiz...

Al aumentar las funciones del Ministerio, después de la guerra de Liberación, el palacio de la Sonora se quedó chico, anticuado. Se pensó entonces construir un edificio de nueva planta en la prolongación del paseo de la Castellana, pero se optó, al fin,



El señor Iturmendi asiste frecuentemente al fútbol. Esta fotografía fué tomada en el estadio de Chamartín.



El Ministro de Justicia conversa con nuestro redactor Diego Jalón durante la entrevista que le concedió para los lectores de EL ESPAÑOL.

por ampliar y modernizar el viejo edificio que ya ocupaba el Ministerio. En 1942 comenzaron las obras, y cinco años después, el 23 de enero de 1947, festividad de San Raimundo de Peñafort, se inauguró el edificio renovado, con una capacidad casi doble de la anterior. La reforma, inteligentemente realizada —y puedo decirlo sin ninguna clase de vanidad personal porque no es obra mía, sino de mis antecesores en el cargo— ha ofrecido como resultado un edificio amplio, moderno bien dotado, que no ha perdido en el cambio su tradicional carácter de antiguo palacio.

Es verdad, Nada hay en él de la vieja estampa de los despachos polvorientos, de los estrechos y fríos pasillos de piso de madera crujiente y sin encerar, de los muebles deshilachados, que constituían el escenario oficial por el que discurría la tragedia de aquel mundo de antiguos burócratas, con visera, manguitos y temor a la cesantía, que inspiró los chistes más regocijantes y más agudos de Xaurdaró.

El nuevo edificio es hoy por dentro, pasillos alfombrados, escaleras de mármol, despachos amplios, suelos encerados, arañas de cristal, muebles de estilo. Por fuera una de esas combinaciones de ladrillo rojo y piedra gris, con tejados de oscura pizarra, que recuerdan el modo de hacer, sencillo y sólido de Herrera.

En suma; un palacio renacido sobre sus propios antiguos cimientos que, en algún modo, resulta un símbolo materializado de la evolución histórica del propio Ministerio de Justicia. Que éste tiene también una partida de nacimiento añeja y también sus funciones actuales hunden sus raíces en sus funciones primitivas.

EL VERDADERO SENTIDO DE LA TRADICION

—El nacimiento del Ministerio fué bastante anterior al de su actual sede. En 1705 se creó la Secretaría de Despacho para los asuntos de Justicia. Un siglo después, en 1808, nació, ya con el nombre moderno de Ministerio,

el inmediato antecedente del actual, cuya competencia abarcaba la administración de justicia y la orientación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado; es decir, los llamados Asuntos Eclesiásticos, como núcleo central y permanente de sus funciones. Después, la competencia se extendió a la materia de Registros y Notariados y a los asuntos de Prisiones en los que, por cierto, se han logrado recientemente grandes avances. Las funciones que hoy le corresponden pueden considerarse, por lo tanto, verdaderamente tradicionales, si no se se traduce viciosamente el concepto de tradición por el de anquilosamiento o rutina. Yo comparto en lo político y en la administrativo aquella concepción de Vázquez de Mella que figuraba la tradición, estampa viva de nuestra Historia, como un progreso hereditario. Debe ser querida y estimada con el fin de obtener enseñanzas y experiencias para caminar hacia adelante con mayor conocimiento y seguridad. El pasado es estímulo, lección y fundamento. La tradición que emana de este Departamento da seguridad y peso a nuestra labor, pero sin restarle agilidad. Caminamos al compás de los tiempos, al ritmo de la vida. Las leyes y las instituciones han ido apareciendo conforme lo demandaban las necesidades sociales: no antes para que no fueran precipitadas; no después, para evitar la inexistencia de una norma adecuada a la situación de hecho o a la necesidad últimamente surgidas. Así, para citar sólo ejemplos recientes, se ha legislado ampliamente sobre la Sociedad Anónima, tratando de cubrir todo el campo de su aplicación práctica. Y se ha llenado así el «vacío legal» que producía la escueta regulación de las Sociedades Anónimas en nuestro Código de Comercio, reducida a solamente unos pocos artículos.

Igual ha ocurrido con la legislación sobre arrendamientos urbanos; con la de Sociedades de responsabilidad limitada; con la nueva ley de Prenda Mobiliaria, nacida al calor de la generalización del uso del automóvil y las

aeronaves, de la maquinaria industrial, del moderno concepto del establecimiento mercantil y de su importancia patrimonial como bienes susceptibles de quedar vinculados a una responsabilidad económica.

EL EQUILIBRIO DE UN HOMBRE Y DE SU VIDA

El mismo simbolismo que hemos señalado en la sede física y en el contenido funcional del Ministerio aparece en la vida pública, en la carrera del Ministro. Antonio Iturmendi es un hombre hecho paso a paso. Sin prisa y sin pausa. Un hombre que ha ido apoyando sus avances en sus conquistas anteriores. Un fruto sazonado de su propia tradición. Su film vital va empalmado en un desarrollo lógico, sin cortes y sin brusquedades, sin eclipses y sin relámpagos las sucesivas etapas: el bachillerato, la licenciatura en Derecho, la oposición de abogado del Estado en 1926, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Bilbao en 1938, Gobernador Civil en Tarragona y luego en Zaragoza; director general de Administración Local, Subsecretario del Ministerio de la Gobernación en 1941, y ahora, desde 1951, Ministro de Justicia.

Esta extensión gradual, este avance continuo, revelan, aparte el talento, otras virtudes o condiciones aparentemente muy generalizadas, pero que muy pocos hombres reúnen en la medida necesaria, verdaderamente requerida, para que resulten eficaces: la constancia, el amor al trabajo, la capacidad para aceptar responsabilidades. Y también el instinto del orden, que sin él no hay vida ordenada. Y la valoración exacta a la hora de medir los hechos, los hombres y las cosas, que sin ella no se camina en línea recta.

Antonio Iturmendi es alto, bien desarrollado. Fuerte, de aspecto sano, sin llegar a grueso, con el pelo entrecano y liso, y la frente amplia propia de los temperamentos reflexivos. Los ojos agudos, bien protegidos por la curva ceñida de las cejas, miran con expresión pensativa, con atención concentrada, pero sin dureza. Parecen calculados más para la comprensión que para la condena. La nariz, claramente destacada, de dibujo rotundo, curvada al modo vasco, sin indicar avaricia ni rapacidad. La boca fácil a la sonrisa, y la barbilla breve, redonda y bien rematada. Rostro, en suma, de hombre estudioso, comprensivo y equilibrado. De hombre que seguramente puede, con idéntica facilidad, con el mismo gesto natural y el mismo bien dispuesto ánimo, pasar del estudio de un problema jurídico intrincado a la conversación íntima con un hijo, con su mujer, con un amigo.

Su equilibrio interno, su paz consigo mismo, su espontánea naturalidad, se manifiestan incluso en sus gestos y en sus ropas. Sonríe con frecuencia. De vez en cuando mete el pugar y el índice de su mano izquierda en el bolsillo inferior del chale-

co, como si acariciara algo allí dentro. Otras veces junta las manos y maquinalmente juega con una sortija de oro, que lleva engastada una piedra oscura, quizá grabada con un escudo. Pero ninguno de estos movimientos se realizan nerviosamente. Todos sus gestos están moderados por una serenidad tan perceptible que resulta un poco contagiosa.

Viste un traje azul marino, con americana cruzada. Camisa blanca, sin dibujo ni raya alguna. Corbata de un diámetro tono gris. Zapatos negros. Está, también en este revelador capítulo de la forma de vestirse, tan lejos de la afectación como del dasaliño.

—No me pregunte usted por cosas extraordinarias, que nada hay de ello ni en mis gustos ni en mi vida. Fuí un estudiante de marcha regular. De los que aprueban cada año su curso. Tengo, eso sí, capacidad de concentración. Podría trabajar ahí, en la mesa del despacho, mientras ustedes charlaban aquí, en estos sillones, sin distraerme, sin que me molestara su conversación; pero, seguramente, esto no es ninguna condición excepcional, sino una cuestión de hábito.

No habla de sus brillantes notas estudiantiles. Ni de los meses de su lucha callada de opositor, llena de tantas horas de estudio y de esfuerzo. Ni de su triunfo en la oposición, conseguida en los primeros puestos. Ni de sus desvelos ministeriales.

Sus dos abuelos, paterno y materno, fueron voluntarios carlistas. Es hijo de un matrimonio que tuvo catorce. Viven sus padres y once hermanos. Quizá, y, sobre todo, tratándose de un hombre que ama a la familia y sigue de cerca todas sus alegrías y sus penas, se encuentre aquí la oculta raíz de su falta de vanidad, de la natural manera con que rehuye cualquier oportunidad de recrearse en la contemplación de su «yo».

LA RELIGIÓN Y LA JUSTICIA

Volvemos, por un rato, a los temas ministeriales. A la razón por la que están reunidas en el mismo Ministerio las funciones relativas a la Administración de Justicia y a los Asuntos Eclesiásticos:

—Desde que Felipe V creó en 1714 una oficina de Asuntos Eclesiásticos y de Justicia, la Administración de Justicia ha sido competencia exclusiva de este Ministerio. De ella tomó el nombre, en ella tuvo su origen y en el ejercicio de la misma desarrolla su principal actividad. Sirviendo a la justicia—que para Domingo de Soto, el clásico español que más extensamente tocó el tema, es «virtud que se derrama en las demás»—este departamento ha cobrado el prestigio y el rango que le corresponde en el seno de la organización administrativa española.

En cuanto a los Asuntos Eclesiásticos, España, nación eminentemente católica, dió cauce jurídico y administrativo a las relaciones de la Iglesia y el Es-



Acompañado de su familia, don Antonio Iturmendi presencia un partido de fútbol

tado desde los primeros tiempos de su moderna organización estatal. Desde Felipe V, como he dicho, estas relaciones competían al mismo Ministerio encargado de la Administración de Justicia.

En 1808 se formó un Ministerio dedicado exclusivamente a ellas. Pero la separación duró poco. En 1812 volvieron a reunirse definitivamente. Esta vinculación de la religión y la justicia—los dos principios interiores y constitutivos de los Reinos, según afirma Bossuet en su «Política Sagrada»—explica por qué todos los grandes acontecimientos del catolicismo español tienen su cauce, o su origen, en este departamento Ministerial. Y porque se conservan en sus archivos documentos como el texto original de la Bula de la Santa Cruzada y todo el largo e interesantísimo expediente relativo a la decisiva participación española en la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción.

Por último, la catolicidad oficial del Estado español actual, expresión fidedigna del sentir religioso del pueblo, y las excelentes relaciones que mantiene con la Santa Sede han aumentado en nuestros días la actividad de la Dirección General de Asuntos Eclesiásticos de este Ministerio. Su labor en la construcción y reparación de templos y semina-

rios—en colaboración con Regiones Devastadas—y en la aplicación de los principios del Concordato, merece destacarse para conocimiento de todos los católicos.

El tono de sinceridad de su voz, llena y persuasiva, se acentúa cuando habla de la religión y la Iglesia. Como tendrá, luego, un matiz de particular emoción al referirse a su familia. Ahora se trasluce, en sus palabras, la satisfacción de un creyente católico que forma parte de un Gobierno también católico.

Hay hechos en la vida que difícilmente pueden atribuirse al puro azar. ¿Por qué no ver algo más que una simple coincidencia de fechas en el hecho de que le haya correspondido a él precisamente, hombre del Norte español y además antiguo alumno de la Universidad de Dusto, el honor y la satisfacción de representar a España en el centenario de San Francisco Javier?

NOTARIO MAYOR DEL REINO

Don Antonio Iturmendi, como titular de la cartera de Justicia, de la que forma parte la Dirección General de los Registros y del Notariado, es ahora notario mayor del Reino. ¿Cuál es la significación de este cargo y cuáles sus atribuciones?

—Es una de las atribuciones



El Ministro de Justicia con su familia (de izquierda a derecha): su esposa, doña Rita Gómez-Nales de Iturmendi; su hijo Antonio; sus hijas Pilar y María Teresa, señora de Osorio, que aparece junto a ella, y

menos conocidas de los Ministros de Justicia. Significa el ejercicio de la fe pública, la atestiguación fidedigna de todos los acontecimientos trascendentales para la vida de la Nación, de todos aquellos actos que significan hitos importantes en la vida de España. Por ello, el Ministro de Justicia debe estar presente e intervenir en estos actos y acontecimientos: ante él, por ejemplo, prestan juramento de fidelidad a las leyes fundamentales y de lealtad al Jefe del Estado los otros Ministros y los altos funcionarios.

Como notario mayor del Reino, el Ministro de Justicia tiene antecedentes remotísimos en la Administración española. Concretamente, en aquel conde de los Notarios, de la Monarquía visigoda, que auxiliaba al Rey en todo lo relativo a los actos de fe pública. Posteriormente, el notario mayor del Reino estaba presente en las abdicaciones y juras reales, y daba fe de las mismas, autentificaba y conservaba los testamentos de los Reyes, etc... Y por ello, en los archivos de este Ministerio se guardan documentos de extraordinaria importancia histórica, de valor incalculable. Para la custodia de los mismos se creó, por un real decreto de 22 de febrero de 1850, un «Registro general y auténtico de las leyes y disposiciones reales», donde se encuentran los documentos originales en que se testimonian tales actos. Así como los originales y matrices manuscritas y un ejemplar impreso de la edición oficial de todos los códigos, leyes y disposiciones que se promulgan. Como complemento de este Registro se editan los volúmenes de la Colección Legislativa de España.

No era difícil deducirlo. Iturmendi prefiere, a toda otra, la lectura de obras que traten temas históricos.

—He tenido, naturalmente, una época en que leía todo: poesía, novelas, ensayos... Ahora, cuando tengo un hueco libre para la lectura, me dedico sobre todo a la Historia. Especialmente a las biografías.

Surge una de esas pausas que se resuelven, entre fumadores, con el ofrecimiento de un pitillo. Y luego, respondiendo a una pregunta sobre la razón del antiguo nombre de «Ministerio de Gracia y Justicia», dice:

—Fue llamado así tradicionalmente, y aún muchas personas utilizan esta denominación, que casi diría que es la más apropiada, porque, a través de él, los Reyes antiguamente, y ahora el Caudillo, ejercen una de sus más nobles funciones de gracia. Es decir, la concesión de títulos nobiliarios, indultos generales o particulares...

LA PESCA, LA PELOTA A PALA, EL FUTBOL, LOS TOROS Y LA COINCIDENCIA DE LOS VIERNES

Iturmendi, de muchacho, ha jugado al fútbol en todos los puestos. Ahora es aficionado y alguna vez en la tribuna de un estadio, muerde un poco nerviosamente—allí sí—el puro habano cuando parece acercarse un gol.

—Mis equipos predilectos, en Primera y Segunda División, no es difícil adivinarlos: he nacido en Baracaldo, a dos pasos de Bilbao. No hago quinielas, sigo la

marcha de la Liga por las que hacen mis hijos.

Me gusta pescar, pero, aunque soy del litoral, prefiero la pesca de río, sobre todo la de truchas. Aunque, si llega el caso, pesco hasta cangrejos. Otra de mis preferencias, en este terreno de los deportes, es jugar al frontón, a pala. Es un gran ejercicio. Y difícil.

Recuerdo que Bilbao es una de las plazas que más pesan sobre los toreros, porque es de las dos o tres en que suelen pesar más los toros.

—Sí. También soy aficionado a los toros y desde hace mucho tiempo. Alcancé a ver a Juan Belmonte, que, para mí, ha sido el mayor.

Un Ministro no suele disponer de mucho tiempo para satisfacer sus aficiones particulares, para



«Me atrae más el teatro, el buen teatro, que el cine», dice el señor Iturmendi

distraerse. Un Ministro de temporamento trabajador e identificado, por su formación, con la carrera que ocupa, tiene mucho menos. Y por si fuera poco, en algunos casos, en el de Iturmendi por ejemplo, hay imponderables que trabajan en contra.

—Me atrae más el teatro, el buen teatro, que el cine. Tengo afición a la música. Me da pena perder los conciertos de la Orquesta Nacional, en el Palacio de la Música. Pero como se celebran los viernes...

Y termina la frase con un gesto expresivo de divertida resignación: los conciertos coinciden con los Consejos de Ministros.

EL GRAN REFUGIO: LA FAMILIA

Dice Kant, en su «Antropología», que el equilibrio psíquico es la cualidad distintiva de los hombres fuertes. ¿Dónde encuentra

Iturmendi el alimento de su interno y natural equilibrio? ¿Dónde buscar la causa indirecta de su natural fortaleza de ánimo, de esa contagiosa serenidad a la que me he referido antes?

—En mi vida privada, mi centro, mi eje, es mi familia. En ella encuentro mis mejores alegrías. En ella, el mejor consuelo y más eficaz alivio cuando tengo un disgusto o una contrariedad. La familia es mi fortaleza, mi gran refugio. Mi mujer y mis cinco hijos. Bueno, ahora, cuando llego a casa, echo siempre de menos a una hija, ya casada, que vive fuera de Madrid.

¿Predilecciones? Los padres no tenemos predilecciones entre los hijos. Por una razón fácilmente comprensible, porque siguen mi misma carrera, hablo más con los dos hijos mayores, con Antonio y Javier.

Un secreto sencillo, como el propio Antonio Iturmendi. Un gran «secreto manifiesto», al alcance de todos los que tengan la virtud difícil de la sencillez y la condición extraordinaria de la naturalidad. Que ésta es algo más que la no afectación: es, también, el sentirse plenamente identificado con las instituciones y los afectos naturales.

¿Qué aconsejaría este hombre equilibrado, triunfador en su carrera, buen padre, a los jóvenes?

—Ante todo: formarse y trabajar. Conseguir una posición. No hace falta que sea, desde el principio, muy elevada. A partir de ella, se conquistan luego otras. Es un postulado de la estrategia que tiene un valor universal: ser fuerte en un punto y apoyar en él la lucha. No creer en la suerte o en el azar. Trabajar mucho, que suele ser la razón final de la que llaman «suerte». Casarse pronto: el hombre se completa cuando crea una familia. Y en todo caso, aceptar cualquier vicisitud con cristiana conformidad.

Amigos y colaboradores pueden tener una influencia decisiva en la vida de un hombre. Y estos últimos, los colaboradores, la tienen desde luego, si se trata de un político. ¿Qué condiciones exigen en ellos el Ministro de Justicia?

—A los amigos, en principio, ninguna especial. Los amigos se encuentran. Los colaboradores se escogen. Estos, para mí, deben reunir, ante todo, dos cualidades: lealtad y competencia.

EL AMOR A LA PROFESION

Los abogados españoles hablan muy bien del Ministro de Justicia. Iturmendi tiene, entre ellos, mucho «cartel». (Perdón por la palabra, pero dice exactamente lo que yo quiero expresar.)

El, a su vez, es un enamorado de su profesión. Le gusta, sin reservas ni reparos, su carrera. Se alegra de que dos de sus hijos sigan su vocación profesional. Y ésta puede ser otra de las claves para interpretarle; otra de las razones de su sosiego espiritual, de su armonía interna: el vivir dedicado a la carrera que volvería a escoger si volviera a empezar a vivir.

Dentro de las especialidades de la misma, de los particulares modos de dedicarse al estudio de las leyes y a la aplicación de la justicia, considera especialmente la excelencia de la Magistratura.

—Me alegra tener una ocasión más, en esta entrevista, para manifestar mi admiración hacia los miembros de la carrera judicial y fiscal, por la dignidad con que afrontan la grave responsabilidad de su función y por el modo con que saben adaptarse a la grandeza de su misión silenciosa y trascendental. El Nuevo Estado ha ido mejorando su situación económica. Pero su carrera sigue siendo de sacrificio y de vocación, porque sin esta última es inútil adentrarse en el arduo y espinoso camino de la Administración de Justicia. Aunque sea una frase reiterada en toda ocasión, no es un tópico equiparar la función judicial al sacerdocio.

POR LA GALERIA

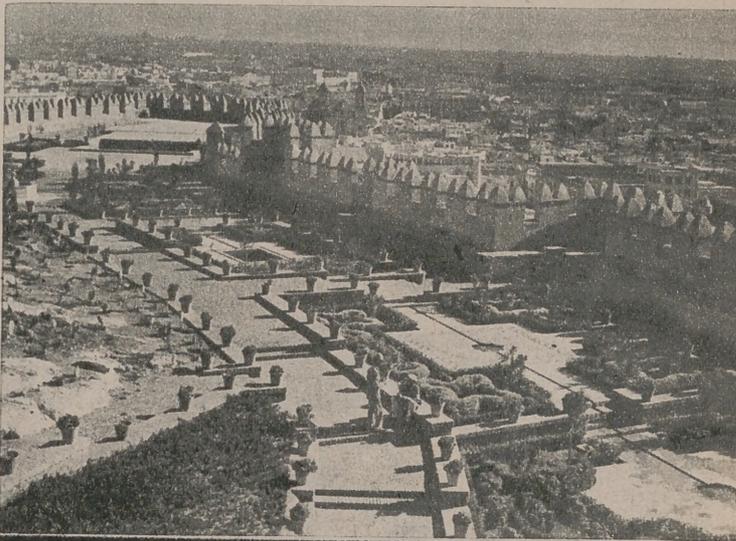
Desde el 11 de agosto de 1759, fecha en que se extiende por primera vez un nombramiento de Ministro de Justicia a favor del Marqués de Campo Villar, se han sucedido en esta cartera doscientos dieciséis Ministros. Antonio Iturmendi hace el número doscientos diecisiete. Los retratos de casi todos ellos están colocados, formando como una galería, a lo largo de los pasillos del Ministerio. Al llegar, he desfilado por delante de ellos, sin reparar apenas en sus rostros quietos, en la continua mirada inmóvil que lanzan desde los lienzos encuadrados en dorados marcos. Ahora, a la salida, les paso una especie de revista silenciosa. Sin observaciones de labios afuera. Doscientos dieciséis hombres, casi todos muy distintos, en su carácter personal y en su modo de hacer y entender la política. Desde el afrancesamiento de Floridablanca, a los casticismos del infortunado Canalejas. Desde las gallantes réplicas de Calomarde a las bofetadas, hasta las veleidades, los «cristineos», de Martos. Y las tendencias separatistas de Durán y Bas. Y los gestos y las frases olímpicas de Maura. Y los versos de Nicomedes Pastor Díaz. Y las cuquerías del astuto conde de Romanones...

Suman casi dos siglos de historia española. De historia que sus manos, en alguna medida, crearon. O destruyeron. Que hubo de todo. Y mucho, de lo último. Pero, ¡cuánto han cambiado las cosas y los hombres en la política española! ¡Y qué lejanos ya, y qué muertos, ellos y su tiempo, la mayoría de estos personajes en esta tarde de abril de 1954!

En esta tarde, ya casi noche, en la que, mientras me alejo por la solitaria y silenciosa galería de retratos, el excelentísimo señor don Antonio Iturmendi Bañales, Ministro de Justicia—un profesional competente y un político equilibrado; con la paciencia del pescador de caña, con la agilidad del pelotari—, se queda solo en su despacho. Un día más, será el último en salir del Ministerio. Pero nada tendrá que cambiar en él, ni en sus gestos, ni en su carácter, ni en sus palabras, para ser en su casa don Antonio Iturmendi: un buen padre de familia, católico y patriota, que discute de leyes y de fútbol con sus hijos, que no tiene habilidad para el dibujo y que, por toda pesadilla, sueña a veces, con error, que le han suspedido en Derecho Mercantil.

(Fotos de Campúa y Aumente.)

CRONICA ABIERTA A UN PUEBLO QUE REJUVENECE LA HISTORIA



Vista del primer recinto de la Alcazaba de Almería, que hoy cumple mil años. Al fondo, la ciudad

UNA CIUDAD COETANEA DE UNA FORTALEZA

¿CUMPLE AHORA ALMERIA MIL AÑOS?

DE un siglo a otro surgen rectificaciones históricas. Esta o aquella batalla no se produjo. Los conceptos sobre un guerrero o un rey son objeto de encontradas interpretaciones. Sin embargo, los lugares se salvaban gracias a la permanencia de la piedra, que es lo inmortal. Pero ahora, envolviéndolo todo en el caparazón del vértigo de la velocidad, estas también sufren mutaciones después de muchos siglos de existencia. Parece que el hombre se hubiera dicho para sí: «Nada existió, todo es nuevo». Y por lo tanto, nueva es la Historia. No negamos, en algunos casos, la certeza del cambio, pero en nuestro interior, a poco que lo pensemos, nos asaltará una duda: el tiempo. ¿O es que éste no existe? Y el tiempo es como profundidad que oscurece hechos, personas y cosas.

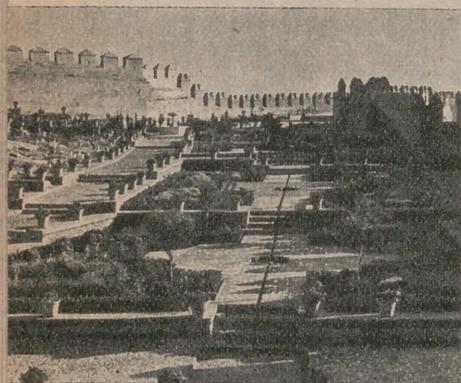
La ciudad de Almería, que hasta ahora estuvo sesteando a la sombra de su Alcazaba—vigía del antiguo Portus Magnus, a que hacía referencia Tolomeo en sus Tablas Geográficas—acaba de sorprendernos con una de estas erupciones tan actuales en la Historia. A nuestra memoria se acumula en seguida la lucha entre lo aprendido y lo que tenemos que olvidar, porque lo aprendimos mal o estaba equivocado. Nosotros habíamos nacidos en una ciudad de las más antiguas del mundo, llena de ves-

tigios de iberos, fenicios, sármatas, griegos, etc..., pero en estas apreciaciones se habían producido errores históricos: Almería sólo tiene mil años. Muchos o pocos, según que los midamos en la báscula de un espíritu más o menos tradicional. Como un monumento que se levante, derribe o traslade.

Y, sin embargo, en esta lucha entre lo aprendido y lo que ahora se rectifica—sin que nosotros pongamos en duda la verdad histórica que recientemente se ha revelado—, tenemos forzosamente que reconocer la fundación de Almería como coetánea de su Alcazaba. Hay como un faro que también alumbraba esa verdad: el hombre, la psicología de los almerienses. Aunque para ello tengamos que deshojar todo el pasado de una ciudad. En mi criterio personal, las ciudades supieran por tener años y sentirse cargadas de historia. Nueva York envidiará de Roma su pasado; es ley de la civilización. La ciudad de Almería, fuera de galas retóricas, tendrá que suprimir de su biografía de ciudad los nombres de Murgis, Virgi y Urcl, que han hallado los lugares exactos de su emplazamiento. A Virgi o (Vergi) se le presenta con el máximun de probabilidades por Berja, sin que el paso de la V a la B sea obstáculo, pues se hizo a través de los ára-



Una visión de la costa Levante de Almería, desde el segundo recinto de la Alcazaba



Jardines de la Alcazaba

bes (Bercha o Barcha). La mutilación de estos fragmentos de Historia—pedazos del espíritu y carne viva de la ciudad—no ha sobrecogido a los almerienses con la ausencia de unos nombres. Almería, a pesar de todo, continuará siendo «Al-Bahri», que en lengua de moros quiere decir «Espejo del mar».

LA VERDAD COMO SIGNO DE UNA CIUDAD

Si este hecho del milenario de una ciudad encierra la elegancia espiritual de recordar el pasado, es tanto como mirarse en el espejo de su historia; no es lo menos el anunciar que se cumplen mil años bajo el sentimiento de empolverar la influencia de pueblos mediterráneos que representaron la cultura y la civilización. No todos compartimos la soñama de revalorizar lo vulgar. Nuestro Séneca, el filósofo hispanorromano definía el concepto, primero, y después utilizaba el ejemplo para que le sirviera como ropaje. El Séneca auténtico, frente al otro («Séneca» de circunstancias.

Almería, pues, ha querido dar la lección que respeta el dictamen de la «Nueva Historia», y se atiene escrupulosamente a la verdad. Su alma no es la de una ciudad plebeya. Recientemente está el caso de un ex regidor almeriense reclamando una rectificación del periódico «A B C» por haber dado la noticia errónea de que nevó sobre la ciudad. A juicio del que protestaba — un prestigioso

abogado: don Francisco Rovira Torres—, Almería necesitaba incluso hasta de esta pequeña verdad. Era una noticia demasiado cara el anunciar el espectáculo de una nevada en el perímetro de su casco urbano. Málaga y Alicante, podían celebrarlo; pero Almería, no. La modestia de esa tierra nuestra que en la lejanía nos abre la palpitación de un recuerdo.

¿No es hermoso sentirse honrada con X siglos de existencia, cuando se le acaban de restar por lo menos otros X siglos? ¿No es igualmente bello corregir una leve noticia por humildad ante otras dos ciudades que le disputan la primacía de soleadas y se pavonearon con el espectáculo singular en ellas de una gran nevada? Este nuevo mutilado no sintió siquiera la ausencia del miembro seccionado por la ciencia. Hay el hecho de la psicología como demostración propia de un pueblo.

LA ALCAZABA DE ALMERÍA

Descubrir el valor histórico de la Alcazaba, única fortaleza califal que existe completa en España, no constituiría por nuestra parte un acierto. Prescindamos de su estudio en sus detalles y fechas. ¡Ah!, pero ahondemos en el valor ímense de esta fortaleza creando a su pie una ciudad. Aquí la piedra, a su refugio exclusivo, levantó el núcleo urbano que no había sido capaz de forjar ni un valle ni una rada: el valle del Andarax y la rada de Almería. Sólo las murallas de la fortaleza dieron la voz «de ciudad». Ciudad embarcada porque con la tierra establecía de por sí un cerco. Esta es la principal virtud de la milenaria Alcazaba de Almería, defensora y creadora, a su vez, de la ciudad; motivo de su existencia más o menos pequeña, pero con raíces palpitantes de crear un trozo de mundo teniendo el mar y el azul del cielo como único paisaje. En esta sola pretensión, la fortaleza que levantó el emir Abd-ar-Rahman III, año 344 (955-56 de la E. C.), existe la pervivencia del espíritu árabe, siempre dispuesto a captar lugares para darles ficciones poéticas.

La Alcazaba, para el que la visite, oí de los labios de un inteligente profesor de historia, ya fa-

llecido, don Agustín Rodríguez Aguilera, «no es otra cosa que sed de infinito en un paisaje sólo azul». ¿Puede reclamarse mejor título para unas piedras que se han hechos ilustres?

LA PATRIA CHICA

«Se ha dicho que la Patria está allí en donde se encuentra todo lo que es amado por nosotros, y que la Familia es el agregado de seres que nos aman». Ambos términos—Patria y Familia— se funden en la misma voz y constituyen un mismo sentimiento, pero siempre exige la Patria, de acuerdo con este concepto, la inclinación de amar... Es dentro de la frase como un deber. Este deber con la «patria chica» es el que a veces nos falta a los almerienses. Quizá pesaban en nuestros oídos demasiados nombres antiguos.

Pero ahora que el murmullo tiene menos resonancia o eco, Almería es coetánea de su Alcazaba, debe ser oída aún más que para cantar su milenario, para forjar su resurgimiento. No olvidemos que las ciudades se desarrollan por el esfuerzo que pongamos en su reivindicación material. La literatura del paisaje no entra en conjunción, como tampoco el amor, con la riqueza de un lugar. Es natural el cariño para la tierra que nos vio nacer. ¿Quién no siente el dolor de la lejanía? Recordar la patria chica, pongo por caso, es una «huella», o si preferimos el término, un «recuerdo obligado». El recuerdo es vinculo que nos une a la tierra nativa, invitándonos al retorno. Una auténtica modelación espiritual del hombre ante el paisaje. Bien está que palpite nuestra alma en el vehemente deseo de musitar la tierra propia: Será como una plegaria. Sin embargo, en la contabilidad material del porvenir de un pueblo, cuenta lo auténticamente creador.

No es un compromiso la abundancia de estas manifestaciones. ¿O es que la riqueza de un lugar no guarda paralelismo con la riqueza del hombre, morador de ese lugar? Esta sería una postura sana de los almerienses ante el milenario de la Alcazaba de Almería y la ciudad. Primero la fortaleza y después la ciudad. Así surgió aislándose hasta de su propio valle, que era la ubre natural de su alimentación. Ahora que abre sus puertas para anunciar una efemérides debe también abrir las para insistir en su progreso económico o material. La ciudad de Almería hasta hoy sólo vigiló la exportación de sus productos naturales, sin preocuparse de su aprovechamiento industrial, que le llevaría a alcanzar una doble riqueza.

Dos son las virtudes de los almerienses. Se conforman siempre con lo que se les da y no creen mucho en lo que se les ofrece.

Hasta tal punto llega su individualidad, que, habiendo estado en permanente contacto con el comercio extranjero, exportador de sus frutos y minerales, ésta no recogió en su seno ninguna colonia extranjera. Bruja manifestación de grandeza, que si debe ciertamente a su personalidad de ciudad coetánea de una fortaleza.

J. M. NAVEROS

EL MUSEO ARQUEOLOGICO NACIONAL A TRAVES DE SUS VICISITUDES

Casi cien años al
borde de la
indiferencia de
las gentes

28 SALAS EN DIECISIETE MESES DE RESURGIMIENTO

A la aparición o desaparición de un Museo nunca, desgraciadamente, se le concede demasiada importancia. Bien pudiera ser que el implacable avance de la ciencia, el tener que sorprenderse cada día con un nuevo coheite o una nueva explosión, sacie de tal modo la curiosidad humana que queden postergados, situados en segundo plano, los salones y edificios destinados a presentarnos lo que hacia el hombre hace un montón de años. Indudablemente ésta no es ninguna disculpa eficaz, sino más bien un bache de despreocupación cultural, un «no querer saber» o un «no me interesa». A veces, no obstante, para que ese interés cultural se manifieste, es preciso crear el marco adecuado, dar facilidades. Si para admirar a Goya, por ejemplo, se tuviera que acudir al coleccionista particular, es bien seguro que la obra del gran pintor sería prácticamente desconocida por la mayor parte de cualquier población.

Los Museos vienen a llenar este hueco de una posible ausencia de medios. Se cierran en torno a lo importante ofreciendo a la vista pública lo mejor que nos dió la cultura de nuestros antepasados.

Madrid va a contar dentro de poco con un nuevo Museo. Las letras doradas de la fachada de ese importante edificio de la calle de Serrano que rezan: Museo Arqueológico Nacional, van a representar, por fin, una realidad, van a tener sentido. El Museo está en el prólogo de su inauguración oficial.

CASI CIEN AÑOS, Y NADA...

El Museo Arqueológico Nacional fué creado por Isabel II en el año 1867, inaugurándolo don Amadeo el 9 de julio de 1871, en el edificio real de El Casino. El edificio actual no fué utilizado hasta el año 1895, en fecha 5 de julio.

Un detalle de la sillería del coro, de estilo Renacimiento, que se conserva en la sala XII del Museo Arqueológico Nacional

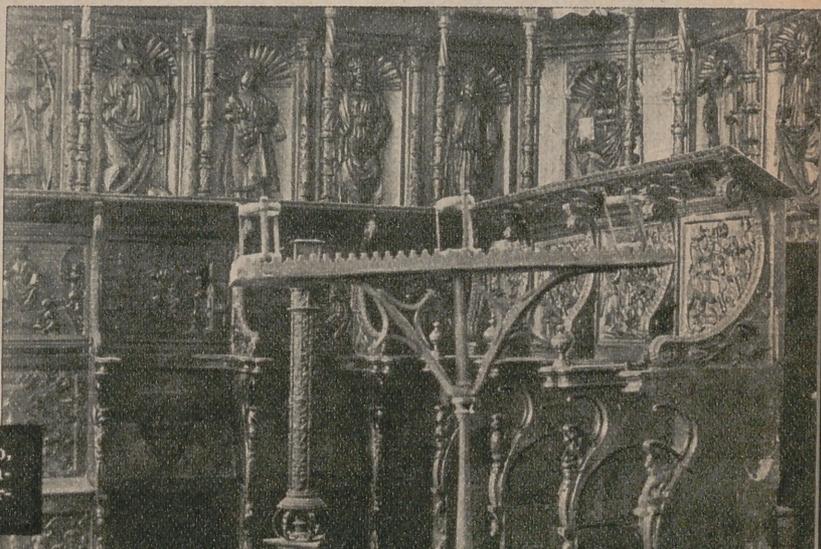


Arriba: Patio romano.—Abajo: Sala de vasos italogriegos. En primer termino, un gran jarrón, no corriente en la época

A pesar de tan larga vida, el Museo Arqueológico Nacional ha pasado totalmente inadvertido, y se ha movido siempre en medio de las mayores dificultades. Los continuos proyectos de mejora, ampliación o definitiva puesta en marcha, se han visto siempre retrasados o anulados por causas dispares. Por ello la inau-

guración oficial, que pronto va a darse en Madrid, adquiere singular importancia. En primer lugar por la evidencia de que con esta inauguración Madrid contará, por fin, con un dignísimo Museo, en el que se encierran obras de incalculable valor; en segundo lugar, porque el Museo vendrá a llenar una necesidad de orden práctico, ofreciendo a los aficionados a la arqueología y a la prehistoria un lugar perfecto en el que aclarar las dudas que esta materia les pueda suscitar. Nada mejor para conocer las características de las hachas neolíticas o el contenido de las sepulturas célticas, que tenerlo todo a la vista e incluso poder estudiar sobre ello aprovechando las facilidades que el Museo piensa dar al respecto.

El Museo Arqueológico tiene razón de ser, y su inauguración representa el fruto de una labor inmensa. Mientras en diversas provincias españolas existen Museos Arqueológicos de mayor o menor importancia, Madrid tenía cerradas las puertas del suyo. El hecho puede parecer sorprendente y susceptible de erróneos comentarios. Por ello vamos a dar una breve historia de las vicisitudes por las que atravesó hasta no hace mucho tiempo.





Sala de escultura medieval y moderna

DEPOSITOS DE PEDRUSCOS

En primer lugar se hacen patentes las dificultades económicas por las que ha travesado, circunstancia ésta por la que pasan numerosas instituciones de tipo cultural. Sin embargo, el avance que se da ahora en este sentido es extraordinario. Los Museos Arqueológicos españoles tenían hasta hace poco tiempo una dotación anual de 12.000 pesetas, cantidad insuficiente que no permitía el menor desahogo de tipo económico y que no servía siquiera para satisfacer las primeras necesidades.

La dotación actual, en cambio, pasa del millón de pesetas. Aparte ello, la atención que se les presta es infinitamente mayor, concediéndoles la importancia que merecen.

«La arqueología—nos decían en la dirección del Museo Nacional—ha merecido siempre extrañas sonrisas. Se considera a los arqueólogos como a extravagantes seres que se dedican a coleccionar pedruscos y a los Museos, como al depósito de los mismos. Desgraciadamente, muchas veces, dentro de la cultura española—y supongo que en todas partes es igual—en cuanto se raspa un poco por dentro de las actividades normales de un individuo, se ve con tristeza que las capas altas avanzan cogidas de la mano con los campesinos.»

No obstante, esta indiferencia va desapareciendo ahora con gran rapidez. Se inauguran o restauran convirtiéndolos en centros importantes de restos arqueológicos diversos Museos en distintas capitales españolas. En Sevilla, Burgos, Orense, Murcia. En Tarragona la arqueología abre sus puertas dando fe de una inquietud cultural que siempre ha existido, aunque muchas veces no se haya visto realizada prácticamente. Ahí está también el Congreso de Prehistoria que se está celebrando en Madrid y que viene a patentizar el reconocimiento mundial y el premio al trabajo y al esfuerzo que España viene desarrollando en los campos de la ciencia.

COMIENZA LA TRAGEDIA

Aparte estas circunstancias de tipo económico que quedan expuestas, el Museo Arqueológico Nacional ha tropezado con otras innumerables dificultades.

En el año 1930 se creó un Patronato para la restauración y reorganización del mismo. El aspecto que presentaba el Museo en aquel año era decepcionante. De una tristeza lacerante. Decorado a la antigua usanza, cada sala parecía una tienda de antigüedades. Aparatosas vitrinas,

enormes tapices, paredes cubiertas con papel rojo. Objetos importantes y joyas arqueológicas se mezclaban entre sí, o estaban colocadas de tal forma que su contemplación y su estudio se hacían, más que difíciles, imposibles. Era un marco adecuado para un crimen pasional. Los muebles absorbían de tal modo la luz que dejaban a los objetos inmersos en la propia oscuridad de sus años.

La primera intención del Patronato fué, pues, la adaptación del Museo a las exigencias que la nueva época imponía. Se creyó en principio que en 1931 podrían funcionar las nuevas instalaciones. Y se decidió comenzar el arreglo en una de las enormes salas de la planta baja, la sala XIV. Pero el tiempo fué pasando con increíble rapidez y fué en el año 1933 cuando empezaron los trabajos en la misma. La sala XIV se arregló perfectamente, dividiéndola en cuatro partes, cada una de las cuales estaba destinada a la exposición de distintas antigüedades. Así, en la sala I se colocó la cerámica; en la II, la loza de Talavera—sala ésta dedicada a la infanta Isabel—; en la III, el artesonado, y en la IV, la cerámica del Retiro. El primer paso estaba dado y las salas presentaban inmejorable aspecto. Se iba a proceder en breve a su inauguración, las guías estaban en la imprenta, todo preparado y en esto llegamos al 18 de Julio de 1936. Estalla la guerra de Liberación y comienza la tragedia del Museo Arqueológico Nacional.

DESAPARECEN PIEZAS DE ORO

Cuanto se había hecho se perdió lastimosamente. El Museo cerró definitivamente sus puertas, que ya no se abrían hasta hoy. Desaparecieron piezas de gran valor y todo cayó en abandono. Se dieron casos de salvajismo atroz. Entre ellos, la desaparición de gran cantidad de piezas de oro musulmán y árabe, requisadas por el que era director general de Bellas Artes, que, pistola en mano, obligó al encargado de la sección de Numismática a que las entregara. Este caso inicial se vió acrecentado aún más con la creación por el Gobierno rojo de la Junta del Tesoro Artístico. Junta que se dedicó a la incautación de cuantas obras de arte les vino en gana, lo mismo de colecciones particulares que de instituciones públicas. La cantidad de piezas incautadas era tal que se encontraron con el problema de dónde meterlas, y entonces la Junta en pleno se trasladó al edificio del Museo Arqueológico, que fué utilizado como oficinas y como almacén.

Las salas que, perfectamente arregladas, iban a ser inauguradas antes de que estallara la guerra, se convirtieron en despachos ideales. Se recogieron todas las piezas de arte del Museo y se vertieron a un lugar común. Aquello era un auténtico caos. Bronces, esculturas, lanzas, momias, mosaicos árabes, romanos, huesos paleolíticos, bustos policromados, todo amontonado en perfecto cumplimiento de las reglas del desorden. La reorganización de tanto barullo representó más tarde una tarea ingente.

EL MUSEO SINTETICO Y EL SERVICIO DE RECUPERACION

Acabada la guerra, las cosas siguieron necesariamente igual durante varios años. A la Junta del Tesoro Artístico del gobierno rojo la sustituyó nuestro Servicio de Recuperación. La tarea de encontrar el duefio de tanto como había por allí era difícil y lenta y, por otra parte, tenía que llevarse a cabo con el natural cuidado.

Mientras, el Museo seguía cerrado, lo cual no significa que su dirección no continuara trabajando activamente para su organización definitiva. Y llegamos al año 1940, en que, tras grandes esfuerzos, se logra reunir una representación insignificante de cuanto alberga el Museo para su pública exhibición. Este «Museo sintético», que llenaba cinco salas, representa el punto de origen, el primer paso realmente positivo que abre camino a la realidad de hoy.

La tarea que quedaba por hacer era, no obstante, gigantesca. La clasificación y «redescubrimiento» de las distintas piezas del Museo entre el montón enorme de la sala almacén requería mucho tiempo. Pero en la magnífica paz de la posguerra se podía avanzar, aunque fuera con lentitud. Se constituye en aquellas fechas el Museo de América. Las distintas colecciones se devuelven a sus puntos de origen. Así, la colección etnográfica se entrega al Museo Etnográfico y muchas piezas orientales, principalmente chinas y japonesas, pasan al Museo de Artes Decorativas. Los trabajos continúan sin interrupción y en el año 1943 el Servicio de Recuperación, terminada su labor, abandona su instalación y quedan abiertas las cuatro «salas-oficina», más una quinta destinada a la exposición de porcelanas extranjeras.

HAY QUE VOLVERLO A LA VIDA

El detalle de la tragedia del Museo Arqueológico Nacional sirve para justificar, si ello fuera necesario, su larga ausencia de entre los demás Museos nacionales. Jamás ha existido ni descuido ni desgana. Es posible que todo haya marchado con cierta lentitud, pero bastará una visita al mismo para comprender hasta qué punto ha debido ser penosa la organización del mismo.

Las cuatro salas citadas, más la de porcelana extranjera, estuvieron abiertas hasta el año 1951, en cuya fecha había ya cinco salas más que estaban en periodo de reconstrucción. Entonces se abrió un concurso para nombrar director. Pero como si la mala suerte se cebara sobre la institución, la persona elegida murió antes de que pudiera desempeñar su cargo con eficacia. Un año más tarde, en 1952, don Joaquín Navarro-Vázquez, director actual, se enfrentó con los problemas ingentes del Museo Arqueológico con una consigna nada fácil de cumplir, bajo una frase que se ha constituido en el «leit motiv» de toda su actividad: «Abrir el Museo como fuera, volverlo a la vida».

En el mes de noviembre de 1952 comenzaron las obras actuales. El 31 de marzo se acabaron, no restando más que pequeños deta-

lles de puesta a punto para que el Museo Arqueológico Nacional sea una hermosa realidad.

28 SALAS EN DIECISIETE MESES

Lo que se ha conseguido en diecisiete meses es realmente asombroso. Las instalaciones del Museo, a pesar de haber sido hechas con toda rapidez y con un presupuesto mucho menor del que sería necesario, presentan un aspecto sencillamente formidable. Nada menos que 28 salas quedarán abiertas al público. A estas 28 salas se añadirán en breve las 11 restantes, que están ocupadas en la actualidad por el Museo de América. Al Museo Arqueológico se le ha dado la vuelta. Una vuelta completa. Desde el arreglo del piso hasta la colocación de nuevas lámparas, pasando por la nueva pintura de todas las paredes. ¡Y qué paredes, válgame Dios! Quienes lo conozcan sabrán ya de la altura que tiene el techo y que en ningún caso es menor de diez metros.

Todo dispuesto con los adelantos que el progreso impone. Compensando la escasez de medios con una superabundancia de ingenio. De este modo los ojos brincan ahora ante la esbeltez de las vitrinas, ante la magnífica disposición de cada una de las piezas, ante el perfecto trazado del plano de las dos plantas, ante la espléndida iluminación. No sé cuántas veces va repetida la frase en el reportaje, pero valga una más: Tarea inmensa dar al público en diecisiete meses 28 salas tan perfectas de instalación como las de que dispone la ya realidad del Museo Arqueológico Nacional.

Se ha dispuesto no solamente como centro de exposición, sino también como centro de estudio y conferencias. A tal fin, cuenta con su biblioteca y con toda clase de facilidades que la dirección piensa dar a todos cuantos las necesiten. El Museo que ahora se abre al público es espléndido. Los proyectos para un futuro más o menos inmediatos son mejores aún. La capacidad del edificio es tal que en su interior se pueden hacer verdaderas filigranas. La altura del techo, que ya queda reseñada, permitiría duplicar el número de salas, sin que la instalación perdiera en efectividad y en luz natural. Todo depende de que el presupuesto llegue a cubrir el enorme gasto que ello representaría. Sin embargo, lo conseguido es ya tanto que es motivo más que suficiente para sentir satisfacción. La sentirán quienes han hecho posible que la obra se realizara. Y todos en general, porque España cuenta por fin y por primera vez, así es en realidad, con un Museo Arqueológico digno de su prestigio, en el que se albergan obras de incalculable valor.

MÁS DE 300.000 PIEZAS DE GRAN VALOR

No es posible en este reportaje reseñar las reliquias que contiene el Museo Arqueológico. No sería posible ni en un trabajo de normal extensión dedicado exclusivamente a este tema. El Museo contiene un total de más de 300.000 piezas, todas ellas apreciables. Nos encontramos ante restos que históricamente no pueden cotizarse; ante los que uno se siente transportado a tiempos



Sala egipcia, donde se conservan sarcófagos, momias y otros objetos de gran valor

remotos, a la vista de lápidas sepulcrales de la época de Augusto, o ante huesos enormes de animales prehistóricos.

Pero junto a ese valor histórico de muchas, numerosísimas piezas, existen otras de inapreciable importancia material. Verdaderos tesoros en oro y plata, en rubies. Y las nuevas aportaciones al Museo son incasantes. En cinco años—del 1940 a 1945—entraron en el Museo más de 18.000 objetos, sin incluir los numerosos ingresos procedentes de las excavaciones españolas. Objetos de todas las épocas y de todos los estilos, reliquias con anécdotas remotas. Restos del paleolítico, del neolítico, de la edad del bronce, del hierro, de la época romana, de la visigoda, de la civilización árabe, del arte románico, del gótico de la Edad Moderna. Imposible concretar. Tallas en madera, en marfil, en bronce. Monedas de todas las épocas, de todos los imperios. Todas con su valor intrínseco, concreto, maravilloso.

CUATRO PREGUNTAS, CUATRO RESPUESTAS

Ya tenemos Museo Arqueológico. La fecha de su inauguración no está fijada aún. Al acto se le quiere dar toda la vistosidad que requiere y tendrá carácter oficial. En este reportaje no puede existir ni capítulo de gracias ni los personales, pero sí se puede citar un nombre. El nombre de la persona a cuyo esfuerzo se debe tanto de lo que ahora se ha conseguido: Joaquín Navazqués,

director del Museo, hombre apasionado por su profesión, entregado por entero al esfuerzo de dar a España un Museo Arqueológico de categoría. Hombre cordial para todos, a quien hasta el último de los empleados aprecia y respeta de verdad. A don Joaquín Navazqués le hice, antes de despedirme de él, cuatro preguntas. Cuatro preguntas breves que fueron contestadas con igual brevedad:

—Don Joaquín: ¿Está satisfecho de lo conseguido?

—Debo estarlo. Pero yo creo que ahora no hemos llegado a un fin. Hemos llegado a un principio.

—¿Podría usted calcular una cifra aproximada en pesetas de lo que vale el Museo?

—Es imposible. Hable usted de muchos millones de pesetas.

—De poder escoger entre el Museo una pieza en propiedad, ¿con cuál se quedaría?

—Tampoco le puedo contestar. Hay tantas de tan enorme valor que dejo escogerlas con los ojos vendados.

—¿Cree que el día de la inauguración se habrá conseguido algo de importancia excepcional?

—Estoy seguro de ello. No voy a meterme en detalles del porqué. Pero era necesario que en Madrid, al subir a un taxi, se dijera de vez en cuando: «Al Museo Arqueológico Nacional», y la gente supiera dónde está.

Yo creo que muy pronto se sabrá.

Pedro GIRONELLA POUS



Una vista de la biblioteca del Museo Arqueológico

AVENIDA

CLAMOROSO EXITO DEL MAS DIS-
CUTIDO FILM ESPAÑOL



DELIA GARCÉS
FERNANDO FERNAN GÓMEZ

REBELDIA

CON **VOLKER von COLLANDE**

DINA STEN • **RAFAEL ARCOS**
FELIX DAFUICE y **FERNANDO REY**

DIRECTOR:

JOSE ANTONIO NIEVES CONDE

Estudios: SEVILLA FILMS • Producción: OSA-IMAGO-AAFA

UN DRAMA DE AMOR PROVOCADO POR LA
SOBERBIA DE UN HOMBRE SIN FE

LA FIESTA DE LOS TOROS ES UN RITO

MR. JOHN MARKS, ESCRIBE UN LIBRO SOBRE EL ARTE DE CUCHARS



OPINIONES DE UN INGLÉS EXPERTO EN TAUROMAQUIA

LOS CRITICOS DE HOY NO LLEGAN A
LA ALTURA DE SUS PREDECESORES



JOHN Marks, nacido en las Indias orientales, residente en España, es el autor de un pequeño libro, editado en Inglaterra, titulado «To the Bullfight» (¡A los toros!)

Cada día es mayor la bibliografía extranjera en torno a nuestra fiesta nacional. Pero no todo lo que se publica responde con exactitud a la verdadera esencia del espectáculo taurino. El libro de John Marks es, a nuestro juicio, una de las obras que más se ajustan al auténtico espíritu de la fiesta.

Nuestro primer contacto con mister Marks ha sido a través del teléfono. A nuestro oído ha llegado su voz, pausada, sin el más leve acento extranjero.

A Jhon Marks nos le encontramos en las afueras de Madrid, en un pequeño chalet de Chamartín de la Rosa. Dos niños son los primeros en darnos la bienvenida. Son hijos de mister Marks. Hablan español. No saben inglés. Luego, el propio John Marks sale a nuestro encuentro. Es de estatura más bien alta y de buen peso. Al caminar se balancea ligeramente con cierto aire de marino.

La estancia donde se desarrolla nuestra conversación hace las veces de hall, cuarto de estar y sala de visitas. La preside una inmensa chimenea, desproporcionada con relación al resto de la casa.

EL EDITOR FUE EL QUE
TUVO LA IDEA

AURORA CUARTERO — ¿Cómo se le ocurrió escribir un libro sobre toros, mister Marks?

MISTER MARKS.—Verá usted. Este libro no se me ocurrió a mí; se le ocurrió a mi editor.

JUAN MONTERO RIOS.—Entonces, ¿cómo se le ocurrió a su editor?

MISTER MARKS.—Me pidió que le escribiera un pequeño folleto de bolsillo explicativo de lo que es una corrida de toros. Para los turistas extranjeros.

JESUS DE LA SERNA.— Ha hablado usted de este libro. ¿es que hay otro?

MISTER MARKS.— Efectivamente. Tengo en preparación hace bastante tiempo una gran obra sobre la fiesta española. *To the Bullfight* es, aproximadamente, su sinopsis.

A. CUARTERO.— ¿Cómo ha conseguido hablar tan correctamente el castellano, señor Marks?

MISTER MARKS.— Llegué a España por primera vez cuando tenía ocho años. Venía de Asia.

(¡De Asia! Los tres periodistas no podemos evitar cierta extrañeza.)

MISTER MARKS.— Mi tierra natal. Porque yo nací en las Indias orientales, en un territorio independiente, propiedad de un Rajá, entonces no sujeto a la Corona de Inglaterra. Mi padre era suizo. Mi madre, inglesa, nacida

en Jerez de la Frontera. Cuando desembarqué en Valencia no conocía más idioma que el malayo. Como es natural, me servía para muy poco. Aprendí el valenciano. Más tarde me trasladé a Málaga, donde el valenciano me era tan útil como el malayo. Por fin, al cabo del tiempo supe hablar el castellano, aunque con un acento andaluz tremendo.

J. DE LA SERNA.— ¿Cuál fue su primer contacto con la fiesta?

MISTER MARKS.— El entierro de Joselito.

MONTERO RIOS.— ¿Cuándo vio su primera corrida?

MISTER MARKS.— En el mes de agosto de 1921.

A. CUARTERO.— ¿Dónde?

MISTER MARKS.— En Madrid. En la plaza vieja, claro está. Toreaban Montes, Fausto Barajas y Maera, con toros de Moreno de Santa María. Recuerdo que me escapé con el portero de mi casa, que era andaluz y, además, se llamaba Rafael. En mi casa no me dejaban ir a los toros, aunque en mi familia había grandes aficionados. Mis tíos eran íntimos amigos de los Mazzantini.

J. DE LA SERNA.— ¿Cuántas corridas ha visto desde entonces?

MISTER MARKS.— Unas setecientas cincuenta.

MONTERO RIOS.— ¿Qué suerte le causó mayor admiración en aquella primera corrida?

MISTER MARKS.— Las banderillas, ¡cómo no!

J. DE LA SERNA.—Y hoy, ¿qué suerte le gusta más?

MISTER MARKS.—Hoy la que más me gustaría podría ser la de matar.

(John Marks medita unos instantes como pensando la respuesta evasiva que acaba de dar. En seguida nos la aclara.)

MISTER MARKS.—No; la de matar, no. Todo el conjunto con la muleta. Pero hoy se abusa tanto...

LA SUPRESION DEL PETO
Y LA REFORMA DE
LA PUYA

A. CUARTERO.—Y de la suerte de varas, que tanto asusta a los extranjeros, ¿qué nos dice?

MISTER MARKS.—Que es una barbaridad tal como se ejecuta actualmente.

J. DE LA SERNA.—¿Qué reformaría usted?

MISTER MARKS.—Para integridad de la fiesta, tal como yo la he llegado a comprender, prescindiría de los petos, que estorban a los toreros, al toro y hasta al caballo; corregiría la puya propiamente dicha devolviéndola su primitiva forma y procuraría que esta suerte no nos escamoteara, como tristemente ocurre, el primer tercio, tan bello.

MONTERO RIOS.—Su criterio sobre el peto...

MISTER MARKS.—Mi criterio sobre el peto se refiere únicamente a la integridad de la fiesta, como le digo. Desde el punto de vista humanitario, que hoy se impone, soy su defensor.

MONTERO RIOS.—Entonces, en definitiva, ¿qué haría con la suerte de varas?

MISTER MARKS.—Si prescindiendo del peto exijo que la fiesta, en todos sus aspectos, vuelva a los cánones clásicos, a sus primitivas formas. Si aceptamos la humanización del espectáculo, sobre el caballo, el peto y la puya.

J. DE LA SERNA.—¿Cuál de las dos formas impondría usted?

MISTER MARKS.—Sinceramente, me gustan ambas. Pero son totalmente diferentes. Como aficionado a los toros, opto por la clásica.

A. CUARTERO.—¿Cree usted posible un retorno?

MISTER MARKS.—No. El toro de hoy no lo permite. La misma lidia ha variado, al prescindirse, como he dicho, del primer tercio y al alargar excesivamente el último con el abuso de la muleta, restando emoción a la suerte final.

J. DE LA SERNA.—¿Qué diferencia esencial hay entre el toro antiguo y el moderno?

MISTER MARKS.—La fiesta de los toros, entendida al modo clásico, es un espectáculo al que se acude en busca de emoción. Hoy es un espectáculo para divertirse. Si hemos de quedarnos con este último, comprendan que el «número» de los caballos me parezca una barbaridad.

MONTERO RIOS.—¿Cuál es su mejor torero?

MISTER MARKS.—Antes, Belmonte. Cuando se inició la decadencia, Manolete, y hoy podía haberlo sido Ordóñez.

J. DE LA SERNA.—¿Alguno de los actuales le recuerdan los viejos tiempos?

MISTER MARKS.—Armillita, que ha sido uno de los toreros más clásicos, daba una idea de lo

que debió ser Joselito, aunque, no obstante, era un torero muy soso.

A. CUARTERO.—¿Que nos dice del torero hispanoamericano?

MISTER MARKS.—Tanto el torero como el público son muy distintos a los españoles. Los toreros son valientes, pero sin gracia. Son variados, pero un poco artificiales.

J. DE LA SERNA.—¿Qué exige usted para ser buen torero?

MISTER MARKS.—Haber nacido de Despeñaperros para abajo. ¡Y si se nace sevillano!...

(En el rostro de mister Marks se ha iluminado el recuerdo de la tierra andaluza, el trozo de España que vivió en su niñez.)

J. DE LA SERNA.—¿Qué le parece esa moda del estoque de madera?

MISTER MARKS.—Que corta las faenas. No me gusta en absoluto.

SOLO LOS INGLESES
LLEGAN A SER VERDADEROS AFICIONADOS

J. DE LA SERNA.—¿Qué criteria de toros le gusta más?

MISTER MARKS.—Gregorio Corrochano. Su último libro es muy bueno.

MONTERO RIOS.—¿Cómo titulará su próxima obra?

MISTER MARKS.—La bella y la bestia.

A. CUARTERO.—Del público extranjero, ¿cuál prefiere?

MISTER MARKS.—Como regla general, ninguno. Los americanos sienten un gran interés por la fiesta. Tienen una visión clara y abierta, sin prejuicios. Los ingleses, por el contrario, son más recelosos. Pero, entre unos y otros, sólo los ingleses llegan a ser verdaderos aficionados.

J. DE LA SERNA.—¿Qué opina de las censuras que se ponen a las corridas fuera de España?

MISTER MARKS.—Creo que los de afuera deben callarse. Los toros es una fiesta exclusivamente para nosotros.

(Hay en este «nosotros» de John Marks todo el aliento de la intimidad.)

MONTERO RIOS.—¿Cómo interpreta usted esa actitud?

MISTER MARKS.—En el extranjero no se comprenden las corridas. Al otro lado de las fronteras españolas la gente se debate en la duda de si el espectáculo es más cruel que bello.

J. DE LA SERNA.—¿Y cuál es su opinión?

MISTER MARKS.—Sin duda, que es más bello. Aunque tiene sus momentos de crueldad.

A. CUARTERO.—Por ejemplo...

MISTER MARKS.—Por ejemplo cuando el matador repite interminablemente la suerte de matar. Pinchazo tras pinchazo. ¿Compensa esto la belleza de unos pases? Así es como piensa el turista. Por eso yo nunca llevo a nadie a los toros.

J. DE LA SERNA.—Como extranjero, ¿qué argumento pondría usted en contra de las corridas?

MISTER MARKS.—Yo, ninguno. Soy un convencido, ya lo saben. Otro cualquiera diría que al toro o al caballo no se le pide opinión sobre la corrida. El boxeador, por ejemplo, va a la lucha por propia decisión. La corrida es una caza del toro en la que éste tiene que morir sin oportunidad de salvarse.

J. DE LA SERNA.—¿Cómo responde usted a ese razonamiento?

MISTER MARKS.—Yo considero que la fiesta de los toros no es como una carrera de caballos. Es sencillamente un rito, un arte. ¿El arte justifica la crueldad? Lo que desde luego no se justifica es la crueldad por la crueldad. A mi modo de ver, tampoco se somete a la opinión del toro el hecho de que tenga que ponerse a tirar de un carro. Al toro de lidia se le prepara, se le hace para un fin artístico suficientemente elevado que justifica su sacrificio. Y el torero pone en juego su vida. Y a veces la pierde.

MONTERO RIOS.—¿Qué opina del afeitado de la res?

MISTER MARKS.—Lamentablemente. No comprendo cómo se ha llegado hasta eso. Más vale ir a ver bailar a Antonio, que lo hace muy bien.

J. DE LA SERNA.—¿No cree usted que el afeitado ha sido motivado, en parte, por la presencia de tanto turista en nuestras plazas?

MISTER MARKS.—Creo que sí. Pero cuando el turista se da cuenta de ello deja de ir a los toros. A él le gusta que el toro coja al torero.

A. CUARTERO.—Volviendo a la crítica, ¿tiene algún reparo que hacer a la actual?

MISTER MARKS.—Sí, claro. No es tan buena como la de antes. Los críticos de hoy no llegan a la altura de sus antecesores.

J. DE LA SERNA.—¿Qué crítico le gusta más?

MISTER MARKS.—Leo a Capdevila y a K. Hito.

MONTERO RIOS.—¿Qué exige a la crítica?

MISTER MARKS.—Menos administración y más amabilidad, más referencias a lo que ocurre en el ruedo.

A. CUARTERO.—¿Qué torero le ha aficionado a los toros?

MISTER MARKS.—Primero, Gitanillo de Triana; después, Cagancho.

J. DE LA SERNA.—¿Qué opina de Luis Miguel Dominguín?

MISTER MARKS.—Más vale no hacerlo. Creo que tal vez es el mejor en cuanto que es el que más puede. Pero Luis Miguel es un torero que no ha encontrado la felicidad en su arte. Puede, pero no le da la gana. Su torero no es emocionante, no llega a la gente. Es el clásico toro catalano, de mucha técnica.

J. DE LA SERNA.—¿Y Ortega?

MISTER MARKS.—Tosco, pero trágico y emocionante.

A. CUARTERO.—¿Ha toreado usted?

MISTER MARKS.—Sí, muchas veces. En capeas y con vaquillas.

MONTERO RIOS.—¿Sintió miedo?

MISTER MARKS.—Pues, sinceramente, miedo no.

(John Marks, nacido en Asia, periodista y experto en tauromaquia, nos acompaña, andando como sobre la cubierta de un barco, hasta la verja del jardín madrileño. Nos sonríe bonachonamente y nos tiende su gran mano de picador. Le vemos alejarse hacia la casa donde se pondrá a escribir páginas para sus nuevos libros sobre toros.)

"LOS FUEROS DE SEPULVEDA", PIEZA CLAVE DEL DERECHO CIVIL COMUN DE ESPAÑA

SEGOVIA INICIA UNA SERIE TRASCENDENTAL DE PUBLICACIONES HISTORICAS



"Faceta humana" y charla de su director don Pascual Marín, Gobernador Civil de la Provincia



LA CIUDAD DEL ACUEDUCTO ASOMA A LA ACTUALIDAD CULTURAL INTERNACIONAL

LA CIUDAD

No es posible sustraerse a la tentación de iniciar estas páginas, que son un reportaje, a la manera de la crónica literaria, porque Segovia es una de nuestras más gigantescas ciudades literarias, asentada sobre un triángulo mágico—alcázar, catedral y acueducto—; cada uno de sus vértices está marcado con un increíble mojón, y toda ella es una sucesión de escalerones de piedra que disparan el ánimo hacia dianas perfectas e inesperadas.

El alcázar tiene silueta de fondo de tapiz, y sobre el tapiz del fondo, con el cielo castellano prestándole sus mejores azules, los verdes y los grises precisos para que sobre ellos rebulla ese mundo palaciego, caballeresco, bien trocado, que parece corretear todavía entre sus almenas. No hay en España otro lugar más apropiado para imaginarse aquella refinada corte de las «Coplas» de Jorge Manrique, toda la



Arriba, izquierda: Don Pascual Marín, Gobernador Civil de Segovia.—Derecha: Una vista de la catedral.—Abajo: La ciudad, y al fondo, las crestas nevadas de «La mujer muerta»

danza del mundo que él aprisionó entre sus rimas, está sugerida aquí, y a la hora de la meditación de esos ríos que van a dar a la mar, que es el morir, Segovia alza, verdosa y gris, la equilibrada mole de su catedral. Allí, Dios tira del alma, y la serena armonía de cada línea hace entender la armonía del Universo. Por entre las vidrieras, volados y rosas, asoman los dedos suaves y luminosos de Dios, que se manifiestan inacabables en cada rayo.

Y este es el secreto mágico de Segovia literaria; entre la corte de tapiz del alcázar y la mística ascensión de piedra recortada y gris de la catedral, Segovia tiene el puente infinito de su acueducto, que, en cabalgada genial, en poderosa zancada, en definitivo paso titánico, une las dos dimensiones humanas por sobre la anécdota breve del Azoguejo.

EL HOMBRE

Pero yo no he venido a Segovia sólo a ver las piedras. He venido a ver al Gobernador. Para entender la obra de una persona hay que comenzar por su «faceta humana».

Don Pascual Marín es un árabe puro. A uno le extraña mucho que en su charla no entrezcle versículos del Corán. El hilo de la Historia es por demás travieso, y, por distracción o juego, a este hombre, que le debió tocar su turno para nacer en las Córdoba, Sevilla o Granada, de las ilustradísimas Cortes árabes, como Ben-Yusuf-ben-Arafa, letrado, poeta y comentarista del Corán, la peregrina mano que todo lo ordena lo trajo a nacer en tierras de Murcia, cosa explicable; pero cristiano viejo, en un mundo absurdo de bombas H, y para mayor asombro lo asentó de catedrático de Derecho Civil justo en la ciudad que guarda el sepulcro del matamoros de Santiago Apóstol. Esta última incongruencia parece que la rectificó a tiempo, arrancándole de obligaciones compostelanas, y trayéndole a gobernar esta provincia, escenario de viejas escaramuzas fronterizas.

El hombre verdaderamente culto ha de ser un malabarista de las ideas, ha de saber jugar con ellas vengán en la dirección que vengán, sin que ninguna dé en el suelo por falta de habilidad para pescarla viva en el aire. Este tipo de cultura universal, amplia, dúctil y agilísima, es la que posee don Pascual Marín; su portentosa imaginación meridional le permite estar alerta en cualquier parte. Cada rincón de su cerebro anda despierto a la más lejana sugerencia, y así es prodigioso verle saltar de uno a otro tema con justeza consumada: de los Fueros de Sepúlveda a la pesca de truchas; del divertido comentario sobre el Código Civil chino al aparte técnico con el fotógrafo; de la conferencia telefónica con el Alcalde de La Granja a la anécdota chispeante de sus tiempos de ateneísta. Con su charla, este hombre, de rara vitalidad, nos hace saltar a todos de mundo en mundo. Del despacho oficial—en Gobernador Civil—, con las presentaciones en latinadas y el estiramiento de los primeros minutos, nos pasa al saloncillo amueblado con esa co-

modidad especial que los hombres han inventado para hacer más fácil la charla. Aquí al Gobernador Civil lo perdimos en la puerta. Ahora vamos a ver las películas que él mismo—consumado aficionado—ha rodado de sus partidas de caza y pesca; este es el momento en que Pascual Marín se ha vuelto ya un amigo nuestro, sin ringorranos oficiales, y mientras enchufa cordones y clava pantallas sigue saltando ágil la charla de este hombre polifacético que lo mismo gana sus oposiciones a cátedra en plena juventud, que gobierna una provincia, que pesca en el Mediterráneo o caza en las lomas de la «Mujer Muerta», que «rueda» la película de la fiesta de Reyes de sus hijas, o pone en pie y organiza la concentración de ex combatientes del Alto de los Leones con los 25.000 hombres de aquella inolvidable jornada, o dirige la publicación de esa obra monumental que son «Los Fueros de Segovia».

Pero todavía, después de verle en esta simpatísimas intimidad hogareña de sus hijos, su esposa, sus películas, sus máquinas fotográficas y sus cañas de pesca hemos de sorprender otra faceta íntima de Pascual Marín: su «leonesa». Todas las mujeres sabemos lo que representa una «leonesa». Los hombres dicen que para trabajar se necesitan estos extraños nidos de eruditos, donde hay que entrar saltando por encima de los libros y donde ellos aseguran muy serios que saben dónde está cada papel y en qué posición han dejado cada uno de los doscientos libros que, según ellos, necesitan por fuerza tener a mano en ese instante. Es esta la habitación del catedrático de Derecho Civil; aquí don Pascual Marín escribe sus conferencias, prepara sus trabajos científicos y habla «en profesor». En un armario empotrado, cuidadosamente ordenado, está su magnífica colección de Códigos civiles, que comprende desde el chino o japonés hasta las últimas ediciones de todos los vigentes en Europa o América.

—¿Puede usted atender tam-

bién a la faceta de erudito que se adivina en esta habitación?

—Yo siento por encima de toda otra la vocación de profesor; cada día dedico al estudio las horas que yo creo que exige una cátedra. Nunca me acuesto sin haber empleado algún tiempo en mi labor científica, y esta habitación es el islote donde me refugio con mis libros y mis cuartillas.

«LOS FUEROS DE SEPÚLVEDA»

No es labor mía ni motivo de este reportaje el reseñar la importantísima labor que en el orden cultural ha llevado a efecto don Pascual Marín en su provincia. Tras de él existe ya una obra en escuelas, bibliotecas, ciclos de conferencias, Exposiciones, Congresos, etc., y está en vías de inauguración el Museo Arqueológico, con riquísimos restos visigóticos de gran importancia histórica ya puesta en marcha del Instituto Laboral de Coca; de la Escuela de Imaginería, que ha de resucitar una portentosa tradición medieval, y otras instituciones culturales. Es muy de destacar la resonancia que en el orden cultural internacional adquiere día a día la ciudad de Segovia. El próximo 24 se celebrarán en la ciudad del acueducto algunas de las sesiones del Congreso Internacional de Arqueólogos, y para este verano, aparte de otras visitas todavía en estudio, se espera el traslado a Segovia de algunas de las secciones de la Universidad de Pensilvania (Estados Unidos), que celebrará aquí parte de sus cursos de verano.

Pero la gran salida de Segovia al campo del interés cultural del momento, y a la que de manera especial está dedicado este reportaje, es la publicación de «Los Fueros de Sepúlveda», y en este acontecimiento hemos centrado nuestra conversación con don Pascual Marín.

—Siendo usted Gobernador de la provincia, ¿cómo dirige las publicaciones de la Diputación?

—Porque mi nombramiento de director de estas publicaciones está otorgado no en calidad de autoridad de la provincia, sino de catedrático de la Universidad de Santiago.

—Tenemos noticias de que la publicación de estos famosos Fueros ha dado motivo a numerosas comunicaciones de Universidades extranjeras. ¿Cuál es la razón por la que este estudio tiene una repercusión tan fuerte entre los especialistas?

—Sin exagerar, es la obra de crítica histórica mejor que se ha hecho en España. Hasta ahora las transcripciones han sido buenas, pero fragmentarias y sin agotar el tema completamente. Por primera vez entre nosotros se ha reunido para llevar a cabo una obra de este tipo un verdadero equipo de especialistas. La edición crítica y el apéndice documental han sido hechos por Emilio Sáez, especialmente capacitado para la tarea por sus numerosas e importantes ediciones de textos jurídicos, como la del «Fuero de Coria» o la «Colección Diplomática del Monasterio de Celanova», por no citar más obras.

—¿Quién se encargó del estudio históricojurídico?

—Es obra de Rafael Gibert, catedrático de Historia del Derecho



Nuestra colaboradora Pilar Narvión cambia impresiones con un pequeño segoviano

de la Universidad de Granada. Su trabajo tiene tanto interés para el historiador como para el jurista, pues en él se aúnan a la perfección ambas facetas, ya que, junto a un fino temperamento de jurista, construye históricamente de manera impecable. El estudio lingüístico se encomendó a Manuel Alvar, catedrático de Gramática Histórica de la Universidad de Granada y uno de los jóvenes valores de nuestra Universidad en estudios de tan delicada indole; su aportación al estudio de la literatura jurídica castellana a través de esta obra resulta verdaderamente monumental. Por último, el cronista de Sepúlveda y notable especialista Atilano G. Ruiz-Zorrilla, ha completado la obra con una interesantísima aportación: sus «Estudios de los términos antiguos de Sepúlveda».

—¿Qué importancia tienen estos textos dentro del Derecho español?

—La empresa merecía la pena, porque «Los Fueros de Sepúlveda» son los documentos más importantes del Derecho medieval castellano, pieza clave de gran parte del Derecho español.

—¿Qué otras obras tiene en preparación la colección que usted dirige?

—El primer tomo de la colección de documentos es éste del Fuero que comentamos, y se preparan los de la «Colección Diplomática de Sepúlveda» y «Colección Diplomática del Archivo Municipal de Segovia». La serie de monografías se ha iniciado con el magnífico estudio de don Manuel Ballesteros «La obra de Isabel la Católica», una aportación portentosa al mejor conocimiento de conjunto de aquel famoso reinado. Este tomo es el mejor homenaje que la ciudad de Segovia, tan cercana a la vida de la Reina, rinde a su memoria con motivo del centenario.

—¿Qué tomo preparan para continuar la serie de monografías?

—Se reeditará la «Historia de Segovia», de Diego Colmenares. Además, estamos dando los primeros pasos para preparar la publicación crítica, también con carácter tan completo como el recién publicado «Fuero de Sepúlveda», de una obra única en el mundo, cuyo sólo anuncio ha levantado gran curiosidad entre los especialistas. Se trata del «Cancionero medieval», del archivo de la catedral, y quisiéramos hacer una publicación de tanto empaque científico como la tan comentada de «Los Fueros de Sepúlveda».

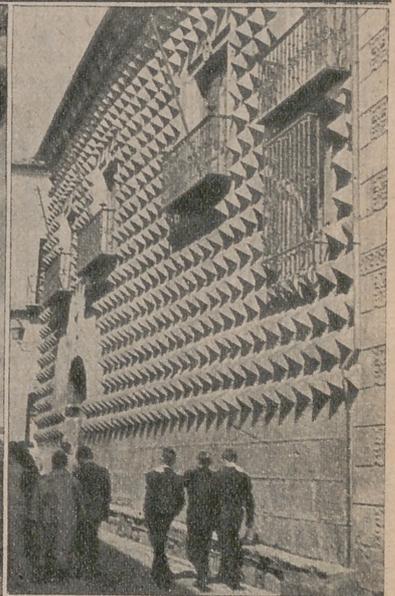
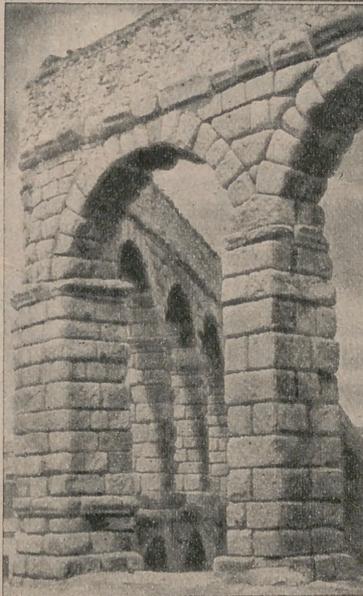
—¿Más proyectos?

—Deseamos recoger en microfilm todos los documentos de interés de la provincia y hacer con ellos un depósito en Segovia que sirva para facilitar la labor de los estudiosos. Esta idea está en vías de pronta realización.

Tanto la colección como este tomo primero de «Los Fueros de Sepúlveda» están presentados en un enjundioso prólogo por su director, don Pascual Marín, que lo cierra con estas palabras: «El deseo de contribuir a la restauración de la ciencia española, tan fervientemente anhelada por el Caudillo de España, ha sido, en definitiva, el móvil central de



El Gobernador Civil de Segovia trabaja en su despacho oficial. Izquierda: Una perspectiva del acueducto de Segovia.—Derecha: La antigua Casa de los Picos, hoy Casa Sindical de la ciudad castellana



nuestra acción en esta empresa, cuyos primeros frutos—«Los Fueros de Sepúlveda»—vienen a sumarse al acervo cultural de la España eterna.»

SEPULVEDA, SEDE DEL DERECHO CIVIL COMUN DE ESPAÑA

Cerramos este reportaje coplando textualmente las extraordinarias conclusiones de don Rafael Gibert, que aclaran de manera precisa el significado de los famosos Fueros:

«Dentro de los Derechos populares que surgen tras la disolución del Estado visigodo..., el Derecho castellano ostenta personalidad frente a la tradición del «Liber iudiciorum» y junto al nuevo Derecho leonés, que enlaza más directamente con ella. Y dentro del Derecho castellano, SEPULVEDA ES EL CENTRO CREADOR DE SU ESPECIALIDAD EN EXTREMADURA, QUE MODELA LA ORGANIZACIÓN JURÍDICA DE TODA CASTILLA, DIRECTAMENTE O MEDIANTE EL FUERO DE CUENCA. Sometido al influjo gótico, vigorizado desde la unión de las Coronas en Fernando III, erosio-

nado por la acción vivificadora de la legislación regia, el Derecho de Sepúlveda persiste en sus derivaciones e intensamente en su lugar de origen. La recepción romanista en las Partidas refuerza su caracterización como fuero castellano. Cuando, al principio de la Edad Moderna, se revisa la historia del Derecho medieval, y las Leyes de Toro armonizan las contradicciones surgidas en su seno, la nueva síntesis tiene como rasgo dominante la decisión del Derecho castellano. SEPULVEDA ES LA SEDE DEL DERECHO CIVIL COMUN DE ESPAÑA.»

La trascendencia de tales conclusiones da idea de la importancia de esta publicación en el porvenir de los estudios sobre Derecho civil español y «para la política legislativa empeñada en la tarea de buscar las auténticas raíces de nuestro Derecho privado, con el fin de proyectarlas en la urgente reforma de los Cuerpos legales vigentes», según añade en acertada visión don Pascual Marín.

Pilar NARVION

(Fotos Mora.)

LONJA DE BARCELONA
SE FORJAN ARTESANOS
Y ARTISTAS

CERCA DE DOS SIGLOS DE VILADOMAT A PICASSO



ENTRE dos plazas antiguas, próximas al mar, se yergue en Barcelona un suntuoso edificio de noble planta y de rancia prosapia arquitectónica. Es la Casa-Lonja, emporio del comercio y de las finanzas, en una tierra de grandes comerciantes y de grandes financieros. Pero Barcelona también es tierra de grandes artesanos y de grandes artistas. Lo sorprendente—sorprendente sólo en cierta medida—es que unos y otros conviven en la misma casa. En la misma Casa-Lonja, junto al mar azul, frente a nuestro bendito Mediterráneo de los fenicios y de los griegos, mar clásico del comercio y del arte.

En la Casa-Lonja barcelonesa se hallan afincadas dos instituciones artísticas prósperas, aparte su normal adecuación financiera y mercantil. El dinamismo de las contrataciones, de las pérdidas y las ganancias, del arruinarse o hacerse rico al ritmo de la cotización en Bolsa, tiene por escenario la planta baja de la edificación. Los pisos altos albergan otro género de inquietudes. En el principal tiene su sede la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge, severa y docta, llena de autoridad histórica y de sapiencia estética. Los pisos más altos de la Casa-Lonja, cerca ya de las nubes, albergan la Escuela de Artes y Ofi-

cios Artísticos de Barcelona, la famosa Escuela de la Lonja.

ANTES FUE ALUMNO Y LUEGO SANTO PATRON

Hay dos medios para remontar la altura en que se encuentra la escuela de la Lonja. Se habla, en este caso, de altura material. Más adelante hablaremos de su altura artística y docente. Para alcanzar los últimos pisos de la Casa-Lonja puede utilizarse un ascensor de madera de caoba, señorial y lento, o trepar por unas escaleras cuyos peldaños han sido pisados por veinte generaciones de artistas catalanes.

Cuando se llega al último rellano aparece el vestíbulo de la escuela, donde una lápida de mármol, con la efigie en bronce de San Antonio María Claret nos informa que este Santo fué antes alumno de la escuela de la Lonja y ahora es su Santo Patrón. Coincidiendo con la conmemoración del antiguo alumno, el 17 de octubre de 1950, la escuela organizó un solemne acto conmemorativo, en el transcurso del cual el director, don Federico Marés, propuso la idea, que fué muy bien acogida por el señor obispo. Así aquellas aulas prestigiosas recibían el máximo prestigio de la santidad de uno de sus alumnos que estudió los

bellos oficios y llegó a los altares.

UN VIEJO IMAGINERO DEL SIGLO XVI

Por la dirección de la escuela de la Lonja han pasado artistas de mérito y fama. Entre otros, cabe recordar nombres tan prestigiosos como los de su primer director, el grabador y pintor Pascual Pedro Moles, que ocupó el cargo desde 1775 hasta 1797; el pintor Pedro Pablo Montaña, de 1797 a 1803; el pintor José Flaugier, que tan decisiva influencia ejerció sobre la pintura catalana de comienzos del siglo XIX; los pintores Vicente Rodés y Claudio Lorenzale, que ocuparon la dirección en los años medios del pasado siglo; los pintores Luis Rigalt y Antonio Caba, directores del fin de siglo; y ya en nuestra centuria el escultor Manuel Fuxá, el arquitecto Manuel Vega y March, el pintor Félix Mestres, Pedro Mayoral y Julio García Gutiérrez, arquitecto y pintor, respectivamente. Desde 1946 ocupa la dirección el ilustre y laureado escultor Federico Marés Daulevol.

El impulso que ha sabido imprimir a la veterana y gloriosa escuela de la Lonja su actual director la ha colocado entre las mejores de sus similares en España y en el extranjero. El ac-

tual plan de estudios, modélico por tantos conceptos, a su iniciativa, se debe. Federico Marés obtuvo del Ministerio de Educación Nacional la puesta en práctica de un amplio plan de reforma. El propio director me lo refiere:

—Soy antiguo alumno de la escuela y profesor desde 1914. Era conocedor a fondo, por tanto, igual de sus necesidades que de sus defectos. También, naturalmente, de sus grandes virtudes docentes, acreditadas en cerca de dos siglos de existencia. Al ocupar la dirección me preocupé de las necesidades de la escuela y así se lo comuniqué al señor Ministro.

El nuevo plan de reforma fué pronto un hecho. A don Federico Marés le cabe este mérito indiscutible. Bajo su dirección la escuela de la Lonja ha llegado a un grado de eficacia inigualado. Se ha convertido en el centro de enseñanzas artísticas y artesanas, que es hoy, susceptible de crear—ya las ha creado—una generación de artesanos admirables, verdaderos artífices en talla, muebles, grabado, tipografía, decoración, encuadernaciones de arte, dibujo de modas, estampados, carteles y arte publicitario, «terracottas», vidrieras policromadas, retablos y tantos otros bellos oficios de gloriosa tradición española, que

ahora resurgen con pujanza inusitada al impulso de una docencia técnica y didáctica verdaderamente ejemplar.

Don Federico Marés es un hombre impresionante. Parece un viejo imaginero escapado de cualquier taller toledano o burgalés del siglo XVI. Magro, casi enjuto, frente ancha, poderosa, aureolada por una flotante cabellera blanca, toda su energía parece haberse concentrado en los ojos. El hombre y el artista se identifican y complementan. Escultor ilustre, ha realizado una cantidad considerable de obras, repartidas por toda España. Ha ganado mucho dinero y lo ha gastado todo en coleccionar escultura española antigua. Es un coleccionista fabuloso, que ha logrado poseer la colección particular de tallas más importante de España, y, en su modalidad de imaginaria española, la más importante del mundo.

Este hombre singular, este coleccionista excepcional, una vez en posesión de sus fabulosas colecciones—además de escultura a coleccionado millares de piezas de artes suntuarias—, ha tenido un gesto de generosidad sin precedentes y las ha donado íntegramente a Barcelona. Hoy constituyen el museo más sorprendente que pueda visitarse, instalado con una gracia y una suntuosidad que apenas tiene preceden-

tes entre nosotros. El Museo Marés, dirigido por el propio donante, que sigue adquiriendo piezas de su propio peculio y cediéndolas a la ciudad, merece que algún día le dediquemos una información especial.

Este es el hombre que dirige la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Barcelona.

DE LA TECNICA DEL YESO A LAS ARTES DEL MUEBLE

Para poner en práctica el nuevo plan de estudios hubo que adaptar las antiguas clases y darles el aspecto de talleres agradables, donde el profesor se confunde con el alumnado y ambos trabajan en común, con una eficacia infinitamente superior a la obtenida por el procedimiento antiguo de enseñanza rutinaria. Hoy se estudian las técnicas del yeso, vaciado, modelado y sus diversas aplicaciones prácticas; la talla en madera y en piedra, ya directa, ya por el procedimiento de sacar de puntos en igual o diferente tamaño del modelo a reproducir; la policromía de estas tallas, decoración de tejidos y estampados, en papel o tela, por varios procedimientos, como el «batik», que se emplea en piezas de calidad; delineantes, que se convierten en los más eficaces auxiliares de los arquitectos; dibujo artístico y técnico

cas de la pintura, así como sus aplicaciones a la decoración y a la gran composición mural; artes del mueble, con conocimiento teórico y práctico de los estilos y de la creación; artes del libro, sección de una gran importancia, que incluye las diversas técnicas del grabado, la tipografía, la estructura del libro y la encuadernación en todas sus fases y modalidades. Existe el proyecto de convertir en breve esta sección de artes del libro en un conservatorio de las artes del libro, encargado de perpetuar la gran tradición tipográfica y bibliográfica barcelonesa.

CUATROCIENTOS ALUMNOS EN CADA SECCION DE DISTRITO

La escuela de la Lonja ha ampliado su radio de acción sobre la topografía entera de Barcelona, creando secciones de distritos, donde se dan las enseñanzas primarias de dibujo lineal y artístico y vaciado y modelado, así como clases teóricas de las técnicas e historia de las artes decorativas. Los estudios en estas sucursales se consideran previos e indispensables para el ingreso en los cursos superiores que se siguen en la central.

Estas secciones de distrito, actualmente en número de seis, están enclavadas en núcleos urbanos muy densos y alcanzan anualmente matriculas de trescientos y cuatrocientos alumnos cada sección. Las clases se dan de siete a nueve de la noche, para que puedan asistir a ellas los muchachos que trabajan. La constancia y el entusiasmo de los alumnos en estas secciones de barriada es sorprendente. Jóvenes de dieciséis a veinte años, cansados de la jornada laboral, acuden a las clases y siguen las enseñanzas teóricas y prácticas de los profesores con una atención y un rendimiento perfectos.

Las secciones de distrito funcionan en las populosas barriadas del distrito quinto—calle del Carmen—, Gracia, San Gervasio, Sans-Hostafranchs, y en las nuevas aglomeraciones urbanas de los alrededores del hospital de San Pablo.

HAY UN TREINTA POR CIENTO DE MUJERES

Un treinta por ciento de las matriculas de la escuela de la Lonja y sus seis secciones está cubierto por elemento femenino.

La mujer barcelonesa siente una gran afición a las actividades artísticas, ya sea en plan profesional ya como agradable complemento de su cultura, susceptible de ser aplicada al embellecimiento del hogar y a hacer más grata la existencia de los suyos.

Las hay de todas las edades y de todas las clases sociales. Muchas se especializan en dibujo de modas, en creadoras de modelos de vestidos femeninos. Otras llegan a ser consumadas artistas en el «batik» y en los estampados. Las hay que cultivan con éxito el dibujo publicitario y una gran cantidad se deciden por la escultura. También la encuadernación es actividad preferida por las mujeres.

Obreras, empleadas, estudiantes universitarias, hijas de familia, damas de vida holgada, coinciden frente al obrador, el tablero de dibujo, el caballete de pintar o de modelar, en una sorprendente identidad de gustos y de actividades, y nada las preocupa fuera de su propio trabajo.

En las calificaciones de finales de curso, concesión de premios y clasificación de obras, las mujeres hacen siempre un brillante papel.

LA ENSEÑANZA TEORICA SE DA POR ALTAVOCES

Una de las innovaciones más recientes y más originales del director señor Marés ha sido la instalación de altavoces en todas las clases o talleres de la escuela. Por medio de estos altavoces los profesores de teoría dictan las lecciones, que pueden ser oídas simultáneamente por la totalidad del alumnado sin necesidad de desplazamientos, ni aun de abandonar su actividad escolar de carácter práctico.

Esta novedad es única en el mundo, y está en período experimental, habiendo dado, hasta ahora, excelentes resultados. La enseñanza teórica por altavoces será en breve implantada en las secciones de distrito, donde también van a ser incrementadas las lecciones de teoría con proyecciones ilustrativas de las diversas técnicas y los distintos estilos dominantes en las artes sustantivas de las épocas precedentes.

DOS SIGLOS DE ARTE BARCELONES HAN SALIDO DE LA LONJA

Cerca de dos siglos de arte barcelonés, desde Viladomat a Pi-

casso, han salido de la escuela de la Lonja. Todos los pintores y escultores de renombre, de los menos conocidos fuera de la región, a los más universalmente famosos, han sido alumnos o profesores, o ambas cosas sucesivamente, de la venerable institución, creada por la Junta de Comercio, como Escuela de Nobles Artes, el 23 de enero de 1775.

La escuela ha tenido diversas denominaciones y ha pasado por períodos accidentados. Sucesivamente se llamó de Nobles Artes, Superior de Artes e Industrias y Bellas Artes, Escuela Superior de Artes Industriales y Bellas Artes, Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes, y, finalmente, su denominación actual, que data de 1946, cuando fué desglosada la sección de Bellas Artes y creada la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge.

Entre los alumnos que llegaron a ser artistas famosos sólo hay que recordar, como figura cumbre de la pintura española del siglo XIX, a Mariano Fortuny cuya fama universal llenó toda una época y creó una escuela que tuvo dilatada y duradera difusión.

La mayoría de los artistas jóvenes actuales que destacan en Barcelona y comienzan a ser conocidos en el extranjero, han cursado sus estudios en la Escuela de la Lonja, que siempre tuvo una amplitud docente susceptible de formar al artista naciente conservando intacta su personalidad.

La artesanía barcelonesa y catalana, hoy en un potente renacer, ha sido formada totalmente en la escuela, y de ella siguen saliendo jóvenes promociones de artesanos encargados de perpetuar y enaltecer la tradición artesana del país.

MEDALLA DE ORO PARA LA ESCUELA

La escuela de la Lonja, como forja de artífices y artesanos, ha sido reconocida oficialmente con la concesión de una máxima distinción. En la Exposición Nacional de Artes Decorativas celebrada en Madrid el año 1949, la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Barcelona concurrió con una instalación que despertó unánime interés. El Jurado de recompensas, compuesto por las más prestigiosas representaciones artísticas de la capital, acordó por unanimidad conceder a la Escuela el diploma de honor con Medalla de Oro, máxima distinción de las concedidas.

Esta consagración oficial tuvo, además de su genuino significado honorífico, el carácter de reconocimiento pleno del acierto y de la eficacia de la nueva orientación dada a las enseñanzas de la secular escuela de la Lonja, centro del que irradia todo el arte de la región catalana desde hace cerca de doscientos años, y en el que San Antonio María Claret, hoy su Patrón celestial, recibió lecciones de belleza en sus limpias mocedades de obrero tejedor.

Angel MARSÀ



El director de la Escuela de la Lonja, don Federico Marés, gran impulsor de la eficaz pedagogía que en dicha Escuela se practica en torno al arte

UNA EXPOSICION MEMORABLE

LA VIRGEN EN LA ESCULTURA MEDIEVAL DE ARAGON Y CASTILLA

PLAUSIBLE iniciativa la del Ateneo madrileño, secundado con gran entusiasmo por la Dirección General de Información con el apoyo personal del excelentísimo señor Ministro de Información y Turismo, organizando y llevando a cabo en la nueva sala de Exposiciones del Ateneo una concentración y pública exhibición de esculturas medievales representativas de la Santísima Virgen María en multitud de advocaciones y variedad notable de tamaños, actitudes y motivos ornamentales.

A esta diócesis de Palencia le cupo el honor de presentar diecisiete imágenes, ocupando las vitrinas del centro de la sala las dos efigies más diminutas y a la vez de extraordinario valor histórico y arqueológico: la de bronce esmaltado de Husillos, y la de Meneses de Campos, ambas de comienzos del siglo XIII.

La Exposición de estas sagradas imágenes de la Madre de Dios no tuvo solamente una significación pedagógica y un alto valor como exponente del arte iconográfico español, especialmente en Castilla y Aragón, sino que es a la vez una aportación muy apreciable al fomento del culto y devoción a la Virgen María en este año mariano del centenario del dogma de su Concepción Inmaculada.

Cuantos visitaron la Exposición pudieron comprobar la fe y el amor de nuestros mayores hacia la Virgen María con el Niño en brazos, sentada en trono de Reina y coronada como Emperatriz de cielos y tierra.

Al recordar la historia de algunas efigies, ricas en talla y en policromía, habrán evocado páginas gloriosas y personas ilustres de la historia patria. Nuestra Señora de Rocamador habla de los peregrinos jacobeos que venían de Francia y de Doña Constanza de Borgoña, esposa de Alfonso VI, ambos muy devotos del famoso santuario mariano francés; Nuestra Señora del Castillo, de Autillo de Campos, recuerda la estancia de Doña Berenguela de Castilla en aquel pueblecito y la «colmsda» donde San Fernando, niño de pocos años, industriosamente atraído por su madre desde la residencia paterna en Toro, fué proclamado por vez primera Rey de Castilla, siendo de allí traído a la catedral de Palencia para solemne aclamación y posteriormente a Valladolid, donde su propia madre le cedió la Corona; la pequeña imagen del obispo don Tello Téllez de Meneses evoca aquella decisiva y victoriosa batalla de las Navas de Tolosa, adonde acu-

Por **JOSE**, obispo de Palencia



Imagen de Santa María la Blanca (siglo XIV, alabastro)

dió el obispo caballero con sus mesnadas, llevando consigo la dulce y protectora representación de la Reina del Cielo, «auxilio de los cristianos»; Nuestra Señora de Villalcázar de Sirga nos hace pensar en las Cantigas del Rey Sabio, Alfonso X, que le dedicó versos llenos de filial cariño y loores de sus milagros con los peregrinos de Santiago en la balbuciente lengua castellana. Y por este estilo tienen su lenguaje aleccionador y emotivo las restantes imágenes marianas, así palentinas como aragonesas.

La salida de las sagradas efigies de los templos y pueblos respectivos motivó expresiones patéticas del gran amor y entusiasmo del vecindario hacia su Virgen predilecta. Repiques de campanas, canto de la salve, aclamaciones y vítores, lágrimas..., hasta protestas... y temores... han presenciado los encargados de recoger y transportar el precioso tesoro. Alguna hubo de ser recogida posteriormente y llevada por el mismo obispo en su coche a Madrid para mayor garantía y tranquilidad del pueblo.

¿POR QUE ESTE CARINO DE LOS PUEBLOS A SUS VIRGENES?

Sabido es que las imágenes no tienen en sí mismas ni personalidad ni vida, como piensan los idólatras. Pero para el creyente tienen algo sagrado, por la bendición litúrgica y por ser objeto relativo de culto; para cada pueblo y familia tienen la especial unión que en ellas fueron poniendo con sus rezos, sus amores, sus lágrimas, su devoción, las pasadas generaciones, que en su Virgen querida bus-

caron y hallaron tantas veces el consuelo para sus penas, el remedio para sus necesidades y el valor para las duras pruebas y los trances amargos de la vida; para todos la imagen sensible tiene el valor psicológico de hacer sentir la presencia espiritual del prototipo representado y de suscitar las más vivas emociones, como el retrato del padre y de la madre y los recuerdos de los seres queridos.

En los santuarios y en el culto de las imágenes de María y de los Santos ha querido muchas veces el mismo Dios mostrar su complacencia por la veneración de las imágenes y estimular la devoción de los pueblos hacia ellas, como lo vemos en la historia del Pilar, Guadalupe, Montserrat, Lourdes, Fátima, etc., y recientemente en la «Virgen de las lágrimas», de Siracusa, cuyo llanto ofreció a los

sentidos y al análisis químico las características y los elementos de las lágrimas humanas.

La misma Virgen María, en sus apariciones, fomentó esta manera de honrarla y hasta dió Ella misma el escapulario del Carmen y la Medalla Milagrosa, mostrando en sus manos el santo rosario, que Ella había enseñado a Santo Domingo, lo mismo a la vidente de Lourdes que a los pastorcitos de la Cova de Iría.

Si alguien tildase de infantilismo estos sentimientos populares en torno a las imágenes de María, podríamos recordarles que los grandes caudillos que forjaron la libertad y la grandeza de la Patria y los grandes conquistadores que descubrieron e incorporaron mundos nuevos al Imperio de España y a la civilización cristiana han sentido y han obrado de igual modo que estos pueblos actuales de Castilla y de las demás regiones españolas. Pelayo, en Covadonga; su hijo Alfonso I, en Saldaña; Alfonso VIII, en las Navas; San Fernando, en Sevilla; Alfonso XI, en el Salado; los Reyes Católicos, en Granada..., todos acudieron a la Virgen y llevaron su imagen en sus combates, ya en el morrión, ya en el arzón de la silla, ya en la tienda de campaña.

Cólon llevó la Virgen de los Milagros al Nuevo Mundo; Hernán Cortés, la de los Remedios, a Méjico; Magallanes, la Virgencita que regaló a la Reina del Cebú una vez bautizada, en la isla filipina de Luzón; Alonso de Ojeda, la del Obispo Fonseca, a Cuba; Valdivia, la del Socorro, a Chile, y la de las Mercedes, al Perú, mientras que Pizarro dejó en Lima la del Rosario, y Almagro, la del Carmen, venerada con el nombre de La Tirana en las pampas de Chile; Pedro Alvarado dejó en Guatemala la «Conquistadora», allí tan querida; Mateo Lange, la del Pilar, a Nuevo Méjico (Estados Unidos); Yáñez Pinzón descubrió el Brasil llevando consigo la Virgen de la Consolación; Sebastián Elcano llevaba la Inmaculada Concepción.

Ante la imagen de María se hizo la fundación de las principales ciudades de América, muchas de ellas nombradas con títulos marianos, como Buenos Aires, Concepción, de Chile y del Paraguay; Asunción..., Rosario..., Merced... Carmen, etc., que esmaltan la geografía del Nuevo Continente.

De cómo querían a sus imágenes y cuánto confiaban en ellas tenemos elocuentes ejemplos en Cortés dando a Juan R. de Villafuerte la efigie de los Remedios en una huida forzada, con el encargo de no perderla ni abandonarla aunque hubiesen de soltar el oro que llevaban; en Ojeda, llevando su Virgencita en brazos a través del terreno pantanoso de Camagüey durante un mes y exhortando a sus compañeros, desalentados, con la presentación de la imagen protectora; en Juan de Garay y en Gonzalo Pizarro, llevando abrazada la imagen querida al patibulo y dejándola como recuerdo el más querido al capellán que les asistió en su agonía.

Y para que no se diga que estos ejemplos son de personajes que el tiempo ha distanciado dos siglos de nosotros, podemos recordarles casos de la actual generación, como el del general Prim llevando y dejando su bastón de mando, terminada la campaña de Africa en 1860, ante la Virgen de la Misericordia de Reus; el del general Primo de Rivera haciendo lo mismo, después de sus victorias en el norte de Africa, en 1925, ante la Virgen del Pilar, y el de nuestro glorioso Caudillo y Jefe del Estado poniendo su espada victoriosa, en 1939, ante la Virgen de Atocha, como la había depositado, en ocasión memorable, el héroe de Lepanto.

Todavía más. Los generales que mandaron los Ejércitos de la independencia de América procedieron de igual manera que los caudillos españoles, poniendo San Martín su bastón de mando ante la Virgen del Carmen, proclamada Generala y Patrona del Ejército de los Andes, y Belgrano el suyo ante la Virgen de la Merced, de Tucumán, mientras que en Uruguay se venera con gran cariño la imagen de los «treinta y tres» fundadores de aquella nacionalidad. Y en los años 1949 y 1950, respectivamente, los argentinos y los mejicanos han traído a París y a Madrid efigies de Nuestra Señora de Luján y de Nuestra Señora de Guadalupe, para ser solemnemente coronadas en las capitales de Francia y de España, como trajeron los filipinos la

imagen de Nuestra Señora de Antipolo, y los mejicanos, la de Guadalupe al Santuario Nacional de la Gran Promesa, de Valladolid, en 1951, demostrando un fervor y una devoción cariñosa que no va en zaga a los sentimientos marianos de sus mayores.

Finalmente, para que nadie diga que éstas son «cosas de España» y de los hispanoamericanos, que desentonan con la mentalidad de pueblos con fama de más progresivos y avanzados en la cultura, queremos consignar que no de otra manera sienten franceses, italianos, alemanes, ingleses y norteamericanos en nuestros propios días.

Los franceses han paseado la Virgen de Boulogne, en 1946, por todas las regiones de Francia, celebrando una concentración enorme en el Estadio Olímpico de París el 7 de julio, bajo la presidencia del cardenal Suhard; han congregado cien mil ex combatientes venidos de los campos alemanes de concentración, el 7 de septiembre del mismo año, ante la explanada de Lourdes, donde cantaron a la Virgen y recibieron la sagrada comunión; en mayo de 1953 acudieron diez mil universitarios de París en peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Chartres, siendo centenares de miles los peregrinos de todo el país que van cada año al santuario de la Inmaculada, de Lourdes.

Los italianos, en la última campaña electoral, han movilizado, frente a la propaganda marxista, las «Madonnas» de los santuarios más famosos en las comarcas respectivas, como la de Nápoles y la de Pompeya, habiendo dicho uno de los jefes del comunismo italiano que las elecciones las había ganado «La Madonna». Y conocida es la devoción del pueblo italiano a sus santuarios y a sus efigies antiquísimas, como la «del Pópulo» y Santa María la Mayor, de Roma, como igualmente la multitud de peregrinaciones que está llevando a Sicilia el busto del Corazón Inmaculado de María en Siracusa.

Los alemanes, que vieron el desfile de doscientos mil adolescentes al templo de Nuestra Señora de A'tenburg el 30 de abril de 1950, han acclamado a la Virgen María en el Estadio de Berlín, en agosto de 1952, en la gran concentración de los católicos alemanes de ambos sectores, y acudieron en número de 16.000, en una sola peregrinación, al santuario de Nuestra Señora de Gracia, de Ehrenberg, en mayo de 1953.

Los ingleses, que reanudaron las antiguas peregrinaciones a los famosos santuarios marianos de Hualsinghan y Kristal todos los años, pasearon por las calles de un barrio de Londres, en septiembre de 1953, la imagen de María Santísima, y anuncian que una peregrinación del Reino Unido, presidida por el excelentísimo señor arzobispo de Westminster, traerá a Compostela y dejará en la basílica del Apóstol una reproducción de su queridísima Virgen de Hualsinghan, en el próximo mes de julio.

Los norteamericanos, que varias veces celebraron concentraciones con rosarios escénicos en el Campo de Polo, de Nueva York, están levantando en el mismo aeropuerto internacional de la gran urbe cosmopolita un templo a la Virgen de Fátima bajo el título de la Reina de la Paz, habiendo pedido piedras de los más antiguos y famosos templos de Europa para los cimientos del nuevo santuario.

Entre los protestantes de la secta anglocatólica, con una docena de templos en Londres, han colocado en ellos la imagen bendita de María y rútuos diciendo que una iglesia sin María es como un hogar sin Madre.

Respetemos, pues, y fomentemos los sentimientos marianos de nuestros pueblos sencillos, congratulándonos de ver a las generaciones actuales vibrando al unísono con las generaciones pasadas y cobijándose como ellas bajo el manto de María, entonando, como los españoles de antaño, el «Salve, Regina», de San Pedro de Mezonzo, y el «Ave, Regina coelorum, ave Domina angelorum», de la liturgia cuaresmal.

La Virgen sigue mostrando en sus brazos a Jesús, fruto bendito de tu vientra, y atrayendo hacia El las almas y los corazones de sus devotos, pues hoy, como siempre, es verdad lo que cantó el poeta: «Quien busca el buen vino, lo halla en la vña; Quien quiere el buen trigo, lo tiene en la espiga; Quien a Jesús busca, lo encuentra en María.»

LA RIQUEZA DEL AGRO ASTURIANO

AUMENTA DE AÑO EN AÑO

SE HA CONVERTIDO EN UNA GENEROSA FUENTE DE DIVISAS LA EXPORTACION DE SIDRA

PRADERAS Y MONTES PRODUCEN ANUALMENTE 600 MILLONES DE PESETAS



Tiradores de sidra, en una romería de Asturias

A lo mejor resulta exagerado esto de decir que lo más importante de Asturias consiste en que es una tierra con sorpresa. Pero aunque sea un poco exagerado, quiero empezar diciéndolo. Porque la verdad es que a uno —lo mismo en relatos orales que escritos— le habían «contado» defectuosamente Asturias. Incluso literatos de mucha rúbrica—no es novedad que la región los ha dado muy gloriosos—nos han ofrecido versiones demasiado difusas e incompletas de los valores que configuran categóricamente a esta tierra. Tal vez no sea lícito, por otra parte, exigirles mayor rigor informativo a los literatos, que al fin y al cabo bastante tienen con inventarse la realidad, y sería excesivo pedirles que, además, la conociesen por menudo. Esto debe quedarse para los periodistas, que, después de todo, no somos otra cosa que la pura infantería de las letras, como alguien ha dicho. Y sin duda por esto, porque nos acercamos a pie y humildemente a las cosas, éstas suelen hacernos revelaciones estupendas. Echar pie a tierra suele ser un ejercicio fructuoso, incluso como penitencia literaria. Recuerde si no el lector que el único libro que sigue salvando todavía a Eugenio Noel del purgatorio hermético del olvi-

do es un reportaje de andar, ver y contar que se titula «España nervio a nervio». Hace ya mucho que los españoles actuales le hubieran cortado a Noel la melena de su vigencia literaria si él no hubiese acertado a recordarnos periódicamente en ese libro un puñado de cosas de la tierra y el hombre—del espíritu del hombre y la tierra, claro—que habían naufragado en el general desdén.

A ratos por gusto y a veces por necesidad, he andado a pie bastantes kilómetros en Asturias, y no me arrepiento. Con la prisa en contra, me di cuenta en seguida de que si a las urgencias les añadía la velocidad del automóvil y del tren, me quedaría «in albis», igual que la curiosidad de esos pasajeros asomados a la ventanilla de un expreso, ante cuyos ojos pasa el paisaje como un tarjetón soplado y borroso.

No es que uno pretenda puerilmente descubrir el curso del Nación. Se trata de algo mucho más próximo a las posibilidades modestísimas de uno: añadirle unas notas de observación directa a eso que tantas veces nos han contado sobre Asturias, con su aséptica objetividad, la estadística y la Leika.

Hemos dicho antes que Asturias es una tierra de sorpresas,

y conviene advertir al lector sobre el carácter paradójico de esta afirmación. Porque la gran sorpresa que Asturias ofrece al viajero es, precisamente, su secreto a voces, la cualidad más proclamada e insistida de esta región: su fecundidad, su riqueza, su abundancia. Es una opulencia que sale al paso en cada lugar, en cada rincón—montaña, valle o litoral—con gloriosa impudicia. Y ante la que la única actitud congruente es el asombro.

HAY QUE CONTAR CON EL CAMPO

Sin que se sepa bien por qué, la apreciación vulgar hace gravitar la importancia económica de Asturias sobre el subsuelo y sobre el mar. Para el apresurado juicio de muchos, esta región apenas tiene otras fuentes de riqueza que la mina y la pesca. La rentabilidad de la tierra es considerada como un valor secundario, más bien oscurecido por ciertas apreciaciones líricas del paisaje. Quizá también aquí los árboles impidan ver el bosque; pero, desde luego, es seguro que el mozo gaitero y la rapaza de altas almadreñas y rojo refajo dedicada a labores de pura égloga han polarizado toda la aten-

ción de quienes no ven más allá de la superficie de las cosas.

La estadística es un producto de cuya aridez huye mucha gente, que busca el perezoso refugio de las referencias imprecisas. Las cuales, a cambio de su adobo literario más o menos sabroso, dejan todos los cabos por atar y convierten los hechos en un ambiguo artículo de confitería. Pero como aquí no se trata de servir hajaldres, el lector nos va a permitir que demos un dato estadístico del que se puede deducir que el agro asturiano tiene—independientemente de su aprovechamiento lírico—una importancia económica de primer orden: 27.500 hectáreas de cultivo, cuya producción media de patatas es de 2.190.000 quintales métricos, rinden anualmente alrededor de 260 millones de pesetas. Y, sin exprimir demasiado el limón estadístico, todavía podemos ofrecer otras cifras significativas: Asturias produce hortalizas por valor de más de 45 millones de pesetas; su cosecha anual de remolacha azucarera representa nueve millones de pesetas, y la producción de maíz está valorada en 200 millones de pesetas.

Pero hay algo más importante que todo esto, y es que la riqueza agrícola de Asturias, impulsada por la racionalización de los cultivos, la mecanización de las explotaciones y la roturación de considerables extensiones que durante muchos años estuvieron abandonadas a monte, sigue una línea ascendente cuya progresión ha venido acentuándose en el último decenio.

EL AGRICULTOR ASTURIANO, ENEMIGO DE LA RUTINA

El agricultor asturiano posee una cualidad que no suele descubrirse en la psicología del campesino de otras regiones: el desdén por la rutina. Claro que el campesino asturiano responde a una serie de conceptos fijos en virtud de los cuales él se siente vinculado a una tradición de la que es fidelísimo celador. Pero el labriego astur tiene la virtud de acertar a hacer una sutil discriminación entre la tradición—que es su abuelo, su raigambre espiritual, su fe, su insobornable

posición moral ante las cosas de este mundo—y la rutina. En el orden laboral, sobre todo, el campesino transita con una estupenda agilidad hacia los procedimientos y los instrumentos nuevos. Hay que salvar de esta actitud, claro está, esos centenares de casos—que se dan en todo y siempre—de recalitrante fosilización en la rutina, en los viejos modos de hacer. Los agricultores han aceptado aquí el auxilio de la máquina en sus labores y, además, han atendido los consejos técnicos en cuanto a la implantación de nuevos cultivos.

La introducción del cultivo del tabaco en Asturias constituye buena prueba de ello. Durante muchos años se admitió que las condiciones del clima no favorecerían en Asturias las plantaciones de tabaco. Era, por tanto, un cultivo al que los agricultores, con justificado recelo, se resistían. La vida del campesino está, en general, apremiada por unas urgencias económicas que no se concilian bien con el ensayo que no ofrece, de antemano, ciertas garantías de buen resultado. Bastó, sin embargo, que a través de las cátedras ambulantes de divulgación agropecuaria se aconsejase a los campesinos asturianos que probasen en sus terrenos el cultivo del tabaco para que se decidiesen a ello. El éxito fué alentador. Dentro de las limitaciones que la propia delicadeza del cultivo—no apto para todos los terrenos ni climas—impone, las plantaciones de tabaco se extendieron por Asturias. Y hoy día sólo Sevilla, Las Palmas, Córdoba, Santa Cruz de Tenerife y Navarra superan, en cantidad, la producción tabaquera de Asturias. En cuanto a la calidad, el mejor tabaco de España, según dictamen de los técnicos divulgados por el propio Ministerio de Agricultura, es el que se produce en Asturias.

LA «ESPICHA» EN UN VIEJO «LLAGAR»

Si el lector nos lo permite, nos tomaremos un ligero vagar para echar un trago. Uno ha superado ya su inicial temor a hacer el ridículo al echar la sidra natural, y ha entrado en una sidrería. La cosa es más fácil de lo que me esperaba, pues a los que no son del país es el personal del establecimiento quien les sirve la sidra en el vaso. El arte del «chador» es un arte difícil que requiere medida y aplomo, buen pulso y, sobre todo, solera. Los asturianos tienen la legítima pretensión de que solo ellos echan bien la sidra—de acuerdo con los módulos clásicos de altura, finura de chorro y espuma—, del mismo modo que los gallegos pretendemos que sólo nosotros pronunciamos bien la equis a la hora de leer a Rosalía. Hay, sin embar-

go, un caso excepcional. Lo constituye Manolo, un paisano mio que hizo nuestra guerra como brigada y al licenciarse se caso con una asturiana y puso un bar en Oviedo. Manolo da de tal modo la medida clásica como echador de sidra, que hasta los asturianos permiten que sea él quien se la sirva en el vaso.

En el bar de Manolo conocí a Fernando Cueva, nieto de Joaquin Torre, uno de los sidreros más famosos de Asturias. Como la sidra es una especie de ganza de la cordialidad, pronto, de mi soledad en Asturias, pasé a tener media docena de alegres amigos. Y a las seis de la tarde del mismo día entrábamos todos en el viejo «llagar» de Joaquin Torre, en Collocto. Allí, en obsequio a nosotros, se desarrolló el rito dionisiaco de la «espicha» con arreglo a una ortodoxia rigurosa. Saltó la espita de un tonel de 16.000 litros y la rubia catarata de la sidra cantó en el cristal del vaso su jubilo verso rabelésiano. Corrió entre la rueda de bebedores el mismo vaso, porque es preceptivo que cada grupo solidario de ingurgitadores de sidra utilice uno solo. Como medida de higiene, a cada libación individual se imprime un movimiento de rotación al resto del «culín» hacia los bordes del vaso.

El «llagar» de Joaquin Torre ocupa una larga nave de suelo terrizo, que recibe la luz por unos altos ventanos defendidos con barrotes de hierro. Arrimadas a las paredes hay apretadas hileras de grandes cubas. A la parte trasera de la nave está la pomarada, que tiene ahora un aire melancólico, con los manzanos desnudos y el terreno enfangado.

Subo con dificultad a un entarimado de madera que hace, dentro del «llagar», una especie de segundo piso. Desde allí veo perfectamente la vieja prensa de torno, que me recuerda esas xilografías donde aparecen manipulando en su tórculo, los primeros impresores. La prensa tiene una capacidad de encajonamiento de cerca de catorce toneladas de pulpa, que se convierten en 10.000 litros—unas 14.000 botellas—de sidra natural.

La sidra natural tiene una elaboración sencilla, al menos esto se deduce de la explicación de sus operaciones. La manzana, tras una selección previa, pasa a una trituradora mecánica, desde la que es trasladada a unos cilindros de piedra que la reducen a una pasta apta ya para la operación de la prensa. El líquido que se obtiene en el lagar va por unos canales a las tinajas de mosto y ulteriormente se trasiega de éstas a los toneles donde la sidra fermenta y se conserva hasta la hora de ser embotellada. Entre la primera manipulación a que es sometida la manzana y el instante en que la sidra de la nueva cosecha se considera comercialmente apta para ser consumida han transcurrido aproximadamente tres meses.

El mapa sidrero de Asturias tiene sus más altos relieves de producción en una zona de más de 5.000 hectáreas, contorneada por Lugones, Grao, San Román de Candamo, Fierros, Pola de Siero, Caleyó, Las Segadas, Mieres, Pola de Lena... Para quienes miran hacia el complejo económico de

Con suma facilidad...

hará que le admiren por su

CULTURA GENERAL Y ORTOGRAFIA

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia





Un grupo de asturianos se dispone a escanciar el sabroso caldo de la región

la región asturiana con ojos superficiales de turistas, puede que el rendimiento monetario de la sidra se les parezca un poco a los dineros del sacristán, que «cantando se vienen, cantando se van». Sin embargo, estamos en condiciones de demostrar que la sidra—buena parte de la cual se exporta al extranjero—constituye uno de los renglones principales de la economía asturiana.

EL AROMA DEL TERRU- NO EMBOTELLADO

En Madrid también se bebe—no pretendemos que sea una primera noticia para nadie—la sidra natural. Hay en la capital de España algo así como media docena de establecimientos donde se vende la sidra «verde».

No sé qué dirán los entendidos—a cuyo fallo, en última instancia, me someto—, pero a mí me parece que la sidra, cuando pasa el Pajares, pierde algunas de sus más sutiles calidades, probablemente de esas que ni siquiera están en el sabor de la bebida, sino en la respetable fantasía del bebedor.

De todos modos, la sidra que más se consume fuera de Asturias es la que sus propios productores llaman «champañada». Es la bebida clásica de las fiestas apacibles y domésticas, que se reserva para las personas a quienes otros tragos más fuertes se les suban pronto a la cabeza y para las que tienen el estómago delicado.

El proceso de elaboración de la sidra «champañada» es, inicialmente, el mismo de la sidra natural, aunque instrumentado de un modo rigurosamente mecánico. Del silo de recepción donde es lavada a presión pasa la matzana, a través de un elevador de cangliones, a las trituradoras, y de éstas a la prensa continua donde se obtiene la primera si-

dra o sidra de lágrima. De la prensa continua la pulpa es trasladada a la prensa hidráulica, que funciona a una presión de 350 kilogrametros y permite reprimir 1.000 kilos de pulpa en veinte minutos. (De la celeridad del procedimiento da idea, como contraste, el hecho de que en un «llagar» de husillo o torno se necesitan cinco días para prensar 12.000 kilos de pulpa.) Ya en las vasijas se le añaden a la sidra los fermentos obtenidos mediante cultivos de laboratorio. Por último, la sidra, después de trasegada a una cuba agitadora donde se hace la mezcla de licor y azúcar, pasa al filtro, de éste al saturador y posteriormente a la llenadora rotativa de botellas.

En sidra «champañada» mojan sus nostalgias los asturianos que andan sembrados por el mundo. Hasta ellos no puede llegar la sidra natural y se conforman con este sucedáneo dulce, que les lleva el aroma antiguo de las cosas entrañables.

LA SIDRA PASADA POR AGUA

Por el puerto del Musel sale, para los asturianos que viven lejos, mucha terrufera alegría embotellada. Aparte los envíos que se destinan a Nueva York y a Jamaica, los países de Hispanoamérica absorben la totalidad de las exportaciones de sidra asturiana. Es curioso y significativo el dato de que las importaciones de cada país sean proporcionales a la densidad de las colonias asturianas respectivas. Cuba, naturalmente, figura en cabeza. La colonia asturiana de la Isla es no sólo numerosa, sino, además, económicamente fuerte. Buena parte del co-

mercado de Cuba está en manos asturianas. La colonia es generosa en su riqueza y celebra sus fiestas con rumbo. Es frecuente el caso del asturiano radicado en Cuba que, cuando la fortuna le ha sido propicia, sufraga la construcción de una escuela, una iglesia, una biblioteca o un camino vecinal en su terruño.

Aparte de que tenga sus buenos números para los libros de asiento, también tiene sus cifras para las matemáticas del corazón el hecho de que del 1 de enero al 31 de diciembre de 1952 hayan salido del Musel, consignadas al puerto de La Habana, 134.435 cajas, con un contenido total de 3.226.440 medias botellas de sidra. En el mismo período de tiempo fueron enviadas al puerto de Santiago de Cuba 121.320 medias botellas; 138.000, a San Juan de Puerto Rico; 85.040 a Veracruz; 134.280, a La Guaira; 37.320, a Ciudad Trujillo. A los puertos de Nueva York, Panamá, Guayaquil, Puerto Barrios, el Callao y Tampico se mandaron remesas de menor importancia.

Del 1 de enero al 31 de diciembre de 1953 fueron embarcadas para La Habana 3.178.880 medias botellas; 180.528, para Santiago de Cuba; 167.520, para Veracruz; 96.000, para San Juan de Puerto Rico; 134.280, para La Guaira; 38.832, para Ciudad Trujillo. Los demás puertos citados en el párrafo anterior recibieron durante 1953 partidas de un volumen semejante a las de 1952.

Con un doble sentido—utilitario y generoso—, que no tiene por qué ocultar ninguna de sus dos caras, se puede pedir que Dios les conserve la sed a los asturianos que andan por el mundo.

LA POMARADA

Ya está visto que el manzano y sus frutos tienen, en el paisaje asturiano, una importancia mu-



Mientras suena el pito y el tamboril, que el valle recogerá en su fragancia, los mozos asturianos hacen un alto en el baile para refrescar las gargantas con la dulce y fresca sidra. ¡Así se tira, chaval!

cho mayor que la que se deduce de su estricta presencia ornamental. La transformación industrial de la manzana ha venido convirtiéndose, a través de los años, en una generosa fuente de divisas. El mercado de Hispanoamérica se ha ensanchado, en los últimos tiempos, para la sidra asturiana. Por otra parte, la manzana destinada como fruta al mercado interior produce anualmente cerca de ocho millones de pesetas.

Da gozo caminar a través de estas enormes pomaradas. Incluso ahora, cuando apenas apuntan tímidamente sus brotes primaverales, el espectáculo de las grandes masas de árboles erguidos sobre un suelo de jugoso verdor es bellissimo. Periodísticamente: hay que tenerle un poco de miedo a este paisaje, porque si no

se busca el rígido contrapunto del dato informativo, se cae en el riesgo de la vana declamación retórica.

Hay en Asturias 3.400 hectáreas de terreno plantadas de manzanos cuyo fruto no se somete a transformación industrial. Se calculan 220 árboles por hectárea, de manera que son, en total, unos 835.000. Que rinden al año alrededor de 40.000 quintales métricos de fruta.

Los manzanos sidreros ocupan 5.220 hectáreas y rinden, por término medio anual, 156.600 quintales métricos, valorados en unos 16 millones de pesetas.

Con las prensas de husillo se obtienen de 60 a 65 litros de sidra por cada 100 kilos de man-

zana; con las prensas hidráulicas —utilizadas exclusivamente, hasta ahora, por las fábricas de sidra «champanada»—el rendimiento se eleva a 80 por 100.

Cuando escribo estas notas se vende en Oviedo la sidra nueva a 2,60 la botella de tres cuartos de litro. Parece, a simple vista, un precio asequible, y desde luego lo es para los habitantes de una región como ésta, eminentemente rica. Pero, si se hacen cuentas, resulta más bien cara. Porque se trata de una bebida de baja graduación alcohólica—unos seis grados—, de la que el bebedor medianamente avezado tiene que trasegar al estómago cantidades oceánicas si quiere sentir su cosquilleo.

Para aviso de navegantes, uno quiere advertir que la sidra, según afirman sus consumidores más fieles y curtidos, tiene al día siguiente una resaca suave y algodonosa, sin angustias estomacales ni plomos en la cabeza. Si, además permite llegar a la oficina a tiempo para firmar, vale la pena.

TAMBIEN LAS PRADERAS TIENEN SU ESTADISTICA

Las praderas asturianas han sido y siguen siendo un lugar común muy frecuentado por la rutina literaria. Aparte las ilustres plumas indígenas, que han obtenido de las praderas estupendo fondo para sus narraciones, apenas si ha habido—dentro o fuera de la región—joven escritor que alguna vez no sintiese—los paisajes verdes suelen tener un atractivo literario irresistible—la tentación de la pradera.

Sobre terreno tan abonado y explotado literariamente se nos va a permitir a nosotros que planteemos la escueta arquitectura de unos datos estadísticos. Así como así—y guardando los debidos respetos a la retórica—, uno ha venido a Asturias para hablar de la geografía en su aprovechamiento más prosaico.

Hay en la región 263.200 hectáreas dedicadas a pradera, de las que se obtienen anualmente 561.400.000 pesetas. El monte bajo, con pastos, ocupa 244.300 hectáreas, cuyo rendimiento por año asciende a 24.430.000 pesetas.

La verdad es que no sabe uno cómo quedarán las praderas y los montes así, sin azucarados aditamentos líricos. Pero también es cierto que la casualidad no nos ha favorecido demasiado en esta ocasión. Ni siquiera hemos podido llevarnos a los ojos una moza de refajo bermejo y altas madreñas bailando sobre el prado verdecido al son de la gaita, mientras las vacas repican con los cuernos en el pandero verdiazul de la mañana adolescente. Otra vez será.

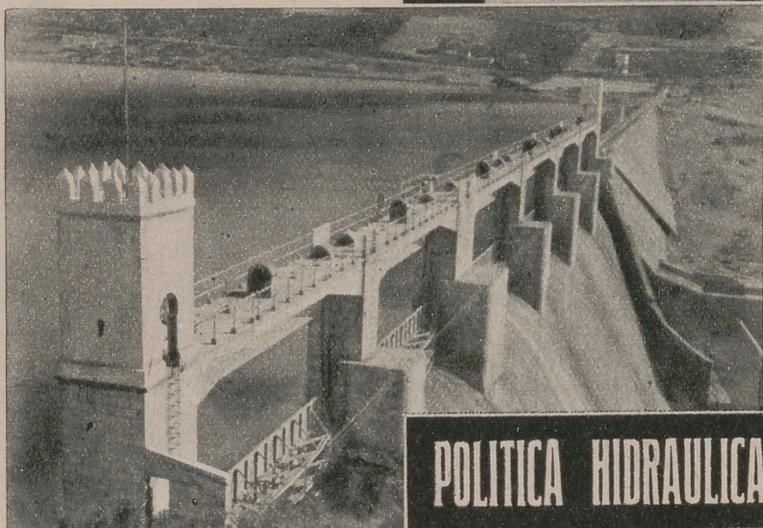
Carlos RIVERO
(Enviado especial)



En una fábrica de sidra, las empleadas se disponen a la tarea de embalar las botellas que recorrerán más tarde los establecimientos de otras tierras

EL ESFUERZO DEL ATLAS

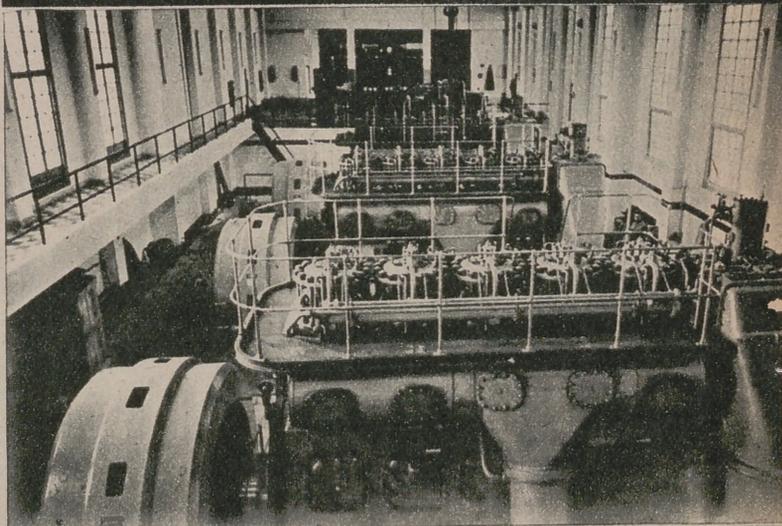
UN OBJETIVO CUBIERTO EN LA BATALLA ECONOMICA DE NUESTRO PROTECTORADO MARROQUI



POLITICA HIDRAULICA Y ORDENACION FORESTAL

ES bien sintomático de rapidez y ganas de hacer el que hasta los que se llamaron Planes quinquenales de revalorización marroquí empiecen a tener una periodicidad trienal. Toda una serie de objetivos en cadena han sido ya cubiertos en la batalla de la economía marroquí de nuestra Zona protegida, donde en estos momentos, después de la oportuna «preparación artillera», el teniente general García-Valiño ha pasado a la ofensiva en ese verdadero combate por la puesta en valor de las tierras y los hombres de la Zona.

El nuevo Plan de Revalorización, publicado por dahir, o sea decreto majseniano, en el «Boletín Oficial de la Zona», establece para un plazo de tres años una serie de realizaciones para la construcción de viviendas protegidas, escuelas rurales, fomento de la riqueza agrícola, forestal y ganadera, así como el refuerzo de las obras públicas, de gran interés económico y social, que se llevan a cabo en los centros más



Arriba, izquierda: Vista de la presa de Ali Thelat, en el río Lau.—Abajo: Nave interior de la central térmica de reserva de Electras Marroquí en Tetuán

vitales en la actualidad o en el futuro de este territorio.

Otro acierto más lo constituye ese Plan Trienal de Revalorización Económica, de objetivos bien concretos, pero de consecuencias bienhechoras tan ciertas como imprevisibles en toda su trascendencia en un floreciente futuro.

EL CAMINO A LA INDUSTRIALIZACIÓN

Fácilmente puede comprenderse que en un país tan poco extenso como es el Marruecos de protección española, toda potenciación económica y toda mejora hace impacto y da en el blanco con gran fuerza; de ahí que el Plan Trienal cuya puesta en práctica comienza ahora hace concebir muy fundadas esperanzas.

Ese Plan de tres años allanará el camino a la industrialización del espacio marroquí protegido por nuestro país, que si bien es cierto que en la actualidad cuenta con su industria propia, aunque en fase de crecimiento, tiene intocadas y vírgenes posibilidades mucho más grandes en ese gran aspecto de su economía territorial.

Es tan falsa la idea de un Marruecos español predesértico como la que crea que las instalaciones industriales, medianas o pequeñas, están totalmente ausentes de esa avanzada africana que es nuestro entrañable Marruecos, mirador del Estrecho y palco proscénico del mundo. No vamos a decir que las fábricas sean tan abundantes como el alcornoque en el territorio del Lucus o como la nieve en Ketama; la industria no es aquí la regla, pero sí es una feliz excepción cada día más abundante.

PEQUEÑAS FABRICAS DE PLANTEL

Las muestras fabriles, actualmente radicadas en este territorio protegido, pueden escalonarse, en su casi totalidad, de la siguiente manera: fábricas de conservas de pescado; de crin vegetal; elaboración de tabacos; industrias del curtido y del calzado; producción industrializada de caramelos, bombones y pasteles; elaboración de la madera, desde la sierra mecánica al mueble; fabricación de mosaicos y ladrillos; cerillas; frío industrial; harineras; fábricas de pasta de sopa; jabón; gaseosas y jarabes; fabricación de papel; elaboración del aceite de ballena y cachalote; fábricas de alcohol y de aceites esenciales... y muchas otras industrias de carácter menor y casi doméstico en las que entra toda la gama y tipismo de la gran

artesanía marroquí, que, a veces, utilizan talleres mayores y hasta modernos.

A esta lista escalonada podemos añadir las últimas industrias llegadas a esta economía territorial o que están en fase muy adelantada de instalación. Son las siguientes: Una fábrica de cemento Portland capaz de producir 75.000 toneladas al año. Una fábrica de celulosa, papel y cartón que utiliza como materia prima la madera de cedro, el esparto, el palmito y la paja de algunos cereales. La producción de esa fábrica es de 15 toneladas diarias de celulosas diversas. Una fábrica de productos químicos, que en principio produce ya cuatro toneladas diarias de sosa electrolítica y siete toneladas al día de fosfato bicálcico. Y otra fábrica de superfosfatos, con una capacidad de producción de toneladas, 16.000 anuales de este producto.

COMO FRAILES MENORES SOBRE BORRICOS MINIMOS

Todo esto anteriormente expuesto tiene que llamar la atención a quienes se hayan formado de Marruecos una imagen de pandereta y zoco. Una estampa exclusivamente pastoril de cabrillas saltarinas y barbudas, como chivos, que trepan por las barrancadas de piedra y matorral. Esa visión del micro cansado por una historia de siglos, embutido y encapuchado en su chilaba casi franciscana, por los viejos caminos de herradura del Mogreb, como frailes menores sobre borricos mínimos.

El Marruecos al paso lento de borrico que sostiene a un musulmán de cabeza inclinada existe, pero también es verdad que ese mismo Marruecos despierta y sabe ponerse al galope de corceles de crin encrespada y correr la pólvora en un reguero de bríosas cabalgaduras de sangre árabe que en unos segundos forman el más dinámico y sobrecogedor de los espectáculos.

Los corrillos boquiabiertos ante el narrador de leyendas y cuentos orientales o en torno de los encantadores de serpientes encierran un dinamismo quieto, una potencia subcutánea en su pasividad que parece de medula y es tan sólo de pellejo. Como una explosión de un polvorín, en un instante puede amotinarse un zoco a una rapidez en la que la acción se adelanta, por lo instintivo, hasta al mismo pensamiento.

CIVILIZACION Y ECONOMIA DE CONTRASTES

Es verdad que existe una honda y viva raíz tradicional, pero también es cierto que Marruecos tiene una economía de contrastes y que si sus ciudades quedaran enterradas por una gran catástrofe, los futuros arqueólogos que las excavasen se encontrarían con graves problemas a descifrar con las neveras y frigoríficos al lado del puchero moruno, entre artículos de plástico y nylon, arseres de vieja cocina marroquí, carrocerías de automóviles aerodinámicos, guitarrines y gummies, maquinillas eléctricas de afeitarse, largas pipas de fumar drogas, mecheros que no precisan piedra ni esencia, teteras, panderos y chirimías, aparatos de radio con instalación de «video» o de televisión...; dos series distintas de artefactos técnicos con otras pequeñas divisiones creadas por los modos de vida de razas distintas y religiones que conviven en un mismo tiempo y lugar.

En las admirables ruinas de Pompeya, tan impresionantes y bien conservadas, no hay grandes problemas arqueológicos, pero imaginemos lo que sería de un Tángier de grandes edificios con pretensiones de rascacielos y Casba moruna o de un Tetuán, con sus tres barrios bien distintos y sus comercios de indios, si fueran soterradas de golpe y pudiesen conservarse para pasmo y cavilación de los arqueólogos del porvenir.

BARNIZ MODERNO SOBRE EL FONDO TRADICIONAL

Preciso es que se tenga en cuenta que aquí conviven distintas civilizaciones y técnicas de vida, cuya expresión más moderna es, la mayoría de las veces, sólo un barniz sobre el fondo de la fuerte autenticidad tradicional.

En pocos lugares del mundo se dará tan perfecta convivencia entre el fondo de creencias y culturas con los avances de la técnica, sin que unos y otros se interfieran ni creen disonancias. Aquí, con el mayor respeto hacia lo tradicional, se adopta la técnica moderna en sus últimas expresiones, y nadie se escandaliza si entre la clase más acomodada de la sociedad marroquí, en una ceremonia de boda, en vez del acostumbrado palanquín, un automóvil de lujo va en busca de la novia para llevarla, sola y velada, por las calles al son de los panderos y cantos tradicionales.

No faltarían capitales españolas de provincia que quisieran tener para sí los trolebuses, los grandes almacenes y los hoteles de primer orden que Tetuán tiene, con su intensa vida moderna y comercial de gran lujo. El rango capitalino de esa cabeza del Protectorado español, que de provinciana no tiene casi nada, bien lo quisieran algunas de nuestras pequeñas ciudades históricas, si pudieran lograrlo sin renunciar a su categoría de europeas. El movimiento comercial, el gran lujo del ensanche o barrio español tetuani y hasta la intensa vida del espíritu se puede discutir si lo



El ganado lanar tiene gran desarrollo en la zona del Protectorado, cifrándose en más de medio millón el número de cabezas

tienen en más o en menos otras de sus ciudades hermanas de la Península, pero lo que es seguro que ninguna de nuestras capitales tiene es ese prodigioso salto atrás que supone el barrio moro o la judería; ese atavismo hacia la Edad Media de una organización gremial en una ciudad que hasta en lo urbanístico es de contrastes.

DE LA ARENA DE LA PLAYA A LA NIEVE EN LA MONTAÑA

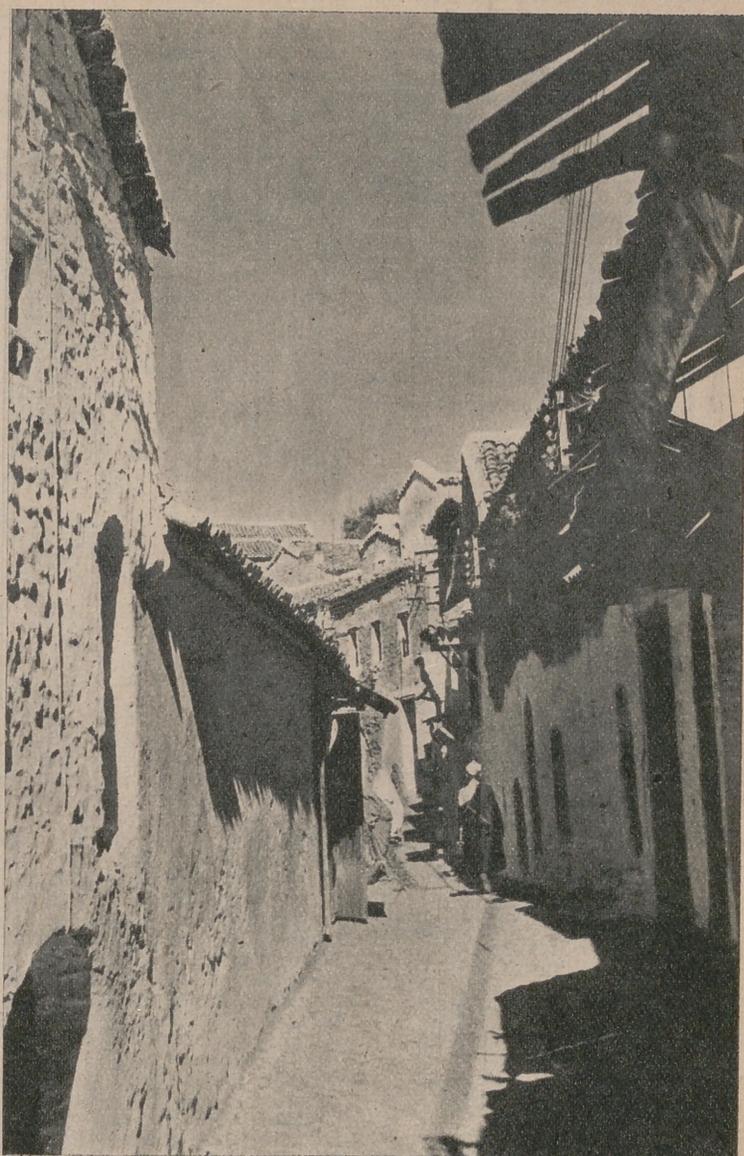
El minarete y el gran edificio bancario, el baño árabe y la modernísima central telefónica, la vieja mazmorra y el garaje aparcadero de los trolebuses. Una ciudad en la que cualquier noche, al salir de un cinematógrafo con pantalla panorámica, se puede uno encontrar con el paso del palanquín de novia y el pandereco de un cortejo nupcial, y donde al lado de ejemplos palpables de un delicioso primitivismo de las artes y hasta de una sencillez de costumbres en el pueblo están la gran vida de sociedad de distintas razas y los centros culturales de categoría más que regional con ciclos de conferencia de gran altura. Y es que eso es Marruecos, una tierra de contrastes en el medio físico, desde la arena de la playa, superabundante de conchas, hasta la nieve de Ketama; en el medio humano desde la cabila pequeña y blanca colgada como nido de águilas entre peñascos y sobre barrancadas hasta el casino urbano, desde el canturreo de la corania hasta el examen final de la Politécnica, y en el medio espiritual, por encima de los contrastes de grupos y razas, el gran contraste que sobre la sensibilidad despierta del marroquí han logrado los veinticinco años de pacificación española en este territorio convertidos últimamente en revalorizadores de la economía territorial que, junto con la acertada política de comprensiva y humanística, producen no solamente el avance en los medios materiales, sino que perfecciona, cada vez más, una forma ya perfecta de convivencia.

PREFERENCIA A LA ESCUELA, LA AGRICULTURA Y LA VIVIENDA

Pero volvamos al Plan Trienal de Revalorización, que en su capítulo de refuerzo a la enseñanza destina tres millones de pesetas solamente para la adquisición de solares para escuelas y centros de enseñanza. Para la edificación de escuelas musulmanas en el medio rural empleará 9.900.000 pesetas. Seis millones más para la instalación de esas escuelas primarias en las cabilas y un millón y medio para la instalación y acondicionamiento de escuelas en el medio urbano.

En el capítulo de la revalorización agrícola y ganadera se destinan en el trienio 36 millones para obras y plantaciones agrícolas, incluido el pago del personal de las mismas. Y un millón y medio para adquirir sementales y la construcción de cuatro nuevos consultorios veterinarios.

Referente a las viviendas protegidas, se señala, en primer lugar, la terminación del grupo de 400 casas para musulmanes en la barriada «General García-Valiño»,



Un viejo rincón de Xauen, la «ciudad santa y misteriosa» de las siete puertas

de Tetuán, que constituyen el primer gran ejemplo en la Zona de realizaciones sociales de este tipo, que se proyecta ampliar a otras poblaciones.

IMPORTANCIA HIDRAULICA Y FORESTAL

También la ordenación forestal y la adaptación de pistas de saca tiene su importante apartado en el Plan Trienal de Revalorización, que quiere proteger el suelo librándolo de los efectos de las torrenteras, al mismo tiempo que se realizan grandes repoblaciones forestales y plantaciones de vid, higueras, almendros, algarrobos y otras especies adaptadas a climas secos.

Y mientras esto ocurre siguen adelante las obras que se realizan en la cuenca del Lau y del Martín y la puesta en riego de terrenos mediante aguas superficiales y afloración de otras subterráneas en Adir, Zeluán y Necor.

En el Plan Trienal se reconoce la importancia que la repoblación arbórea tiene en el porvenir de Marruecos, ya que el arbolado puede imprimir casi por sí solo un carácter progresivo al suelo,

el clima y los montes, y con ello a la economía general del Protectorado.

Puede hablarse de una vocación forestal del suelo marroquí, pese a la relativa proximidad de los 500 millones de hectáreas del Sáhara.

Se ve que no sólo es preciso detener la regresión forestal, sino regenerar las masas degradadas y hacer plantaciones nuevas.

El alcornoque es la más importante especie arbórea, y se extiende desde Larache a Targuist. De él se aprovecha el corcho, la cascá, la bellota, la leña y el carbón.

LAS TRAVIESAS SALEN DEL BOSQUE

Al alcornoque le siguen en importancia el cedro, los montes de pinsapo y roble, que proporciona actualmente gran cantidad de traviesas a los ferrocarriles españoles a través de las explotaciones forestales de la R. E. N. F. E. Como especie resinosa hay que citar a la tuya articulada de la región oriental, que compite con las maderas de nogales en el chapado de muebles finos. También el

palmito y el esparto se explotan en gran escala en las regiones central, oriental y occidental, con empleo de mucha mano de obra.

Para los estudios y realizaciones de repoblación arbórea se ha creado el Laboratorio de Investigaciones Forestales de Marruecos, que funciona dentro del Vivero Central de Larache, donde se hacen interesantes experiencias de silvicultura moderna y se han establecido los curiosos «arborescences» experimentales, en los que los procesos de adaptación y crecimiento de las diversas especies están bajo condiciones controladas y en los que se logra un cada vez mayor aprovechamiento de la acción de los agentes naturales, que —según dicen en aquel establecimiento— son los verdaderos productores del Servicio de Montes.

LOS ESPEJISMOS DE MARRUECOS

El bosque alto y la nieve no están entre los elementos con los cuales el desconocedor de la realidad compone su imagen sobre el Marruecos español, que creen que es una zona completamente pedregosa y desértica. Cierto que resulta difícil imaginarse un Marruecos que tiene zonas con vegetación arbórea casi nórdica y nieves casi perpetuas, pero esa es la verdad de algunas comarcas de esta zona aunque la desconozcan muchas personas, que tienen de ella una idea fantástica.

Otra de las importantes fuentes de riqueza de la Zona marroquí de protección española la constituye la minería. Los minerales de hierro del Rif tienen renombre mundial, pero también son importantes los de plomo, cinc, antimonio, cobre, manganeso y bentonitas, así como algunos minerales raros, como son el circonio, niobio, berilio y titanio.

DOS MILLONES Y MEDIO DE CABEZAS

Y no olvidemos a la riqueza ganadera, que está en la Zona extremadamente diluida y alcanza a pobres y a ricos, ya que raro es el habitante que no posee algunos ejemplares de una u otra especie. La estadística ganadera de nuestro Protectorado de Marruecos se puede fijar en dos millones y medio de cabezas de ganado, incluidas todas las espe-

cies, y como la estadística de habitantes es de un millón, aproximadamente, resulta que a cada uno corresponde dos cabezas y media de ganado, que es una cantidad excepcional en las estadísticas pecuarias de cualquier país.

La llamada selección a la inversa consiste en eliminar por castración o por matadero aquellos ejemplares que constituyen un peso muerto en la economía ganadera. Pues hay que decir que esa selección a la inversa ha encontrado grandes inconvenientes en Marruecos a causa de las normas de carácter religioso que prohíben la castración. Todo animal castrado aumenta de peso y calidad de carnes y proporciona mayores rendimientos al ser destinada a abasto. Ha costado y costará aún mucho vencer esa prohibición en beneficio de la economía.

LA INTRODUCCION DE LOS SEMENTALES

Una de las finalidades que se persiguen con la introducción de sementales de los depósitos de España es el aumento de alzada del ganado marroquí, aunque esa alzada además de por cruce, puede ser lograda con una alimentación racional y superabundante.

Los Servicios de Ganadería de Marruecos español cuentan con 20 consultorios veterinarios, que forman una cadena por todo el territorio.

También la industria apícola ha convencido a los marroquíes, que han visto cómo esas explotaciones bien dirigidas, producen muy saneados ingresos, sin que requiera casi el menor esfuerzo físico. Con una extracción por temporada basta, lo cual ha sido una muy buena noticia para los indígenas, muchos de los cuales tienen ya establecidas las colmenas artificiales.

Desde hace escasamente cinco años una nueva riqueza agroindustrial ha entrado triunfalmente en la economía marroquí; nos referimos a las plantaciones de algodón, que ha beneficiado ya a muchos millares de agricultores indígenas modestos y medianos. El desarrollo del algodón en Marruecos español se ha producido al mismo tiempo del gigantesco impulso que el cultivo de esa fibra ha tenido en nuestra Península en los últimos cin-

co años, y a este florecimiento del campo marroquí ha contribuido decisivamente el centro de investigaciones algodoneras de la estación sevillana de Tabladilla.

RIQUEZAS COMPLEMENTARIAS Y ASOCIADAS

Las industrias de desmotar y desborrar la fibra algodonera, así como la confección de balas y hasta los telares, tienen que ser una consecuencia natural de la implantación de este cultivo en la Zona de nuestro Protectorado, por lo que hay que añadir esos establecimientos fabriles, así como los de la industria del corcho, a las ya citadas como posibles en el futuro de la economía marroquí.

Como puede verse, tiene muchos aspectos esperanzadores el Plan Trienal de Revalorización de Riquezas de Marruecos, donde la acción protectora de España se difunde por todo el territorio en múltiples facetas de orden económico y humano, todas ellas encaminadas a una elevación del nivel de vida con la puesta en valor, cada vez más alto, del hombre por la cultura y la técnica, y de la economía por un aprovechamiento racional de todos los recursos que ofrecen las fuentes de riqueza naturales y las que, aprovechando éstas pueden crearse sobre el terreno como son las de carácter industrial que aprovechen los subproductos agrícolas y las materias primas del bosque, la pesca y la minería.

En algunos aspectos, no despreciables, la economía de la Zona protegida de Marruecos es complementaria de nuestra economía nacional, por lo que toda revalorización de las fuentes de riqueza marroquíes repercute favorablemente en la riqueza y renta nacional española por ese sistema de economía asociada que mantiene el Marruecos español respecto a nuestra Patria.

EL RESPETO A LA «CIUDAD SANTA»

Y todas esas medidas de progreso económico se encaminan, tanto o más que al avance material, al de las relaciones humanas y del espíritu. No van, por tanto, contra las tradiciones, siempre que sean compatibles con la civilización moderna y la higiene social que ésta le va consi-giendo. Se busca una perfección que no es en detrimento de la autenticidad y el tipismo, sino que quiere que cada una de las cosas autóctonas y buenas se intensifiquen cada vez más por el camino de lo que ya ahora son en esencia.

La modernización del Protectorado no va contra lo que es y simboliza Xauen, o, mejor dicho, Xauen, la «ciudad santa y misteriosa», la población sagrada de las siete puertas que ha sido conservada intacta y pura dentro del mejor gusto nativo, al pie de los grandes montes de Kala y de Magot, como una perla en la concha de rocales gigantescos. Xauen primaria y autóctona, en la quebrada y junto a los grandes chorros de agua de roca, con ese encantador aire alpujarreño que se refleja hasta en esas mujeres que no llevan velo, sino un manto blanco que pende de la cabeza. Esas mujeres musulmanas, cuando cruzan con un hom-



La vieja ciudad de Xauen conserva intactas y puras sus tradicionales costumbres, al pie de los grandes montes de Kala y de Magot

bre que las mira, toman con la mano uno de los bordes del manto y hacen con él un gesto leve, en el que insinúan una intención de taparse el rostro. Ya basta. El pudor ha quedado a salvo con una insinuación casi de coquetería, y pueden seguir, así, tranquilas sus andares de gracia andaluza, que hasta puede cosechar por las calles de Xauen algún pipropo sefardita en español antiguo.

LAS NIETAS DEL VIEJO SEFARAD

Cuando el 14 de octubre de 1920 las fuerzas del Protectorado llevaron sus clarines hasta los montes de Xauen, los cautivadores iban a quedar cautivados por aquella misteriosa ciudad, cuyos habitantes, reunidos en la plaza de Uta el Hamman, los recibirían con amables frases sefardíes y hasta gritos de «¡Viva Isabel II!», según las últimas noticias de carácter dinástico que en octubre de 1920 habían llegado a aquellos rocals procedentes de la Península.

Contra Xauen no va el avance técnico. Contra los ojos negrísimos de aquellas moriscas integrales, pero sin velo, que al paso de un hombre que las mira cruzan sobre el rostro un pico del manto, no va la acción civilizadora de España, que, además de respetar la raíz original de la tierra, tiene que ver con buenos ojos esa mirada de «zabache», que es el mismo mirar alpujarreño de la antigua y amada Andalucía morisca, o son los ojos de las nietas del viejo Sefarad.

En la carretera, a la entrada de la ciudad, hay una lápida que dice: «Xauen. Población de abo-lengo andaluz, fundada por Muley Alí ben Rachid en el año 1471.—Fue tomada por las fuerzas del Protectorado el día 14 de octubre de 1920.—El espíritu religioso de sus habitantes hace que sea llamada por algunos la «ciudad santa y misteriosa».—Se os ruega que al visitarla procuréis extremar vuestros respetos por las costumbres y creencias de este pueblo.»

SE MANTIENE EL FUEGO DE LA LAMPARA VOTIVA

Sobre los grandes espaldares de rocas; sobre los ventisqueros altísimos, que sirven de retablo de fondo a la «ciudad santa», tienen sus camadas silvestres los monos, cuyo chirriar distrae el paso de los caminantes montañeses de chilaba parda que, por caminos salvajes, con sus fuertes botas de retazos de cuero, llegan en los días de zoco.

Contra ese tipismo tradicional, no va tampoco la acción civilizadora del Protectorado, que ha-ta en lo arquitectónico ha sabido respetar la encantadora y reverencial medina. El Parador de Turismo de Xauen, que, a diferencia de otros edificios españoles, está enmarcado en pleno tipismo, han tenido en cuenta la línea autóctona y hasta ha adquirido ese color rojizo y como flameante que tan bien va en un lugar propicio, y hasta casi obligado, a la lámpara votiva.

En cambio, el barrio europeo está lejos, en un hondo y como de rodillas ante la pequeña Meca de Marruecos español, la ciudad



La ganadería de nuestro Protectorado marroquí representa uno de grandes valores de su economía

de bermellones, de blanco y azul, con tejados de dos vertientes, como un pueblo serrano, y con callejas que se descuelgan por la quebrada, junto al tajo de aguas saltarinas.

EN ALCAZARQUIVIR, EL ZOCO MAS GRANDE

Y es que la pequeña Xauen está llena de regazos, como pliegues de un fino jaique blanco. Esa ciudad matriz y respetada, misteriosa, embrujadora y santa.

Y Larache con sus paseos de Palmeras, su espléndido mirador del Atlántico, la belleza luminosa de sus jardines con pérgolas que tamizan el sol. Fertilidad del Lucus, que parece culminar en la abierta exuberancia de esos campos y en el enmarque monumental de la plaza de España, y hasta en la intimidad indígena del Zoco chico, como en perpetuo mercado de productos de la tierra y objetos labrados por la paciencia del hombre. Y Alcazarquivir, casi en el límite de la demarcación con la Zona francesa, que celebra una vez a la semana el más grande mercado de todo el Protectorado, con encantadores de serpientes, con el narrador de leyendas, tenderetes de quita y pon y bakalitos fijos. Los zocos son varios en Alcazarquivir, y hasta si fuera preciso la llanura podría convertirse en un gran espacio de mercar. Ciudad abierta y sin castillo, aunque con sus restos de murallas también, como para atestiguar que ha habido guerras por aquellos campos férciles, que fueron precisamente los de la pérdida del rey don Sebastián, el valiente monarca cuya vuelta espera todavía un sebastianismo portugués cargado de «caudales» y de poesía.

VIEJOS CAÑONES PEDREROS Y VIGIA DE PIRATAS

Las Mocidade hicieron marchas de recuerdo patriótico por Alcazarquivir, como también estuvieron en Arcila, que esa si tiene muy fuertes murallas, torreones, puertas y hasta cañones antiguos bien emplazados todavía, como para defenderse aún de las piraterías que llegaban por el mar. Ese mar de Arcila que besa las mismas plantas del soberbio palacio del Raisuni, cuyas cristale-

ras desafían la brisa y guardan de todo embate el repujado de las salas y los patios.

Y, después de cruzar los bosques de Ketama y el Llano Amarillo, al otro lado de la Zona, en la parte oriental, Villa Sanjurjo, tan española; nacida del desembarco de Alhucemas, moderna y de calles anchas, con hermosos edificios rodeados de jardines. Villa Sanjurjo es un ejemplo claro de la capacidad colonizadora de nuestro Protectorado, que ha hecho surgir allí una bella ciudad sobre lo que era un pedregal infecundo. Para más belleza de aquellos lugares y de la bahía que lleva su nombre, la isla de Alhucemas parece, con sus blancas edificaciones, un barco anclado frente a la costa; pero esa isla ya no es Protectorado, sino que pertenece a la soberanía nacional.

DOS BANDERAS ENTRANABLES

Los planes de mejora y su oportuna realización llegan, puede decirse, que a todo lugar de los cinco territorios, desde las playas de los dos mares hasta las altas montañas, en un cambio de paisaje y de fertilidades, con ciudades grandes y chicas, con poblados y cabilas. Por las carreteras y caminos del Marruecos español, letreros indicadores señalan el emplazamiento de las obras públicas, la distancia a los núcleos urbanos, la proximidad de una curva y contracurva o de un paso que requiera particular atención. A una revuelta del camino puede aparecer un monte en cuya falda se dibuja un gigantesco distintivo de los soldados Regulares o de la Legión. Puede haber la sorpresa de un pequeño poblado moderno donde no se sospechaba o de una de las Intervenciones españolas repartidas por la Zona.

Y esas dos banderas siempre. Esas dos banderas entrañables y hermanas que parecen cumplimentarse para el lado más honroso con la hidalguía con que la nuestra insiste, una y otra vez, en llevar a su diestra, como montándole guardia y protección, a la bandera de los marroquíes.

F. COSTA TORRO

(Enviado especial)

FUE una de las otras veces del mundo...
EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hom-
breee! ¿Una de las otras veces del mundo?
AUTOR.—¿Quién inventa, usted o yo?
EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hom-
breee!

AUTOR.—Cuando cuente usted, cuente como
quiera. Ahora, a callar.

EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hom-
breee! Su intransigencia es una tiranía inaguanta-
ble.

AUTOR.—¿Llama usted tiranía a esto? Vuélva
los ojos a su alrededor, a este mundo posbélico-
prebélico, y dígame si no quiere entrar en la in-
vención que le ofrezco. ¿Dónde lo va a pasar me-
jor? Y olvídense de su ciencia, amigo. En la vida
que va usted a vivir rigen otras leyes. Y si le abu-
rrimos, nos deja y listo. ¡Mira tú que llamarle a
esto tiranía!

(El hombre de mucha ciencia quiere explicar sus
profundas observaciones.)

AUTOR.—Disciplina señor científico. Mucha aten-
ción porque la lógica de lo fantástico es incom-
prendible para los que saben demasiado.

EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hom-
breee! ¿Se puede saber demasiado?

AUTOR.—¡A callar!

Fué una de las otras veces del mundo. No se ha-
bía hundido la Atlántida y Nueva York y Sevilla

estaban enlazados por un puente de már-
mol rosa de millo-
nes de ojos. En-
tonces se via-
jaba con el pen-
samiento. Bas-
taba con asirse
al «Verificador
de ideas», un ci-
lindro horizon-
tal sensibilísimo
que estaba en el
pescante de un

CUANDO DON FELIX VENDIO LA GIRALDA

NOVELA

Por Ramón de GARCIASOL

chisme que se llamaba «Idiomóvil», debido al im-
pulso motor, y éste se ponía en marcha a velo-
cidades inconcebibles para nosotros.

Para hacernos idea de la maravilla arquitectóni-
ca, pensemos que el puente de mármol rosa, hecho
de encaje de bolillos y eternidad, tenía 12 kilóme-
tros de anchura y se elevaba 350 metros sobre el
nivel del océano en las partes que pasaba sobre él.

A pesar del admirable y delicado progreso mecá-
nico, los hombres y las mujeres eran como hoy, in-
capaces de sentido propio. Ya no había catástro-
fes, esas ayudillas de los periodistas para desen-
gasar de tanto latazo políticoeditorial, donde todo
se resuelve a pedir de estómago. Pero había críme-
nes pasionales verdaderamente preciosos. Y pobres
y ricos, que no se privaban de nada, principalmen-
te después de la firma del «statu quo», que garan-
tizaba el equilibrio mundial.

Aunque nos desviemos un poco, contaremos la
historia de los pobres y los ricos, ejemplar y con-
movedora, para pintar un poco el clima moral de
la época.

(AUTOR.—Le ruego, señor de mucha ciencia, que
no rufunfúe y se aguarde hasta el final, o no jue-
go. A pesar de su mudez, veo que revienta de ganas
de poner peros. ¡Silencio!)

Estos insensatos—los pobres y los ricos—se lleva-
ban a matar, sobre todo a partir del infausto día,
por otro lado faustísimo, ésa es la verdad, en que
a uno de los secretarios de la honrada pobreza se
le ocurrió aquel pareado tan estúpido y tan gra-
cioso que decía, poco más o menos:

«Cuanto más rico,
más borrico.»

La facies se extendió en forma de abanico a
velocidades superiores a los trescientos mil kilo-
metros por segundo, según todos los cálculos, y en
un periquete, medida muy en boga a la sazón,
de la que apenas si habla algo un tal Einstein, se
pobló el mundo de repeticiones del desaborido es-
tribillo.

Y lo que son las ccas, ¿eh? Hubo una gravísta-
ma crisis de ricos, porque nadie quería serlo, ni
aun los que estaban más podridos de millones. Fue
preciso que interviniese el «Archipámpano», que
arbitró una solución pública y otra privada, que
no acabaron de convencer, como nos prueba la re-
pugnancia que todavía hoy sienten los hombres
por la riqueza.

La solución pública puede resumirse así: «No es lícito desertar del Estado que nos dió la naturaleza y el estraperlo». Esto se discutió mucho, con citas de los libros más viejos de este ladrón de mundo.

La solución privada más humana, a decir verdad, consistió en aconsejar si no sería conveniente aconsejar quizá, salvo mejor opinión y más rara doctrina, y teniendo en cuenta los intereses de las partes en litigio sin hacer menosprecio de los más altos intereses de la colectividad, bien entendido que la sugestión, y únicamente mera sugestión, no implicaba en modo alguno fuerza o menoscabo para ninguna de las honradísimas partes litigantes, ya que ambos, ricos y pobres, o pobres y ricos, «que tanto monta en nuestro paternal y diligente corazón»—decía, a este tenor literal, el «Archipámpano», y casi aseguraría que montaban todavía más los pobres, que le sobrecargaban con sus alifafes y monsergas, «a los que tal vez sería conveniente poner remedio», según se afirmaba textualmente y nosotros entrecomillamos, porque, y esta advertencia es nuestra, sacada de documentos que tenemos a disposición de cualquiera que nos mande sellos contra reembolso, los pobres se iban poniendo pachuchos y asquerosillos en demasía... En total, y para no seguir copiando al pie de la letra el famoso texto, la solución privada insinuó que se hiciese una segunda aleyuya que neutralizase los perniciosísimos efectos de la primera en los jóvenes mancebos de menos de dieciocho años.

Como sabéis, y si no, yo os lo digo bajo mi honrada palabra, el «Archipámpano», que por aquellas calendas se llamaba Videzueta, que significa vidita o bidorra, según otros filólogos menos afectuosos, tenía una autoridad inmensa. Pero es el caso que los botargas de los pobres llevaban la ventaja del consonante, seamos justos. «Rico» y «borricon», se decía por los expertos de la época, eran dos palabras nacidas para rimar. Sin embargo, para rimar con pobre no hay nombres contundentes. Y a pesar de que se compulsaron todos los diccionarios de la rima editados hasta la fecha, no hubo forma humana de topar con la palabra mágica que dejase hechos polvo a los esmirriados pobres, si bien que favorecidos por la fortuna en el aleyuístico conflicto, como han reconocido todos los historiadores de mayor solvencia. Al fin, ya os supondréis tras de qué titánicos esfuerzos, se logró un pareado, un poco birrioso, todo hay que decirlo, y no menos retorcidillo en lo que respecta a la fluencia del verso, flor de laboratorio más que ocurrencia de la calle. El pareado, para que juzguéis, rezaba así:

«Al pobre,
caldo de cobre.»

El «Archipámpano» tembló perceptiblemente al conocer la obra de los ricos, primer premio de un concurso internacional de aleyuyas muy bien retribuido, al que no se presentó ningún poeta, porque entonces todos ellos pertenecían a la sufrida y prolífica clase pobre. Y tembló el «Archipámpano», como queda registrado, porque la primera aleyuya era una broma, una afirmación, según ciertos visos, gratuita, difícil de negar, porque, según los jueces, probar la negativa es peliagudo o pelicalviable (asir un pelo en una calva). La segunda, y de aquí viene la fama de su sagaz penetración, excedía los límites de lo jocoso para entrar de hoz y coz en la amenaza. ¡Y qué amenaza, a convenir en los argumentos que dió en su «Defensa de los pobres sin ofensa de los ricos, o todos somos hermanos, pero sin avasallar!»

Caldo de cobre—sigo su cerrada argumentación—era caldo de campana, cobre hirviendo. Eso era tanto como desear la muerte a los pobres, lo que no estaba permitido en sanos principios morales, y más si se tiene en cuenta que los pobres se mueren solos y de cien mil maneras, a elegir. Si se había inventado el hambre de cuya eficacia nadie puede dudar si quiere merecer el nombre de avisado caballero—arguía el «Archipámpano», ¿para qué deseares la muerte en indigno e ineficaz pareado? Entonces una Comisión de ricos le explicó que lo de «caldo de cobre» no tenía sentido lógico, sino que era obligación, servidumbre al consonante. Se mencionaba lo del cobre para que rimase con pobre, para que pegase, pero no era verdad. El «Archipámpano» quedó satisfecho, aunque recomendó que se destruyesen públicamente las aleyuyas que podían acarrear la guerra incivil entre los dos pilares de la sociedad.

Se hizo tal y como quería su paternal y planetario corazón. En la plaza de la Concordia—que por esto, y desde entonces, colea el nombrecito en to-

das las capitales de provincia—, como dan fe los documentos de aquel evo, se quemaron unas monismas aleyuyas simbólicas de plexiglás, mientras comisiones y representaciones de pobres y ricos agarrados de la mano, una blanca y otra negra, para que hiciese más vistoso, decían «¡Viva! ¡Viva!», alrededor de la hoguera, que chisporroteaba y flameaba con júbilo.

El «Archipámpano», cuando recibió la palomita azul del telegrama, dijo la frase histórica: «¡Ya me puedo morir tranquilo!» Y vivió hasta los ciento y dos años, día más o menos, gracias al suero que habían descubierto unos sabios peludos que llevaban noventa años dedicados a eso en las riberas del Mar Negro, y a creer a una crónica tachada de parcial por la historiografía crítica, gracias asimismo a unos latigazos de tinto bien administrados.

Para cerrar, liquidar y no volver a tocar más el tema de la aleyuya que pudo cargarse la civilización, dicho sin protocolo, se acordó que todos los hombres en edad de ello jurasen por su honor porcurrir olvidar las malditas aleyuyas. Los ricos se obligaron a repetir tres veces al día, de todo corazón, este bello parado:

«Al pobre,
lo que sobre.»

Por su parte, los pobrecillos pobres, que dijeron solemnemente que a generosidad, rumbo y dar lo que sea no les ganaba nadie, prohibieron que se volviese ni a pensar aquello de:

«Cuanto más rico,
más horrico.»

y se susurrase en su lugar:

«Cuanto más rico...,
ya me entiendes.»

Hubo sus protestas, escasas, por cierto, porque si pegaba o no pegaba, y por si caía o no caía en verso, y hubo un momento en que faltó tanto así para que las fiestas del auto de fe de las aleyuyas no acabasen de mala manera.

Finalmente, unos ancianos, volviendo por pasivo el argumento del «Archipámpano», de que la aleyuya de los ricos pegaba, pero no era verdad probaron que al de los generosos pobres no pegaba, aunque era verdad. Gracias a la astuta solución, que marca una fecha, y aun mejor diría un hito, en los anales de la hermenéutica y el compromiso, los jorgicos fraternales acabaron como es debido, y al anochecer, para llegar a tiempo a sus casas y que no les riñeran sus cónyuges, con sus banderitas en al mano y sus lacitos en las solapas, que también tenían ojos entonces, regresaron los ricos y los pobres del braceté, contentos y por parejas, unos a sus hogares, otros a la pajolera calle, mientras se gastaban bromas inocentes acerca de sus mujeres y de la paternidad de la prole.

Decíamos hace un valiente rato que por las calendas que nos ocupan, aunque no había catástrofes, había sus crímenes, y sus pobres, y sus ricos, y sus pequeños ricos conjugales. Las diversiones, a creer a distinguidos cronistas coetáneos que no nos han hecho nada y a varios microfílmicos que hemos visto muy reservadamente, eran análogas a las nuestras: el amor, el vino y la pelea sana, si bien con alguna que otra palabrota, lo que era muy mal visto y peor oído. Varios despistados visitaban los domingos la Sierra o las cercanías pobladas de abedules, según la fortuna, y las gentes hablaban mal unas de otras que era un encanto. La explicación de esa tendencia, muy constante en la Historia, es que así se aguzaba el ingenio, que no quedaba muy bien afilado con hambre solo; se pulía la capacidad dialéctica, más inofensiva e incurrente que el empleo de las extremidades inferiores.

En esta época que acabamos de describir como buanamente nos ha permitido la documentación que hemos podido allegar, vivía don Félix, héroe de nuestro relato, verídico como los haya. Don Félix era hombre muy de su tiempo y enmemoriscado de sus instituciones seculares. Don Félix, en fin, ya que no había ninguna ley prohibitiva en este sentido, amaba y bebía en los ratos de ocio. Era, por si el dato fuese revelador, ayudante en la Universidad y especialista en rutas turísticas, ya que el inglés, si no se le daba como hongos, no le era esquivo, y los vinos, jaranas y cantares tenían en él un devoto, como le gustaba decir, motivo por el cual nosotros ponemos aquí la frase, respetando su santísima voluntad.

Con un criterio rígido, el tal don Félix no resultaba muy trueno, pues no se le notaba demasiado por dónde iba, ni armaba camorra con nadie, ni achacaba a las manchas solares lo que se notaba por las mañanas en la cabeza. Le dejaremos en se-

mitrueno, camastrón y célibe empedernido, pero simpático. Le conocían en todas partes. Como decía doña Virtudes, la solterona que se despepitaba viéndole pasar, era la gracia de Sevilla en hombre. Entendía de toros como el que los inventó, y aunque semitrueno, eso sí, y hay que ser puntuales, respetaba las tradiciones y monumentos de su ciudad, de la que no había salido nunca.

—¿No se aburre usted, don Félix, siempre en la misma ciudad?—le preguntaban algunos ingleses zanjullargos con cara de caballo.

—¡Qué va, mister! Sevilla, para mí, es como un traje bonito y usado, en el que siempre se va a gusto y cada día satisface más.

Los ingleses turistas, siempre avisados y comprensivos, no cazaban bien aquello de ponerse una ciudad como si fuera un vestido, y no preguntaban porque las palabras no se han hecho para preguntar, sino para guardarlas en diccionarios muy gordos.

A pesar de su afición al «peñascaró», como denominaba amistosamente al marcapio y al blanqueo, sabía beber con talento, y nadie le vió más allá de a medios pelos, porque se acostaba cuando no había ni serenos por la calle.

—El que no sepa llevar el vino con decoro, que no le beba. El está ahí y no se mete con nadie. Con dejarle, arreglado—decía muy serio—. ¡El vino! ¡Casi nada!—remataba, echándole teatro y una especie de tos de tuberculoso en las últimas, entre frase y frase. Las dos expresiones finales eran como un resumen de decálogo. Impresionaba oírsele decir porque, a más de la tos opaca, sacaba voz de castañuelas hechas con madera de ataúdes antiguos:— ¡El vino! ¡Casi nada!

Y se le venía a Sevilla toda su antigüedad y morenez a la boca, y el aire se ponía a contar historias milenarias, y la luz se adelgazaba y llenaba de suspiros.

—El secreto está en saberlo mingitar—pontificaba metiéndole la nariz en la boca a un «miste» que le oía embobado sin ningún esfuerzo—. Vino que se pasa por el serpentin de la vejiga, deja alegría y se lleva volumen. Porque lo que hace daño es el volumen, no la alegría. ¿Estamos?

El «miste» se ponía coloradillo y decía «yes», pidiendo perdón en francés por haberlo dicho en inglés, acabando por decir «sí» a la media hora.

—¡El vino! ¡Casi nada! Pero no quiero hablar, porque para hablar de esto hay que hacerlo revestido de pontifical y bajo palio. ¡El vino, Santo Dios!

Y sacudía un castañuelazo con la lengua de cigüeña machacando el ajo. En los suspiros enamorados de don Félix se resumía la brujería, la magia, la ciencia y todo lo que no se puede decir, aunque escarbe por las entretelas del izquierdo, según achulada expresión muy típica de él.

A don Félix no se le había conocido ningún amor, aunque se susurrase que tenía sus tapadillos o «cortaos» como algunos hijos de vecino. La realidad es que era muy discreto y nadie podía acusarle de haberle visto en postura antiestética en algún vericuetto del parque de María Luisa.

Como habréis notado, don Félix era rico, pues se permitía el lujo de ser ayudante de la Universidad por amor a la ciencia, ya que la ayudantía era un cargo, si no honorífico, por lo menos gratuito. No le había tentado la vanidad de la cátedra, de la política, de escribir versos o de tener un hogar.

—Todo nada, amigos. La fija—decía besándose la uña del dedo gordo sostenido por el de disparar—es que un día le llevan a uno con los pies «palante» y le cantan la tremenda. Esta es la fetén—agregaba elevando solemnemente la caña de manzanilla, que era lo que tenía exactamente en la mano cuando dijo la sentencia, encogiendo los hombros y sacando el labio inferior, quedándosele cara de haberse tragado una mosca.

—No somos nadie, don Félix—convenía algún concurdáneo sorbiendo aire sinfónicamente por las narices.

Se hacía un silencio dramático, con redobles lejanos de tambores enlutados; palidecía el vino hasta disfrazarse de agua, al revés que de ordinario, y a los viejos les daba hipo.

Entonces don Félix, con un valor temerario, rompía aquella mugre seria que iba solidificando el ambiente y mandaba con la llaneza del noble de nación:

—Otra rondita, que esto se enfría. Y de cosas tristes, ni una palabra más. Maldita sea el agua que se usa para algo más que no sea cristianarse o lavarse los «pieses».

Rara vez le daba filosófica a don Félix, del que

me parece, ahora que caigo, que estoy hablando demasiado. Cuando acontecía esto, lloraba como un becerro, diciendo que su mamita de su alma no le iba a querer; que era una vergüenza que se viese en aquel estado; que sí patatín, que sí patatán, que sí blanco, que sí negro. Total, queremos decir que le daba llorona. Pero se consolaba de la llantina báquica con un argumento en el que tenía mucha fe. Algún «mal'ange» o encantador su enemigo le debía haber puesto algo en el vino. Si no, de qué.

—¿Cómo, si no—preguntaba, explicando—, una cosa tan buena como el vino puede obligar a llorar a un hombre y hacerle perder la cabeza?

Como veis por los datos sueltos que os doy, don Félix, solterón, de un pueblecito cercano a Sevilla, en la que le destetaron y de la que no salió, ateniéndose a lo que sabemos hasta este momento, no podía ser famoso ni tendríamos por qué ocuparnos de él. Por lo que llevamos dicho, así como por otro dato que nos llega ahora mismo—no padecía enfermedad infectocontagiosa y podía desempeñar cargos públicos—, no hubiese pasado de una normal mediocridad. Llamarse don Félix y tener uno sesenta y cinco de talla, eso le puede pasar a cualquiera en cuanto se descuide. Es cierto que también tenía una calva primorosa, que llevaba con mucha solamidad, pero no es insólito. ¿Que doña Virtudes le adoraba en silencio? Eso es mejor que no nos pase a ninguno de nosotros, por muchas razones que no me van a obligar ustedes a poner aquí una tras otra.

En cuatro palabras o alguna más: Don Félix era un tipo vulgar. Y lo sería hoy mismo, aun muerto y requetemuerto, si la fortuna no le hubiese distinguido uniéndole con óleos inmortales, por decirlo a lo finclis. Porque, y esto es lo bueno...

(EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hombreee!

AUTOR.—Hombre, ¿qué?

EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hombreee! Que si esto es lo bueno, nos podía haber ahorrado lo anterior.

AUTOR.—Lleva usted razón, pero, y guárdeme el secreto: si no se camelea un algo y se le echa cuento al cuento, ¿qué cuento iba a contar uno?

EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hombreee! Le diré.

AUTOR.—No se moleste. Si se mete usted a decir, no sé lo que va a quedar para mí. ¿No se hace cargo?

EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA.—¡Hombreee! De pe a pa.)

Como iba a decir, lo bueno fué que don Félix vendió la Girelda. Y lo estupendo es que se la compraron. La cosa, poco más o menos, fué como sigue.

Una noche coincidieron con don Félix unos turistas, que resultaron norteamericanos y amigos de los buenos caldos españoles. Al principio, don Félix estaba con su chato en su rincón del colmado. Llevaba capa porque era diciembre y porque el abrigo es una larga camisa de fuerza que no abriga, y él era friolero y no estaba loco. A más, solía decir, explicando su metafísica de la pañosa, la capa se la pone uno, sin que valgan ayudas de nadie. «Morir, amar y ponerse la capa son faenas intransferibles», sentenciaba. Y no era por orgullo, aunque fuese una hirsuta afirmación de su individualidad racial.

—Hay que decir el abrigo—predicaba ante fieles alcaides—, porque vale para todos. Y hay que afirmar mi capa, porque cada uno tiene la suya. La libertad del hombre empieza detrás de su capa. Mi capa es mi castillo. El abrigo le cae a cualquiera, pero para llevar capa hace falta haber nacido con un don. Es el tipo, y el ritmo, y... ¿qué les voy a decir? La capa es la capa.

Aquella noche famosa en la Historia don Félix estaba en su rincón, porque don Félix era de los que tienen un lugar en cada sitio y un sitio en el mundo. Los yanquis enhebraban las copas, con remilgos de novato al principio y con cierta euforia a medida que se les calentaba el morro. Don Félix, que llevaba mucho rato en su rincón, o en su cátedra, viendo pasar el tiempo en silencio, ya había atravesado la barra de la tristeza y estaba en la alta mar de la serenidad. Empezaba a notarse el plomo de la vida convertido en oro por arte y gracia del vino. Y como la alegría no tiene idioma y se entiende por señas y viaje en la misma onda emocional, y como los «pavos de extranjis chamullaban» el indígena bien que mal, pues, ¡vaya!, se entendieron con sólo mirarse a los ojos.

—¿Un «schhatto»?—ofreció mister Smith.

—Uno es ninguno—replicó don Félix, en minis-

tro plenipotenciario del vino de Jerez, del de toda Andalucía y, por extensión, del de España entera—Uno y cien mil.

—Ole—dijo, sin acentuar, la «girda» rubianca que acompañaba a mister Smith.

—Pero con una condición. Lo que aquí se beba corre de mi cuenta. Están ustedes en su casa, ¿entendido?

—«Thank you».

—«El n'a pas de quoi», gracias—poligloteó don Félix.

La rubianca compañera de mister Smith tuvo la vena de ponerse la capa de don Félix, nombre que hubo que explicarla lentamente, entre lingotazo va y lingotazo viene que echaba las penas de la sangre.

—Pídame la vida, «miss», pero no me pida la capa.

—«Mistress»—corrigió mister Smith.

—Perdón, «mistress». La capa, como las gafas, se hace a la medida y cuando se necesita nada más.

—Yo pago el deterioro, señor—aclaró mister Smith.

—Me ofende, mister. No se trata de eso. Usted tiene dólares, pastizara, que decimos nosotros—y hacia gráfica la moneda americana moviendo los dedos índice y pulgar de la mano derecha como para llamar a un minino—. Con dólares se compra una capa, pero no se compra una piel. Para mi capa, es decir, para mi pellejo, no hay dólares en el planeta tierra.

Los turistas, un poco calamocanos y tartamudeantes por el espíritu del vino, reían bovinamente y asentían a cabezazo limpio.

—Gracioso, ¿eh?—dijo ella.

—Formidable—aseguraba él.

—No les aconsejo que compren una capa porque, y no quisiera ofenderles, les iba a alterar la vida. Cada uno es mucho lo que se viste. Y una capa es algo... ¿cómo diría yo para que me comprendiesen?... es algo que deben haber llevado nuestros ascendientes.

—No importa—allanaba, con facilidad femenina, la mujer de mister Smith, porque era su legítima mujer, aunque se nos haya olvidado decirlo.

—Veo que no me entiende o yo no me explico, señora mía. Yo les puedo vender la Giralda, pongo por caso...

—Ole—aplaudía, sin acento y ensosando la exclamación, la señora Smith.

—...puesto a vender imposibles. ¡Pero mi capa, que es como la piel de mi casta!—ponderó en gestos don Félix.

—El señor—bisbisó misteriosamente un camarero al oído de Smith, que ya había perdido el «mister»—es el dueño de la Giralda.

Los norteamericanos no respiraban de emoción. —¿Y la vendería?—inquirió ansiosamente el Smith—. Nosotros pagaríamos—y se llevaba la mano izquierda al bolsillo de los cheques.

—No puedo. ¿Qué iba a hacer la Giralda entre rascacielos, sin saber ni pum de inglés y sin oír una copilla por lo «bajini» de vez en cuando o esconjarse con una tufarada de manzanilla?

—Pagaríamos el doble de lo que vale.

—Imposible.

—El triple.

—Anímese, don Félix, que eso es ponerse en razón—le jaleaba el camarero.

—Diez veces más—cfrecía, encandilado, mister Smith, que había recuperado el tratamiento.

—Y la estatua de la Libertad, de propina—añadía «mistress» Smith.

—Les veo tan animados, que casi me decido.

—Traiga más vino; todo el vino de Andalucía. Pago yo—mandaba, en plan de ocupación militar, el joven Smith, teniendo por paisaje de fondo la aviación y la marina yanquis, que tampoco eran mancas entonces.

—Pongo una condición—aclaraba don Félix.

—Firmo en blanco lo que sea—aseguraba el gran Smith.

Don Félix sabía que la potencia americana encarnada en Smith era producto de su voluntad, y carnada no ignoraba el lema del gran pueblo norteamericano: «Si es posible, hecho; si es imposible, se hará.» Su fe juvenil era despreciada y temida por el viejísimo don Félix. No obstante, siguió la broma.

—Mi condición es que salga la Giralda sin que la vea nadie, para evitar alteraciones de orden público.

—Hecho. Se creará la niebla artificial más espesa que nunca conoció Sevilla—planeaba el voluntarioso Smith—, y como estamos en diciembre, la culpa será del Guadalquivir.



—¿Y cuándo se la llevan?—preguntó con retintín don Félix.

—Esta misma noche. Ahora mismo.

Por artes de ingeniería mágica, con la limpieza de un prestidigitador—nada en esta mano, nada en esta mano, palmada y a desaparecer—, la Giralda pasó de Sevilla a Nueva York, palabra que ni aun castellanizada pudo pronunciar nunca la torre ceceante de la sal. Entre aquellos rascacielos uniformados, se hacía más menuda y femenina, y a ellos se les ponía más cara de bobos y larguiruchos, y se les inquietaba el hormigón armado, frito a calambres. Temblaban los armatostes de cemento, medio tarumbas y sonámbulos ante la torre esculpida y mareante, por culpa de aquel color de carne doncella, que tuvo la Giralda los primeros días. Después, acorralada por mastodotes sin línea curva, empezó a ponerse ojerosilla y paliducha.

—¿Qué he hecho yo para que me castiguen así?

—se decía, con el corazón encharcado de lágrimas, la pobre Giralda a la que se le agarrotaban las manos cuando quería hacer sonar los palillos.

Una mañana, un «mister», al pasar cerca de la torre arrancada de raíz, vio una especie de molusco de madera, sujetas las valvas en su corte recto por un cordón de seda roja. Eran las castañuelas que se le habían caído a la Giralda. El «mister» se complacía en pasar la mano por la madera pulida, una madera curada por los siglos, como hecha de cráneos, por lo que la voz de los crócalos—que también se dice así en la crítica musical—tiene esa profunda seriedad, esa ronca voz eterna, aun en lo más encendido e irracional de la juega.

Al «mister» le llamaba la atención, oscuramente, su forma. Aquel chirimbolo de concha peregrina, de concha venusina, de fuente femenina, le decía cosas que no se pueden repetir. Y lleno de miedo y de presagios, se las dejó al lado a su dueña y siguió a su oficina, a la que llegó con puntualidad de acontecimiento.

Otro día el médico que nombraron para la Giralda hasta que se aclimatase encontró que a la piedra y ladrillo color de sol y miel con olor de Andalucía se la desangraba el salero, el pigmento que la daba color; que se empescadillecía y no olía a nada.

—¿Cómo ha envejecido!—pensó, asustado, el médico de la torre, asociando el enterrador a su exclamación.

—¿Que me lleven a morir a Sevilla!—se quejaba, sin voz y sin que nadie la entendiese, la pobre Giralda.

Tuvo la obsesión, muy femenina, de mirarse al espejo. Pero como su espejo natural era el Guadalquivir, no pudo.

—Debo estar muy mala—suspiraba—. Si al menos me pudiese ver la cara. Pero los ojos se me corgan, la cabeza se me llena de ruido sordo de campanas y los cimientos se me debilitan. ¡Ay, mi Sevilla!

La morriña la iba ganando, haciéndola real la enfermedad. Estaba muy nerviosa y se asustaba por cualquier ruido. Se la había ido el sueño, y la luna, que era la misma de Sevilla, no la decía nada en Nueva York.

A pesar de que todo estaba en contra suya, tenía una ligera esperancilla de salvación, es decir, de evasión. No sabía por qué, pero la tenía. Y el corazón no engaña nunca a las torres.

Mientras tanto, y desde el mismo momento que empezamos a contar la vida y languidecimiento de la Giralda en Nueva York, en Sevilla se había alzado el vecindario al percatarse del robo. Nadie quería volver al trabajo. Hasta circularon manifiestos, naturalmente clandestinos, recomendando a los sevillanos dejarse morir de hambre antes que permitir el hecho increíble.

Lo gracioso del caso, según se deduce de algunos textos muy avaros de noticias, es que nadie se dió cuenta de la desaparición hasta las cuarenta y ocho horas de ocurrida. La famosa torre estaba tan metida en los ojos y la sangre de los sevillanos, sus campanas les sonaban en los oídos tan naturalmente, que al primero que hizo la observación le molieron a palos, porque les parecía demasiada guasa aun para Sevilla. Y era verdad la cosa, aunque ya se sabe que los precursores, si no acabados crucificados, no son precursores decentes. La Giralda estaba tan en los sevillanos, era tan ellos, que la veían aun sin estar. Fué necesario que se nombrase una Comisión de sabios que, después de palpar aire y de atravesar por el solar donde estuvo la Giralda, sin que se lo impidiese ningún obstáculo, dictaminaron que, efectivamente, la Giralda no estaba en su sitio.

No obstante el concienzudo informe técnico, redactado en regla y sin omitir detalle, aunque, por desgracia para nosotros, el precioso documento desapareció misteriosamente, no creyó nadie que fuese posible robar la Giralda. Mas, ¿cómo podía la ciencia equivocarse, y menos en una época en la que los chicos cantaban flamenco por diferenciales y hasta las parejas de novios se acaloraban discutiendo sobre la igualdad de lo distinto y la distinción de lo igual?

—¿Tendría gracia!—se decían para sus adentros los sevillanos, sin atreverse a creer lo que veían.

Al fin se hizo público por las autoridades un dato irrefutable: la carta dirigida al juez por el desventurado don Félix. Al principio el señor juez, que siempre debe tener la mosca en la oreja y no olvidar que las apariencias engañan, creyó que se trataba de una broma. El sobre con filete de luto le hizo dudar: el certificado de la carta empezó a desasosegarle, y cuando se verificó la certeza de lo que se decía en la carta por el personal subalterno a sus órdenes, ya no le cupo ni una duda tamaño, pongo por caso. Por su importancia esencial, nos creemos obligados a copiar la carta tal como ha llegado a nosotros. Nuestra probidad como historiadores de este caso nos obliga a decir que la carta parece inventada posteriormente a los hechos, si nos atenemos al carácter de la letra, que ya no era el que se emplea aquí. Asimismo, el suicidio de don Félix, que se collige de la carta referida, se ha puesto en duda por un Congreso Internacional para el Progreso de las Ciencias. Sea como sea, allá don Félix con su conciencia, y ahí va la carta con todos los amaños y falsedades que no hemos podido descubrir ni negar:

«Señor juez: Me mato porque no me deja vivir

el remordimiento. Anteayer vendí la Giralda a un tal Smith, de Nueva York. Creí que no sería capaz de llevársela. Al pasar a la mañana siguiente por donde solía estar, vi que había volado. Ya no fui a dar clase a la Universidad. ¿Para qué? Me reconozco culpable ante mí, ante mi pueblo, ante mi Patria, ante el mundo, por haber alterado el orden de la gracia. Ustedes me perdonarían, porque espero que la Giralda se haya escapado a estas horas y esté en camino, pero yo no me perdono. Debo morir y pagar, que el que paga descansa. Que me quemen y esparzan las cenizas por Despeñaperros, y que se borre mi nombre de los diccionarios enciclopédicos que le registren, para que con los siglos se olvide mi felonía. No fui yo; el vino fué el causante de mi desgracia. ¡El vino! ¡Casi nada!

Bueno, señor juez. Le dejo—y usted perdone—, porque tengo prisa, y no descansaré hasta haber hecho justicia en mí mismo. Siempre suyo affmo., Don Félix.»

Al enterarse el vecindario de la carta, gracias al noble procedimiento de fijación en las esquinas de ejemplares fotocopiados, las iracundas masas, embriagadas de cólera jupiterina, fomentada por algunos aficionados a la oratoria incandescente, fué y arrasó la morada de don Félix, lugar que hoy se conoce con el nombre pintiparado de «El solar».

Los Ayuntamientos de España, al tener conocimiento de la noticia, que no fué dada a las agencias hasta que se creyó prudente, se ofrecieron para lo que fuese servido su compadre sevillano. Y hasta hubo quien propuso una marcha nacional sobre Madrid en señal de protesta, seguida de la invasión de Nueva York. «¡Antes la guerra!», escribían a toda plana los periódicos de la tarde, que fueron los únicos que pudieron alcanzar el notición. «No tenemos de eso que define la virilidad si nos avenimos, si permanecemos inactivos ante el hecho consumado, si no propinamos un castigo ejemplar al ladrón. ¡Antes morir que conformarse!», dijo al día siguiente el mejor diario de la capital.

No hubo necesidad de recurrir a remedios heroicos porque, como suponía el supuesto vengador de sí mismo, el aventado don Félix, la Giralda, que se aburría indecentemente en Nueva York y adelgazaba desafiando al hilo de sisal, que también se exportaba entonces, una noche en que la huelga de la electricidad ensombrecía la enorme capital norteamericana, orientada por su instinto, se largó de Nueva York y, llegando de riguroso incógnito a Sevilla, se plantó en su sitio como si no hubiese pasado nada. Suspiró satisfecha y tranquila por primera vez después de su rapto y se la alegraron las pajarillas y los tirabuzones pensando en el susto del primer sevillano que la descubriese o, mejor dicho, que se topase con ella.

El descubridor y feliz sevillano Rogelio Madruga se percató de ello a la media hora de dársela de narices. Se había levantado muy temprano para ir a cumplir su voto, consistente en llorar un buen rato todas las mañanas sobre el solar que ocupó la torre. Con tan delicada ofrenda quería conseguir que brotase de ellas, o aguardar llorando a que la trajese del cautiverio la diplomacia, la guerra o lo que fuese. Iba con una gran decisión de llanto, y



el golpazo perfecto que se dió le hizo perder el sentido, quedando derribado fulminantemente y en posición decubito dorsal, como si le hubiesen atizado un mazazo en la frente. Pero lo grande del caso es que en su subconsciente estaba contentísimo y se proponía para cuando despertase, si es que despertaba alguna vez, hacerse un retrato para la Prensa, aunque quizá ya estaba un poco viejales y convendría más enviar el de cuando hizo el servicio. Mientras permaneció tirado, cerca de media hora y un poco, si no pasó, estuvo divertidísimo, haciendo como si sacase chispas de los puños cerrados debidamente restregados, hasta que la carne le olió a perro muerto, cantando como mejor supo aquello de:

«Rabia, rabiañ,
tengo una piña
llena de piñones,
pero tú no los comes»,

que ya se usaba por entonces, según estudios muy recientes.

Una de las veces, al terminar de repetir en sueños la canción infantil, soltó una carcajada fenomenal y se encontró sentado en la cama, a la que habían puesto la colcha de dar cordel a las visitas, rodeado de su familia y de las autoridades que cabían en el cuarto, en representación de las demás autoridades. En la plaza, las campanas de la Giralda repicaban a gloria por soleares y la muchedumbre tiraba cohetes festeros, mientras los más exaltados pellizcaban a las mozas, que agradecían mucho la fineza y saudían bofetadas de primera medalla, porque así ha sido desde siempre.

Estuvo muy bien aquello, según el diario vespertino de la localidad, en cuya virtud era como si Sevilla celebrase su luna de miel con la Giralda. Sin embargo, y es nuestra obligación hacerlo constar a los efectos oportunos y para ante quien corresponda, la frase que más se repitió fué la de «no hay mal que por bien no venga».

Y aunque podría prolongarla más con detalles curiosos y eruditos sobre los trajes, canciones y costumbres de la época, aquí se acaba la historia que, como se les había olvidado a todos, me he creído en el deber de recordarles. Al menos, fomentará en la juventud más joven el amor a los monumentos, y tal vez—digo empleando una frase que se llevará mucho, y por eso la repito—se nombre un sereno para evitar que se repitan tan lamentables incidentes.

(EL HOMBRE DE MUCHA CIENCIA (al paño).
¡Hombree!)



EL PROGRESO JURIDICO

LA natural pervivencia de las leyes provoca de tiempo en tiempo la necesidad de su reforma. La ley se construye siempre para regular una situación de hecho de la vida social, y cuando por el transcurso de los años esta situación de hecho, estas circunstancias de la vida social cambian, es necesario modificar o reformar la ley, adaptarla a las nuevas circunstancias. Modificaciones, reformas o adaptaciones que no significan, en general, que la ley de que se trate estuviera mal concebida; que signifiquen sólo que los cambios continuos de la realidad social han desbordado las previsiones del legislador, que la ley, sujeta también a la servidumbre del tiempo, ha quedado «envejecida», anticuada. Este fenómeno inevitable, que constituye, por otra parte, el mejor motor del progreso jurídico, se produce en todos los ordenamientos, en todas las legislaciones. En la nuestra se centra hoy en la rama, sólo aparentemente adjetiva, de las leyes procesales, de las normas que regulan el procedimiento. Nuestras leyes de Enjuiciamiento, la Civil y la Criminal, calculadas para una época muy distinta de la de nuestros días, han sido desbordadas en muchos puntos por el ritmo más veloz de la vida social contemporánea. Basta para comprenderlo de un solo golpe de vista un dato: la ley de Enjuiciamiento Civil va a cumplir un siglo.

Si a esta antigüedad de nuestras leyes de procedimiento se añade, además, el hecho de la existencia de múltiples jurisdicciones especiales, tendremos esbozadas las dos causas de los problemas principales que tiene planteados hoy la administración de la justicia: el problema de la lentitud y el de la variedad jurisdiccional. Para resolver el primero es necesaria la reforma de nuestras leyes de Enjuiciamiento, simplificando trámites y reduciendo plazos. Y quizá también restringido el acceso a algunos recursos. Porque una práctica quizá más ajustada algunas veces a la letra que al espíritu de la ley va convirtiendo en recursos de interposición habitual algunos que más pare-

cen establecidos para casos si no excepcionales, al menos poco numerosos.

En lo que se refiere a la variedad jurisdiccional, no puede establecerse un criterio tan uniforme. Las jurisdicciones especiales existen por muy diversas causas. Y por esta razón algunas son, por su propia naturaleza, transitorias. Y otras, permanentes. Unas, de posible supresión. Otras, absolutamente necesarias.

La solución de ambos problemas ocupa la actividad de los departamentos ministeriales correspondientes. No está, ni mucho menos, abandonada. No es, en ningún sentido, ignorada por el Gobierno. La tarea está iniciada y el estado de los trabajos permite abrigar la esperanza de que en plazo no lejano se conviertan en realidades tangibles muchas de las reformas y modificaciones a que se aspira hoy. Pero esta circunstancia no disminuye el interés ni aminora el valor positivo que encierra la opinión de los juristas, de los hombres que dedican su vida al estudio y aplicación de las leyes. Más aun: esta opinión, que pudiéramos denominar «privada», puede constituir la mejor orientación, la aportación más interesante a la labor estatal de reforma de las leyes. Por ello merece destacarse la celebración del II Congreso Nacional de Derecho Procesal, que representa, en suma, precisamente la opinión de los juristas, de los hombres de leyes en todas sus categorías profesionales.

En este Congreso, aparte otras ponencias o temas de carácter más especial, se ha tratado de la posible reforma o modificación de nuestras leyes de procedimiento. Interesa, pues, a todos, ya que todos vivimos dentro del orbe del ordenamiento jurídico y todos somos, en potencia, partes activas o pasivas en la postulación de la justicia. Y a todos nos alcanzan los beneficios de una administración de la justicia rápida y, por lo tanto, verdaderamente eficaz.

EL ESPAÑOL

MAÑANA SERA OTRO DIA

LOS ESTADOS UNIDOS, ¿ES UN PAIS CAPITALISTA?

UN artículo sumamente sugestivo y sugerente es el que publica Federico Rodríguez Rodríguez en el número 72 de la «Revista de Estudios Políticos» acerca del capitalismo americano.

A muchos he oído negarse a luchar contra el comunismo en defensa del capitalismo. Pero la natural repulsión de semejante perspectiva —combatir contra algo odioso a favor de algo también odioso— la aplican otros en Europa a la contienda entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos. El comunismo sería el modo de vivir de Rusia, el capitalismo sería el modo de vivir de Norteamérica.

Crecen las sospechas de que ninguna de las dos cosas es verdad. El pensamiento de que la U. R. S. S. no es el comunismo, sino un nacionalismo racista, continuador de los más enérgicos zares, armado ahora con un arma ideológica de que los zares no dispusieron, se ha hecho ya convicción para muchos. Pero el pensamiento de que los Estados Unidos no son un país capitalista ha llegado aún a muy pocos; mejor dicho, ni siquiera ha entrado todavía en discusión. La convicción corriente es la de que los Estados Unidos constituyen el no va más del capitalismo como estadio cultural, como organización social, como sistema económico y como situación de hecho.

Por eso es tan interesante el artículo de Federico Rodríguez Rodríguez, y tan apto para extenderse sobre un más ancho mundo de lectores. El autor recuerda rápidamente las seis características sustanciales del capitalismo descritas por

Carlos Marx, y examina sucesivamente, desde cada uno de los seis puntos de vista, la situación económica de Norteamérica. Ninguno de los seis caracteres, excepto uno —que el trabajador no posee los medios de producción— se dan en los Estados Unidos. Y todavía este carácter superviviente se da en todas partes, capitalistas o no, donde exista una vida económica algo más que rudimentaria, puesto que en ningún sitio tiene el trabajador un alto horno o una fábrica de cojinetes a bolas.

Con la brevedad con que me es dado hablar aquí, escogeré para los lectores uno solo de los datos que Rodríguez Rodríguez utiliza: el de la distribución de los beneficios industriales. Según las cifras concretas, referidas a 1952, el Estado se lleva por lo menos el 50 por 100 de los beneficios globales de las industrias; otras fracciones importantes se invierten, claro está (esto está claro para cualquier parte, menos para aquella parte del mundo en la cual vivimos nosotros), en la reposición y mejoramiento de los medios productivos y en la creación de otros nuevos; y quedan después, todavía, elevadas cifras de ingresos para los hombres de empresa, y, aproximadamente, un 4 por 100 de las cifras de ventas para los capitalistas.

Operar (no «trabajar») con un 4 por 100 de ganancia es cosa que no cabe en la cabeza del capitalista de otros lugares geográficos que nos son más próximos; suponiendo que el capitalista de estos lugares geográficos tenga cabeza; para mí,

El denominado asunto de las Cuatro emes (Montagna, Montesi, Muto, y Moneta), que no es otra cosa que la culminación en popularidad de otros escándalos que desde la última guerra vienen ocupando el primer plano de la Prensa italiana, ha dado ocasión a la revistas y publicaciones de aquel país, de plantearse nuevamente con un cierto profetismo, cuál sea el porvenir de la burguesía o de la clase burguesa. Indro Montanelli, que es una de las plumas más sagaces de Italia, escribió que la burguesía ha perdido definitivamente, en el plano de lo social, la última batalla. El escritor afirma que la burguesía ha perdido la última batalla, no tanto por esos casos de escándalo que ocupan la atención de los lectores de la Prensa, sino porque la burguesía italiana, incluso la que continúa en posesión de las antiguas virtudes de clase, se ha pasado en su prudencia y en su sentido común. La burguesía, dice, juega a la ruleta de la vida; al mismo tiempo al rojo y al negro, en cuanto ayuda financieramente a los comunistas y a los fascistas. Este atán de no perder nunca es lo que, según Montanelli, no la dejará sobrevivir. Así formula su acusación: los burgueses quieren estar siempre del lado del vencedor.

También se ha hablado en Italia, y desde publicaciones conservadoras como los grandes periódicos y revistas de empresa de Milán, que la locura de vivir que caracteriza a la plutocracia surgi-

da en la última guerra, recuerda a los viajeros del «Titanic» que tomaban champaña con sus mujeres, semidesnudas y cargadas de joyas, minutos antes de que el barco se hundiera. Se dice también que los hijos de las grandes familias adineradas, se sienten atraídos por los intelectuales de izquierda, las viejas momias del liberalismo, y que, en vez de adoptar una actitud definida frente al comunismo, se dedican a polemizar contra un supuesto clericalismo o bien, contra el denominado socialismo de las derechas.

Una de las características de la vida burguesa, del estilo burgués por así decirlo, es el afán de seguridad. El amor a la gloria, la pasión del poder y de los honores, el desprecio del peligro, el coraje que caracterizan a la aristocracia histórica de origen militar, nada tiene que ver con las minorías privilegiadas del dinero de origen mercantil. No obstante, en algunos casos la prudencia, virtud constitutiva de la burguesía en su época de plenitud, ha degenerado en la cobardía, en el miedo suicida. Las preocupaciones de la burguesía italiana, leemos en el semanario «Epoca», constituyen como una cortina de humo, como un narcótico, que les aparta de las realidades que habrían de dificultar su sosiego. Es una actitud suicida, pero está muy generalizada. Esa clase, dice la citada revista, habla del baile del marqués de Cuevas, de la última «Miss Italia» o «Europa», de películas neorealistas subvencionadas por los mismos burgueses para que el público se entere y se estremezca de horror frente a una miseria que se presenta como obra de la clase a la que pertenecen los que subvencionan esas películas. El fin de la burguesía, pues, está cerca y sería difícil evitarlo. Lo único que podemos hacer, escribe Montanelli, es olvidar tan cercana catástrofe, participando en fantásticos bailes o escribiendo reportajes sobre Marilyn Monroe.

No obstante, creemos sinceramente, que la realidad italiana es muy otra que la que señalan los augures de la catástrofe. Ciertamente varios núcleos burgueses han desertado de su misión. En Barcelona mismo hemos conocido al burgués—o burgueses—cuya única preocupación ha sido estar con los vencedores. Al burgués que en otro tiempo, durante la República, por ejemplo, patrocinaba los grupos de izquierda porque esos tenían posibilidades de triunfar. Pero tales casos son en España y aún en la misma Italia, casos excepcionales. El escándalo también se da y se dio siempre entre las familias burguesas. En Italia y Francia en una proporción superior a la habitual, como consecuencia de las fortunas surgidas en la última contienda. Pero esos escándalos y esas corrupciones tampoco alcanzan a la clase en sí. El hecho de que los periódicos italianos, haciendo uso de «su» libertad de Prensa, los conviertan en espectáculo nacional, no aumenta su número. Aquellos periódicos sostenidos por la burguesía, están haciendo el juego a los grupos extremistas de la disolución, pero la actitud suicida de ciertos sectores de la Prensa no quiere decir que existe «voluntad de suicidio» en toda una clase social.

Muchas veces hemos hablado de la necesidad apremiante en nuestra época, de ricos no solamente civilizados, sino civilizadores. Pues bien, aún existen grandes familias civilizadoras. En definitiva, la misma recuperación italiana en lo económico, ha sido hecha gracias a la iniciativa privada. Es la burguesía quien ha levantado de nuevo sobre sus espaldas, todo el complejo industrial que permite al pueblo italiano, mirar al futuro con esperanza y optimismo. Ningún otro sector de la sociedad puede ofrecer un balance tan positivo en lo económico. Si la burguesía tuviese la suficiente generosidad para comprender las nuevas reformas sociales y apoyarlas debidamente, y si ese relativo propósito de estar siempre con el que ha de ganar fuese sustituido por una actitud firme y decidida en favor de las líneas maestras de la sociedad—religión, tradiciones, nacionales, familia, etc., etc—nadie podría hoy, con fundamento, escribir sobre la crisis de la clase burguesa o hablar de la supuesta batalla que la clase burguesa está perdiendo.

Claudio COLOMER MARQUES

encima de los hombros no suele tener una cabeza, sino una alcancía.

Lo más considerable es la diferencia entre el «operar» y el «trabajar». Con los instrumentos de producción, el empresario trabaja, el capitalista opera o especula. El empresario no es un capitalista, sino un trabajador. Esa figura del empresario u hombre de empresa—que inventa, organiza, emprende, perfecciona y cobra elevadas retribuciones, aunque él mismo no tiene capital—ha alcanzado su máximo desarrollo en los Estados Unidos. La figura característica de los Estados Unidos no es el millonario, sino el empresario; la «era de los millonarios» ya pasó; la nueva era no es la de los que poseen, sino la de los que emprenden y consiguen. Los Estados Unidos no son ya el reino de los propietarios, sino el de los empresarios; no el de los que tienen, sino el de los que pueden; no el de los que heredan, sino el de los que crean; no la Jauja de los dividendos, sino la Jauja de los sueldos.

Y entonces, ¿son los Estados Unidos un país capitalista? No. Países capitalistas, en este aspecto que tocamos hoy, son aquellos que, a pesar incluso de una tradición espiritual aparentemente fuerte, dan al capital-dinero mucha más consideración y muchos más beneficios que al capital-empresa, o capital-iniciativa, o capital-talento; aquellos en los cuales la figura del empresario no capitalista es desconocida o poco menos; aquellos en que el Estado, lejos de llevarse la mitad de los beneficios (el Estado, no seamos bobos, es la sociedad, es todos nosotros) se lleva nada más que las sobras de la desafortunada codicia individual.

Luis PONCE DE LEÓN

(Premio Nacional de Periodismo 1953.)

LEA Y VEA TODOS
LOS SABADOS

EL ESPAÑOL

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA BATALLA EN EL ARROZAL

Por Jules ROY

TRES CIUDADES SEMEJANTES

SAIGON, la ciudad plana que se pierde en calles uniformes, con sus habitantes de cara hermética, está llena de trabajadores con motocicletas. Es la única ciudad de Asia donde el motor ha reemplazado al hombre en la acción humillante de transportar a sus semejantes. Al mediodía, la buena sociedad pasea por Saigón en coche o va al muelle. Los coolies y los soldados comen su sopa china, los restaurantes móviles venden pescado seco, langostinos y cebollas verdes, junto a la caña de azúcar y las limonadas azucaradas.

A lo largo del río hay un hedor espantoso de los restos del pescado que se vende. Los paquebotés anclados con sus luces encendidas dan a Saigón la ilusión de poseer una colina iluminada.

Cholon es la ciudad del comercio, donde se vende desde el «Buick» último modelo, el reloj suizo, las sedas de Damasco o las naranjas de California, hasta los utensilios más humildes. Al atardecer, toda la ciudad come y bebe en las aceñas. Allí se encuentra El Arco Iris, restaurante elegante donde por cien piastras se puede alquilar una muchachita china y hacerse la ilusión de una compañita femenina. Pero es en el Gran Mundo donde vive Cholon; desde el humilde coolie, todos van a jugar su dinero. Delante de las ruletas, jóvenes y viejos esperan con un tinte de indiferencia que la suerte les haga desgraciados o príncipes.

UNA DE LAS BATALLAS MAS DURAS DE LA HISTORIA DE FRANCIA

El río Rojo, el peligroso afluente del Tonkin, riega las ochocientas mil hectáreas del delta y las fecunda, dando vida a un hormiguero humano de gentes harapientas, imbuídas de un aire misterioso, que sólo desean comer. Es aquí, en este delta tonquinés, donde se libra una de las batallas más duras de la historia de Francia. Desde la llegada de los japoneses, el drama vive y se hace más y más sangriento. El Vietminh ha querido conquistar este granero y Hanoi lleva una patética existencia. Aunque los convoyes de tropas atraviesen las calles y el ruido de los cañonazos retumba en las viviendas de sus habitantes. Hanoi no parece ver ni oír; sigue con sus juegos y sus comerciantes que se están haciendo ricos vendiendo las jóvenes a veinticinco mil piastras. Por

Jules Roy ha escrito este libro en los campos de batalla del Extremo Oriente. Ha visto y vivido la guerra de Indochina y la de Corea y ha compartido la vida heroica de los soldados que se batían en los frentes de batalla.

A pesar de que Jules Roy no ignora los problemas políticos que han dado lugar a estos conflictos, los ha dejado deliberadamente a un lado, preocupándose tan sólo de los hombres que sufren y que mueren. Por sus páginas desfilan las vidas de un oficial francés que había conocido en el «valle feliz» y que ahora manda una base en Indochina; el ayudante-jefe Tuoc, del ejército galo, que resistió toda una noche con ochenta hombres el ataque de dos batallones enemigos; el teniente Perron, de las Naciones Unidas, que con la cabeza agujereada por la metralla vuelve a sus líneas después de haber errado una noche entera por el frente de Corea, y las de otros muchos soldados que sufren, alejados de su patria, en esta guerra de Indochina, larga y duradera.

LA BATAILLE DANS LA RIZIERE, por Jules Roy.—Librería Gallinard.—París 1953.—365 págs. 590 fr. T. L.

inmenso arrozal con innumerables laberintos de comunicaciones subterráneas. Aquellas tierras húmedas ocultan a los soldados del Vietminh. Es imposible para el francés distinguir entre un campesino y un soldado.

Cuando se pregunta al soldado francés dónde está el enemigo, contesta, extendiendo la mano a su alrededor:

—Por todas partes.

Y si el interrogado es el coronel:

—¿Dónde están los vits?

Responde:

—¿Usted los ve? ¿No? Pues nosotros tampoco.

EL SECTOR MAS DIFICIL DEL CUERPO EXPEDICIONARIO

Trac-Nhiet era un puesto ocupado por el Regimiento 98; hoy se ha convertido en un montón de ruinas calcinadas, a la par que fueron asesinados todos sus defensores por los seguidores del Vietminh.

Otra ciudad es Hué. Los árboles tienen la altura de una encina y las hojas son como las de las acacias, con flores rojizas.

Hué es la ciudad de las tradiciones de la dinastía de Annam; para visitar la llanura, que los siglos han transformado en una inmensa necrópolis, hay que poner en pie de guerra un batallón. Allí están enterrados los Emperadores, los hijos y los nietos de las cincuenta concubinas reales de cada uno de ellos. No se parece a ninguna ciudad de Indochina; es el Versalles del Annam.

En Dong Hoi, casi al extremo Norte de su sector, se combatía. La artillería disparaba, pero dos

JULES ROY

LA BATAILLE dans la RIZIERE

nrj

GALLINARD

horas más tarde un correo nos anunciaba que no había allí más que cadáveres franceses. Había sido volado. ¿Cómo? No se sabe.

Durante la noche el delta vibra como una fábrica de guerra que no cesa de trabajar. A intervalos regulares la tierra resuena como un tambor negro. Son las baterías emplazadas, las que dan fe de que aun viven sus hombres. Al hacerse el silencio, un terror sobrecoge los corazones.

ESCENAS DE GUERRA

Bigéard era el hombre designado para recuperar Tu Lé el año anterior. Había pasado noches y noches sin dormir, esperando que los vietminhs le sorprendiesen por la espalda. Al llegar la orden de evacuar Tu Lé, sólo supo contestar: «Es fácil decirlo.» Quinientos o seiscientos vietminhitas le rodeaban. Los hombres, cansados, deshechos, dormían. La aviación estaba inutilizada por el mal tiempo. Una procesión de antorchas iba hacia ellos; era la guarnición de Gia Hoi, que venía a ayudarlos.

—Ve—dijo el comandante Bigéard a Tourret—y di que apaguen los fuegos rápidamente. Creo que nos atacarán.

Ordenó a sus hombres que estuvieran dispuestos para el combate. Algunos segundos más tarde Tu Lé era atacado, pero resistió. Tourret pidió aviones sanitarios.

—Cuando los heridos sean evacuados—diciendo Bigéard—, nos iremos.

* * *

En el puesto de Quang Khê, tres días después de ser atacado, abrasado su suelo por el ardiente sol, la única huella del paso desolador del ejército no era más que una gravedad desusada en los rostros de los campesinos. El teniente coronel Auriol era el jefe de este sector. No podía más. La batería iba a disparar, pero lo haría sobre objetivos inciertos. No estaba seguro de las informaciones recibidas. Auriol conocía el peligro encerrado en una duda de información. Después de quince años en Indochina y diecisiete meses en el sector de Won Hoi, sabía que el Estado Mayor no ayuda en estos casos, aunque se tenga necesidad. De repente una explosión se produjo en el cañón setenta y cinco, cuyo misión consistía en socorrer Badon y My Hoa. Comprendió lo que iba a pasar: My Hoa no resistiría más que una hora o dos y su guarnición sería asesinada. En cuanto a Badon, el Vietminh iba a encontrarse con ochenta hombres mandados por el ayudante jefe Tuoc. Tuoc, que durante los dieciocho años servidos en el Ejército nadie había reparado en él, llevaba el mando de Badon porque había nacido en un pueblo vecino y tenía a su mujer e hijos en Badon, como muchos de sus soldados. Tuoc disponía de ochenta hombres de su mismo país, doce fusiles ametralladores, ametralladoras del 7,7, una del 12,7 y un mortero del 80.

Tuoc sabía que iba a ser atacado. Auriol se lo había anunciado, y su propio servicio de información también. Tres días antes envió a su familia a Dong Hoi. Tuoc había tomado sus precauciones; conocía demasiado bien al enemigo desde febrero de 1950. En aquella época Tuoc fue atacado en el mismo puesto de Badon y con la misma guarnición. El Vietminh había ido a buscar al pueblo a las familias de los soldados del fuerte. El propio padre de Tuoc llamó a su hijo:

¡Ríndete! Son demasiado potentes para ti. Vamos a ser asesinados por tu culpa.

Tuoc no hizo caso; dispersó las lamentaciones con fuego de ametralladora y consiguió resistir.

En la aurora del 31 de mayo Auriol creyó haber ganado la batalla de Badon. Después de un silencio prolongado, la emisora de Badon acababa de emitir un mensaje: «7AE de 2SQ. Puesto de radio estropeado toda la noche. Enemigo retirado. Pérdidas amigas: doce muertos, dieciséis heridos, de los cuales cuatro graves. Pide intervención aviación, refuerzos y alimentos.»

En respuesta, Auriol escribió: «Nos ocupamos de vosotros.»

En Badon todo parecía en calma. Tuoc envió a tres de sus hombres a reconocer los alrededores, rindió honores a los muertos y cuidó de los heridos.

Cuando vio los muertos del enemigo abandonados sobre el terreno, cubiertas sus llagas de moscas, tuvo conciencia de su victoria y sintió dilatarse su corazón. Sabía que llegarían socorros, pero Quang Khê estaba a siete kilómetros más allá de Son Giang. La ayuda, de esta manera, ven-

dría por el aire o por el agua. El enemigo no atacaría de día.

* * *

Tuoc recibió la orden de retirada por el río. Después de una horrible odisea, la guarnición, el armamento, una gran parte de lo que se había cogido al Vietminh y la mayoría de las familias pudieron ser salvadas.

Cuando le preguntaron a Tuoc cuál había sido su pensamiento, sonrió y dijo:

—He llorado de alegría.

No hay nada que se reciba mejor en Indochina por el Ejército francés que la llegada de la aurora. Los centinelas la saludan como una liberación. Los jefes de puesto miran con orgullo el pabellón francés aun flotando en el mástil.

RECUERDOS DE LA GUERRA DE COREA

Fué en Corea donde el teniente Perron había dividido su sección en dos: a la izquierda, Racinet, un subteniente que parecía, con sus gafas redondas, su voz dulce y su mirada transparente, un seminarista; a la derecha, el sargento Gavrilloff, al que todo el mundo llamaba Popoff.

Racinet no estaba satisfecho. Sus posiciones le parecían difíciles de mantener y continuamente discutía. Pero tué herido por una mina y hubo de ser evacuado.

Perron, que durante sus veintisiete meses en Indochina había sufrido varios ataques, no podía soportar el intenso bombardeo de que eran objeto él y sus hombres. A las trece horas empezó un nuevo ataque y a las diecisiete horas Perron salió de su abrigo porque el observador no respondía. Más tarde supo que habían sido todos asesinados. Perron, acabadas sus granadas, embozado en un abrigo, se dirigió a la derecha, donde estaba Gavrilloff. Allí empezó su odisea. Llamaba a sus hombres inútilmente y recibió el primer metrallazo, que atravesó su chaqueta. Emprendió una carrera. Distinguía el picacho de Gavrilloff cuando fue herido en el brazo.

—¡Gavrilloff! ¿Dónde está usted?

La luna alumbraba ya en el cielo y Perron distinguió a Gavrilloff.

—¿Dónde está usted, Gavrilloff?

—¡Atención, mi teniente, tiran por todas partes!

Perron se agachó.

—Si tiene usted granadas, láncelas en la brecha central...

—Ya no tenemos—el que contestaba no era Gavrilloff.

Empezó la lucha cuerpo a cuerpo.

Perron, ensangrentado, con heridas en la cabeza, llamaba a Gavrilloff. Un nuevo golpe le hizo callar. Perdió el conocimiento por primera vez al recibir su cuarta herida.

Al volver en sí, sin armas, sin casco, medio ciego, siguió llamando, deseoso de encontrar a los suyos:

—¡Gavrilloff!...

—¡Gavrilloff, soy yo, Perron!

Esta vez no podía moverse. Tenía otra herida en la pierna izquierda. Otra nueva herida le arrancó el biceps derecho. Creyó que le habían cortado los cinco dedos de la mano. Se la llevó a los ojos y exclamó: «Dios mío». Por fin, llorando, llamó dulcemente a su madre muerta.

Popoff estaba convencido que Perron había muerto. Pero los soldados, horrorizados, vieron a Perron cubierto de sangre, sin casco, como una aparición de ultratumba, buscando a sus hombres. Perron no estaba muerto; erraba por las sombrías lagunas que separan la vida de la muerte. Bajo el infierno de los obuses, empujando cadáveres, descendía metro a metro. Cansado, se abandonó, con la cabeza en el barro, y cerró los ojos. Se despertó al darle la vuelta. Un joven chino trataba de arrastrarle, sin éxito, y fué a buscar ayuda. Vinieron más y se le llevaron. Perron no salió de su sopor en todo el día. A la caída de la noche los cañones castigaban al grupo que le había recogido y se dispersó. Perron se dejó caer en la dirección de las líneas. En la oscuridad escuchó una voz que hablaba francés: «Mi teniente...» Aquel hombre era Popoff.

—¡Aquí, el teniente Perron! Estoy herido.

Hubo un momento de silencio. Después escuchó:

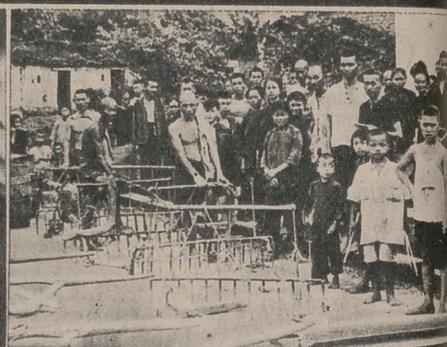
—No se mueva.

Perron estaba quieto. Sabía que todo iba a terminar. Una bengala le iluminó y vio aparecer a un soldado que, como un ángel del Apocalipsis, le tomó en sus brazos.

EL COMERCIO DE OCCIDENTAL



Comerciantes chinos tratan de la ayuda occidental para su industria.



FUNCION Y SENTIDO DE LA "BATTLE ACT"

CUANDO estas cuartillas se escriben, Foster Dulles, ministro norteamericano, ha estado ya en Londres y París y establecido en Europa y en Asia la posición norteamericana. Ha hablado alto y claro, y nadie que tenga la mirada inteligente podrá haber dejado de advertir la fatiga extremada, patética, que rodea las últimas fotografías del político. Que París y Londres, eje de una misma desgana, sobresaltados marcos de una Europa sin los clásicos resortes, no es el camino más a propósito para recobrar la calma.

Comprendiéndolo así, Foster Dulles no ha podido presentarse en Europa de otra forma que como lo ha hecho: a hablar recio, y hacerlo de tal forma, que no exista la menor posibilidad de equívoco. Todo el mundo sabe, también, que no se ha podido cumplir el deseo norteamericano de conseguir de los Gobiernos inglés y francés una declaración inmediata y firme frente a China. La dura e inmediata advertencia que solicitaba Norteamérica, dispuesta, colosalmente, a un «a por lo que sea», ha tenido que restringirse, otra vez, a un nuevo pacto defensivo en el sudeste asiático que, como el del Atlántico, deja escapar el agua por entre las cañas y las lanzas. La «advertencia» a China queda reducida al Pacto del Pacífico, mientras que Londres y París, firmisimos en su vocación de ceguera, se disponen a esperar a ver lo que pasa en la Conferencia de Ginebra.

Jaculatoria norteamericana, verdadera homilía en el dramatismo de esta Semana Santa de 1954, que ha tenido que abrirse paso, a pura espada y pura voz en cuello, en la floresta de los tejados ingleses, Foster Dulles, como si fuera un europeo, ha señalado que lo que se juega en Indochina es algo más que una batalla de prestigio, algo más, por tanto, de un posible «slogan» publicitario de victoria, desde el punto de vista del bloque soviético, en Ginebra. Lo que se juega en Asia, viene a definir Foster Dulles, es la esperanza de Europa de tener, frente a la expansión asiático-rusa, una estrategia auténtica: una estrategia asegurada en la firmeza de la tierra y en la geografía misma del mundo amenazado. Pensar lo contrario, creer en teoría y la utilidad del juego de prendas ochocentistas es hoy, dados los caracteres de la batalla, completamente inadecuado. Y ello porque el avance no es para llegar hasta «aquí» o hasta «allá», sino que cada «aquí» y cada «allá» forman parte de un nuevo trampolín.

La declaración de frente unido, de advertencia conminatoria frente a China, no hay duda que podía tener sus peligros, pero no menos cierto es que, en términos generales, el riesgo de «la extensión o internacionalización» de la guerra que Francia ha querido evitar con su negativa no mejora el problema. Lo agrava.

Por otra parte, bien es cierto, también, que las circunstancias no han sido felices para Francia. El clima político y social de Francia es el de considerar la guerra de Indochina como una guerra in-



Dos agentes de compras discuten el plan de negocios con los países occidentales.

útil. Todavía no hace muchas semanas, el órgano comunista «L'Humanité» publicaba en sus columnas un artículo que osaba señalar a un pueblo francés que ve morir a sus propios hijos, que la de Indochina era una guerra «contra» Francia. La posibilidad de la extensión del conflicto es la que, oficialmente, ata las manos de Francia. Además, singularmente, Inglaterra como Francia, creen en la gran utilidad del apaciguamiento. Por eso mismo, mientras los soldados se siembran a voleo en el cielo para socorrer a Dien Bien Fu, los actores de la Comédie Française recitan a Molière en el teatro Maly de Moscú. Un clima, pues, de relativa bonanza que ha venido a cortar, con la intromisión militar China, la resistencia militar de los soldados del coronel De Castries, que, quizá ingenuamente, han torcido, con la presencia de su sangre, el hilo de una paz de compromiso. De una paz también «a lo que salga» que, ahora, tendrá que pasar sobre el heroísmo de los muertos y enterrarlos. Que una cosa a la que obligan los muertos es a eso: a tener que contar con ellos.

Así es como, salvo por el malhadado asunto indochino, las potencias occidentales han venido tejiendo, posteriormente a la conferencia de Berlín, y anticipando la próxima de Ginebra, la creencia en una paz «apaciguada». En vez de la guerra fría, la guerra apaciguada. En vez de la guerra latente, la guerra dormida. Una paz sobre la que Inglaterra comenzaba a dibujar los límites de las esferas de influencia. Así, como si el mundo fuera el de Disraeli o el de Gladstone, la política inglesa, suma de balanzas ejemplares, se inclinaba por un

ANTE CON LA CHINA COMUNISTA

UN PROBLEMA DIFÍCIL AGRAVADO POR EL BLOQUE SOVIÉTICO

FOSTER DULLES ROMPE LAS ÚLTIMAS ESPERANZAS

LOS PUERTOS CLAVE DE ASIA Y LA POLÍTICA BRITÁNICA

tentetioso frente a Norteamérica y Rusia. Igual postura, pues, que si se tratara de un viejo juego diplomático. Quizá, también, porque ni Inglaterra ni Francia, y esa es otra de las geniales anticipaciones históricas de España, han comprendido que no se trata de un juego de fronteras. Que esta vez se trata de alteraciones colosales del mundo que dejan atrás el circunloquio envarado de todas las ideas inglesas sobre la historia.

LAS ESPERANZAS QUE HA ROTO FOSTER DULLES

Es natural que este clima de bonanza, de creencia que estaba próximo el gran Noel, que repartiera los grandes negocios del comercio asiático, ha tenido un hondo sobresalto con la presencia del ministro norteamericano que viene, con su cartera negra, a destruir esas ideas. El lema del comercio con China y con el bloque soviético, tema candente desde las conversaciones de Berlín, parecía estar en maravillosa gestación. Al revés que en los famosos y bellos escudos portugueses que llevaban por divisa y por fuera las letras del «navegar es necesario, vivir no es necesario», la divisa de los últimos meses parecía ser ésta: «comerciar es necesario, vivir es comerciar».

De todas formas, como no será posible el dar una negativa rotunda a los Estados Unidos en todos los extremos de sus peticiones, la Inglaterra y la Francia diplomáticas cederán en aquello que sea, mas que verdadero paso al frente, concesión cortés. Por eso, en vez de la advertencia admonitoria y fulminante a China, se establece el pacto del sudeste asiático. Eso de un lado, y del otro, Inglaterra, verdaderamente habilidosa, ha contribuido a la gran cortesía, firmando, en el palacio de Chaillet, su contribución, en términos aun no concretados, a la Comunidad Europea de Defensa. Tiene ya ésta, por tanto, la firma que, según Francia, era necesario para que ella ratificara también su compromiso.

Ahora bien: dado el cúmulo de circunstancias en las que el Tratado se firma es obvio, que aun en el caso de ratificación francesa, será tanto como esconder el bulto, la gran sonrisa diplomática, en un saco roto. Y ello porque el Ejército europeo, la Comunidad europea, arrasada día a día por sus propios inventores, no tiene la menor posibilidad vital de existencia. Un ejército que no tiene, ni quiere tener en su lado entrañable y hondo, ninguna idea alegre de sí mismo. Como alegre fuera en su día, alegre y remozado de alegría, el Ejército de España, quizá el único Ejército europeo que ha existido, cuando viajaba de Sicilia a Roma, y de Roma a Viena, en una concreta, desmedida y heroica idea de ser, frente a la desunida Europa de la Reforma, la Europa aldeana y

nacionalista de las revoluciones, el único pueblo alborozado, universal y cantaclaro.

Por eso, y en estas circunstancias, la ratificación de la Comunidad Europea de Defensa y la formación de un Pacto Asiático, no será otra cosa superior a ésta: una política de paños calientes, o política defensiva y apaciguadora con la nación norteamericana. Política para el ave fría y la sopa boba.

LA HISTORIA DE UN COMERCIO ABOLIDO Y EMBARGADO

Entre las cosas que parecían posibles y probables en la Conferencia de Ginebra, una, sobre otras, pesaba ampliamente en las balanzas: el problema del comercio con China y el bloque soviético. Una razón sutil y aparentemente disparatada aconsejaba la postura inglesa de confianza en un rápido levantamiento del embargo que pesa sobre el comercio con los países comunistas. Esta razón no era otra, simplemente, que la posición inquebrantable de América, conocida de todos, al no estar dispuesta a consentir el ingreso de la China comunista en las Naciones Unidas. Posición americana ratificada recientemente en el Congreso por 379 votos contra 0. Pues bien: se podía calcular que Inglaterra y el resto de los países occidentales terminarían por apoyar numéricamente a Estados Unidos, pero es obvio que librerían la batalla de solicitar, como contrapeso, la supresión de las sanciones económicas. Por eso mismo, en esa lucha por la anticipación de mercados, las misiones británicas, las «evangelizaciones» comerciales de hace meses, habían preparado un clima especial, optimista, que ha recibido estos días, con uñas y dientes, el viaje de Foster Dulles.

Por eso mismo se ha enfriado, en el aire poco grato de la división europea, un clima al que, desde muchos puntos, se había apuntado. No ha-



Chou-En-lai, premier de la China comunista, señala sobre el mapa los puertos clave.



El comercio de algunos países europeos con China ha creado un difícil problema.

ce muchos días, Harold Stassen, en nombre de los Estados Unidos, había escuchado a Lord Reading, como representante de Inglaterra, y a Maurice Schuman, de Francia, en un amplio memorandum sobre estos problemas. Y, mientras tanto, la Misión Económica de las Naciones Unidas comenzaba a dibujar un esquema de todo el panorama del comercio con el Este, en el que, el delegado checoslovaco Katz Suchy y el viceministro del Comercio Exterior soviético, Kumykin, han podido cantar, como la gallina de los huevos de oro, el mejor informe sobre las grandes compras que el mercado soviético efectuaría en caso de liberarse del embargo. Por ello mismo, y ya desde Berlín, 600 representantes de la Alemania occidental pasaron la frontera para estudiar sobre el terreno la entente comercial entre las dos Alemanías.

Los comerciantes han sido, pues, los primeros propagandistas del levantamiento de un control que se remonta, históricamente, a 1931, y los primeros, también, en apuntar en las respectivas agencias la presión que era necesario efectuar sobre sus respectivos Gobiernos para acabar con una situación que, de hecho, también era falsa. Inglaterra recibió ofertas por valor de los 400 millones y ello después de haber sido Londres la ciudad que recibiera, ante la carencia de divisas por parte de los soviets, la nutrida cantidad de oro que, por unos días, se considerara con enorme sorpresa en el mercado. Esta era, poco más o menos, la íntima esperanza de los occidentales cuando la resistencia francesa en Dien Bien Fu y la injerencia militar de China en las montañas Thais ha puesto las cosas casi en el mismo trance de exactitud que en mayo de 1951, cuando, conocida y verificada la presencia de la China comunista en Corea, la Asamblea General de las Naciones Unidas determinó el control del «comercio con China y los países satélites de Rusia».

FUNCION Y SENTIDO DE LA «BATTLE ACT»

La recomendación de la Asamblea General de las Naciones Unidas cristalizó en la Mutual Defence Assistance Control, generalmente conocida como la «Battle Act». El largo programa que informa la Battle Act incluye medidas que no son sólo las del control de las exportaciones militares o estratégicas a China y el bloque soviético, sino que establece una serie de medidas afirmativas de estabilidad, cohesión y defensa económica del mundo libre. El acta conviene en afirmar que el control sería selectivo. Es decir, que se declaraba un embargo completo sobre el comercio de armas, municiones, material de guerra y material de energía atómica. Idénticamente se efectuaba un embargo, con excepciones que preveía la «Battle Act», de las materias primas consideradas como material estratégico. Posteriormente, la política norteamericana ha intentado ir aun más lejos, encontrándose siempre con Inglaterra, que articuló a su política el nuevo «slogan» político de que, comerciar con Mao-Tse-Tung, podía inclinar a éste a una posición nueva: el titismo. La rebeldía frente a Rusia. No hay que decir que, aparte de no haberse producido en China, el titismo no es, tampoco, una solución auténtica. Se trata de medias tintas, de mitad de mitades para comenzar de nuevo.

LO MAS IMPORTANTE DE LA «BATTLE ACT»: LA PREVISION DEL PORVENIR

Entre las muchas sorpresas que produce la lectura de la Battle Act, ninguna que determine el carácter especialísimo de las relaciones entre los aliados como aquella parte que, tomando el toro por los cuernos, anticipa el porvenir. La sección 103 (b), ratificada por otras disposiciones «determina el cese de toda ayuda militar, económica y de asistencia financiera al país que, con ciéndolo, permita el envío de materiales estratégicos a la nación, o combinado de naciones, que atenten contra la seguridad de los Estados Unidos, incluyendo a la Unión Soviética y a todos los países de su dominación». A esta fórmula directa, inequívoca, inviduable, la Battle Act, gran ratonera del propio raciocinio, anticipándose al tiempo, termina por añadir la siguiente cláusula: «El Presidente de los Estados Unidos puede continuar ordenando la ayuda económica, aun sabiendo que un país permite el envío de material estratégico, cuando circunstancias especiales indiquen que el corte o cesación de tal ayuda pueda ir, claramente, en detrimento de la seguridad de los Estados Unidos». Fórmula salvadora, sabia y amarga, que iba a tener, casi inmediatamente, utilidad práctica y funcional.

LA DECLARACION AL CONGRESO DE LA PARTICIPACION EN EL TRAFICO ILEGAL DE INGLATERRA, FRANCIA E ITALIA

El 30 de diciembre de 1952 (el 18 de mayo, Inglaterra, Francia e Italia, y otras, en la Asamblea General de las Naciones Unidas se decidían por el embargo contra China) el Presidente Truman hubo de reconocer oficialmente, y ante el Congreso de los Estados Unidos, la gravedad de la situación creada por el comercio aliado con los países comunistas. «Yo —decía el Presidente en una carta al presidente del Congreso— tengo que enfrentarme con una grave decisión. La sección 103 (b) del estatuto me obliga a terminar toda clase de ayuda militar, económica y financiera a Inglaterra, Francia e Italia... pero en casos especiales de tráfico con mercancías estratégicas consideradas bajo la nomenclatura «título I, categoría B», el Presidente puede, directamente, continuar la ayuda...» El Presidente Truman, por tanto, y en atención a ser quienes eran, y tras el empleo a la letra del dispositivo favorable de la «Battle Act», cortó el asunto. No por ello dejó de pensarse que el tráfico ilegal ocurría cuando aun estaba viva la Carta y casi realizándose por los expertos el andamiaje burocrático: en los primeros seis meses.

Según aquella declaración oficial, Francia, Inglaterra e Italia enviaron material estratégico, en el que, en líneas generales, se comprendían toda clase de maquinarias, rodamientos, compresores, equipos electrónicos, locomotoras, grasas y aceites industriales, níquel, aluminio, etc., etc.

Este era, pues, el dispositivo íntimo, interno, de la alianza y de la firma de los tratados en el mismo momento en el que, contra viento y marea, los soldados americanos tenían que pechar con Corea.

LAS INVESTIGACIONES DEL COMITE DE INVESTIGACION

Mientras tanto, reconocida plenamente la existencia del tráfico, el Subcomité norteamericano, que ha dedicado un largo tiempo a los interroga-

CORREO LITERARIO

ENTRA EN SU SEGUNDA EPOCA

Leopoldo Panero y Jaime Ferrán, Pedro de Lorenzo, Fernando Gutiérrez, Tristán La Rosa, Luis Romero, Masoliver, Gich, Santos Torroella y otros escriben acerca de Fernández Flórez y José Pla, sobre Huxley, Anhouil, Von Ribbentrop, la nueva arquitectura brasileña, la pintura moderna, la biografía, etc., en la más puntual crónica del movimiento cultural de toda España, Europa y las Américas.

Novelas de Alvaro de Laiglesia y Pearl S. Buck, recortes y concursos.

64 páginas en hueco, profusamente ilustradas.

ADQUIERALO HOY MISMO.
CUESTA 10 PESETAS.

torios, comprobación y testimonios referentes al comercio de los aliados con China y el bloque soviético, ha llegado a las siguientes conclusiones: Las cifras del comercio, tráfico y piratería con Rusia y Asia alcanzan cifras extremadamente importantes. Según el resultado de sus informaciones, varios de los países que forman parte del Pacto del Atlántico, esto es, acogidos a la ayuda y apoyo norteamericano, han vendido, desde junio de 1952 hasta los primeros días de 1953, mercancías por valor de dos mil millones de dólares. Y solamente en el transcurso de estos primeros cuatro meses del mismo año han exportado a la China roja doce veces más mercancías que en el mismo período anterior. El informe prosigue: «Desde el comienzo de la guerra de Corea, 450 barcos de los países aliados han realizado más de 2.000 viajes a puertos chinos». «Preparamos—dice, por otra parte, el senador norteamericano Karl Mundt—la lista de unos cien buques, muchos de ellos británicos, que continúan llevando suministros estratégicos a las tropas comunistas.»

El mismo petróleo, eje de una polémica en Inglaterra, ha obligado a decir a Churchill que, en el año 1951, se habían exportado a China alrededor de las 46.000 toneladas, cuando, investigaciones posteriores, habían demostrado que las necesidades civiles no llegarían a las 25.000. Y como prueba decisiva, y en cierto modo irónica, destemplada y amiga de los líos, valga la declaración de Andre Vichinsky, que terminó por admitir públicamente, en la Asamblea de las Naciones Unidas, que parte del caucho comprado a Inglaterra pasaba, o terminaba por pasar, a China como ayuda militar. A la China de Mao-Tse-Tung, que, de paso, y como medida de agradecimiento, terminaba por obligar al Gobierno británico a la evacuación de sus súbditos, dejando allí, como representante del país de Shakespeare, a un diplomático que, según maledicencias, era sinónimo del embajador sin quehacer, ya que, posteriormente a la presentación de sus credenciales, no le fué posible realizar ninguna visita oficial.

LA GRAN HORA DEL COMERCIO CORSARIO

Como todo el mundo se supone perfectamente, dados los datos anteriores, y sin necesidad de ellos, estos años han puesto en marcha un colosal tinglado de comercio de doble joroba, de doble o triple documentación, que ha sido el encargado, con banderas distintas, de pasar el contrabando. Desde el punto de vista del control, o de la manera de aplicarse, centenares de páginas de la «Battle Act», país por país de los sumados al convenio del embargo lo van estableciendo y explicando. Como la mayor parte de los envíos se camuflaban entre las mallas discriminatorias, ha tenido que hacerse una clasificación exacta y concreta de los materiales que eran o no eran estratégicos. Por eso mismo, a las listas iniciales ha habido necesidad de ir añadiendo centenares de materias. Una cosa es, sin embargo, obvia: que en este gran negocio de vender lo que no se puede vender, ha existido desde el principio la gran deslealtad de permitirse, por parte de muchos países interesados, que el tráfico pasara por sus puertos. Así, por ello mismo, en la segunda relación al Congreso, Harold E. Stassen, al transmitir su informe como director de Operaciones Exteriores, ha de terminar la breve carta que acompaña al informe con las siguientes palabras: «Es necesario disipar muchas ilusiones que han brotado sobre la posibilidad de un arreglo en el problema del comercio del Este-Oeste.»

El largo memorial dice, entre otras cosas, que es inexacta la creencia en un estrangulamiento del comercio comunista por la política de embargo y de control. El comercio entre el Este y Occidente, ha alcanzado, según números oficiales (afectados de sequía), los mil millones de dólares. Y según el



El comercio «corsario» con la China comunista ha sido montado con gran aparato.

mismo informe (que abarca la primera mitad de 1953), si bien el comercio de Oeste-Este ha disminuido (el comercio Este-Oeste, o sea de Rusia a Occidente, alcanzó en el mismo tiempo los 1.013 millones) en ciertos aspectos con relación a niveles muy anteriores, ello se debe no al control occidental, sino a la política de autarquía que, tanto Rusia como los países satélites, persiguen.

Los procedimientos para pasar las fronteras comunistas van desde las altas lucubraciones financieras a la indomable picaresca de bolsillo. Según el informe de Stassen, uno de los procedimientos normales es el siguiente: «Alguien en el país A compra cobre en el país B y ordena el envío. En ruta, normalmente, el cobre debe pasar por otro país, que es el país C. Pero, mientras está en el país C, el comprador vende la mercancía, cambiándose el destino hacia el país D, que, naturalmente, pertenece al bloque soviético». Merced a este procedimiento, grandes partidas de mercancías estratégicas tocan puertos del «mundo libre» (como le guste decir a la «Battle Act») en perfectas condiciones de documentación, moviéndose amparados por una farsa previamente establecida.

Desde el punto de vista de la piratería o de la ocultación, trapicheo y simulación de unas mercancías por otras, la lista es infinita. En 1953 se descubrió una organización internacional en Italia que envolvía un número considerable de firmas sociales e individuales de Inglaterra, Francia y otros países occidentales, incluida Italia, complicados en la compra y entrega a Rusia de cobalto, aluminio, cobre, níquel, maquinaria estratégica y otros materiales. Todas estas transacciones eran dirigidas por Jakob Magura, agregado comercial de la Embajada rumana en Berna. El tráfico, verificado o no verificado por esta organización, alcanza cifras tan importantes que merece la pena darlas a conocer aun en los casos frustrados. En 1953, entre junio y mayo se trató de 10.150 toneladas de aluminio australiano y 5.000 de aluminio japonés.



Francia, Inglaterra e Italia han enviado a China comunista un elevado número de material estratégico que comprende toda clase de maquinaria y otros productos.

Con Magura operaba un californiano, súbdito italiano, de nombre Walter Itada, que fué detenido el 19 de mayo por la Policía italiana cuando trabajaba por situar dentro del bloque soviético la cantidad de 17.000 toneladas de cobre. Varias firmas de Zurich y Londres manejaban, invisiblemente, el gran negocio.

En cuanto al caso del «Wiima», el contrabando entra de lleno en el terreno de la simulación. De llevar una cosa por otra. El «Wiima» salió de Europa con 10.000 toneladas de petróleo. Oficialmente, y según la documentación de a bordo, el petróleo era de alumbrado y se destinaba a fines civiles. Ocurre sólo que el petróleo de alumbrado, cargamento del que se trataba, cuando se refina se convierte en combustible utilizable en otros fines. Apreñado el barco en Singapur, permaneció en el puerto durante más de tres meses, hasta que, al fin, adquirió la mercancía Estados Unidos, mediante compra y comunicación al Congreso, remitiéndose el petróleo al Japon para ser utilizado por las fuerzas militares de los Estados Unidos.

LOS PUERTOS CLAVES

A poco que se examine, aun manejando las cifras oficiales que el Departamento de Comercio norteamericano obtiene de sus aliados, la estadística de las exportaciones e importaciones de mercancías a la China comunista, un hecho parece evidente: el de ser Hong-Kong, la colonia británica, quien alcanza (y hablamos sólo del mercado oficialmente reconocido), en el terreno de la importación y de la exportación, las más altas cifras. En el año 1952, según el Departamento de Comercio, y sólo por el puerto de Hong-Kong, la cifra alcanzada por la exportación fué de 91 millones, contra los 145 de importación. El puerto de Hong-Kong, que recibe mercancía mundial, cierto, pero del que no deben de estar lejos las terribles, durísimas palabras del senador Karl Mundt (posteriormente a la labor realizada por la Subcomisión investigadora), con las que llegó a estas máximas afirmaciones: «... cuando se trata de un buque británico, matriculado en una colonia británica, no debieran de existir razones por las cuales el Gobierno inglés no pueda encontrar los medios para castigar a la Compañía propietaria por el sangriento dinero que gana.»

LA POLITICA BRITANICA

Podría afirmarse que es Inglaterra, por su tradición comercial en el mercado asiático, quien mas directamente ha intervenido, con sus colosales anteojeras, en la creación del «climat» de resistencia frente a la política norteamericana en China. Esta corriente negativa se debe, principalmente, a una serie de razones que descansan en un principio único: hasta ahora, nosotros, los ingleses, habíamos mantenido en orden el mundo asiático. De este razonamiento, no privado de cierta grandeza, se desprende inmediatamente otro sucesivo: el de ser Inglaterra, también, culpable en buena manera de lo que hoy ocurre en Asia. Y algo más: que la política británica se aferra, con una considerable y dramática miopía para las alteraciones históricas que se han producido en el mundo, a la creencia de pensar que, el gran conflicto, pertenece en vez de a un tono homogéneo y compacto, a una serie de sucesivas localizaciones de la enfermedad que pueden ser tratadas independientemente. Así, pues, la receta británica no supera en matiz

esta definición burocrática: paños calientes en todas las partes. Y aplicación a la inglesa.

Por otra parte, el comercio y la industria británica han ejercido una gran influencia para que la «vuelta» al comercio con China y el bloque soviético sea una realidad inmediata. Influencia y presión que no dejó de sobreentenderse, ni aún en los momentos claves de la expulsión de los comerciantes e industriales ingleses por la política fiscal de Mao Tsé Tung, en el año 1952. Y se afianzó esta creencia, a pesar de los pesares, por vivir el inglés de una corriente tradicional que le hacía pensar que que lo ocurrido ahora en China era, en vez de un suceso históricamente nuevo y complicado, una de tantas revoluciones de última hora en la vida china que terminarían de la misma forma: cobrando las costas, daños y perjuicios los ingleses. Quien lo piensa así lo hace porque, desde el siglo XVIII, maneja a su capricho el tinglado chino.

LA CUOTA INGLESA EN LA TRADICION CHINA

Históricamente, China, desde el siglo XVIII, forma parte del lujo británico. Desde sus primeros misioneros protestantes, fuerza de penetración más que de proselitismo religioso, el comercio y la política inglesa han llevado su presión contra la cultura china, impidiendo un desarrollo normal de ésta. Ello ha dado motivo, concretamente, a la consideración de doble fuerza unitaria a la Misión protestante y la Misión comercial. Al revés que en el caso de España, en el que, providencialmente, la evangelización era un freno frente al desmán y el exceso, la penetración protestante en China afirma más los caracteres drásticos de la política.

En el caso específico de Inglaterra, la gran rafiña de la India dió impulso y proporcionó la mayor parte del capital que se empleara en la revolución industrial. La fuerza económica que, a su vez, creció y se desarrolló de ella arrolló el privilegio comercial y monopolizador de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Ello dió motivo a que China se convirtiera en botín para todos.

En el principio los barcos de la India Oriental no recogían en las costas chinas otra cosa que la seda, el té y la porcelana. Dicen que el primer papel que decoró las habitaciones europeas fué el papel floreado de China. Lo cierto es que la balanza de pagos en estos primeros tratos con los nativos arrojaba un saldo muy desfavorable, ya que las compras excedían a las ventas. El mercado chino, muy tradicional, se interesaba poco por las mercancías europeas. Es entonces cuando se descubrió por los ingleses que China era un gran mercado para el opio. La llegada de esta droga provocó una rápida inversión de la balanza comercial. «Sobraba el dinero—dice Owen—para sobornar a todos los funcionarios del Imperio y cada vez había más mercaderes que hacían combinaciones privadas y se consagraban a este negocio. Los chinos comenzaron a consumir tal cantidad de opio que las naves extranjeras se llevaron de China cargamentos enteros de plata.» Y precisamente en el momento de máximo auge de este gran movimiento comercial y evangelizador del opio la creciente potencia industrial de las fábricas inglesas adquiría el poder necesario para influir directamente sobre el Gobierno. De esa influencia nació una de las más pintorescas definiciones comerciales de la vida inglesa: «Los establecimientos industriales obligaban a todos los barcos que zarpaban de Inglaterra a llevar una cuota de tejidos manufacturados que, por estar el mercado chino poco desarrollado para su adquisición inmediata, tenían que ser vendidos con pérdidas, pero considerando que las pérdidas se conjugaban en el negocio inmoral del opio.»

Es entonces cuando el Gobierno chino, verdaderamente asustado de las proporciones que tomaba el mercado del opio y de las grandes cantidades de plata que desaparecían, tomó la decisión de imponer reglamentos que limitaran severamente el tráfico. Ante esta medida, el Gobierno británico, en protección a los sagrados intereses de sus súbditos, obligó al Gobierno chino no sólo a permitir el comercio del opio, sino a aceptar el comercio libre para todos los mercaderes, negociaran con lo que negociaran. Que comerciar es vivir.

He aquí, pues, la razón que obliga a Inglaterra a considerar los asuntos chinos dentro de su órbita. Sólo que en este caso Norteamérica es quien ve claro y firme. Quien asume, cumplida y abnegadamente, la divisa contraria. Quien ha sabido entender y servir una política de verdad: entendiendo la hora histórica del mundo en su proporción justa

Enrique RUIZ GARCIA



Armamento de fabricación europea ha sido enviado al Extremo Oriente para las fuerzas rojas de Mao-Tse Tung.

ENCUESTA SOBRE PEINADOS

¿PELO CORTO?..
¿PELO LARGO?..

EVA Y SU CABELLERA

LA MODA DE LA MUJER
EMPIEZA POR LA CABEZA



OPINIONES DE CABELLOS LARGOS

EL Instituto de Opinión Pública entra a saco inteligentemente en las más variadas tierras. Y siembra, además, su tormenta, el gran desparpajo de las preguntas, en el sitio más imprevisible y en el más lógico. El caso es que su pólvora, su pólvora y su espuela, están siempre en la brecha. Y quizá por ello, repentinamente, como los niños y las mozas que no saben que el tiempo termina también por gastarse al lado de las fuentes, pregunta y pregunta en todas partes. El Instituto de Opinión Pública, ceremonioso y cauto, ligero y alegre como un soldado joven, no espera en las puertas ni hace fila en las colas. Se asoma a las verjas y llama, con su especie de voz con campanillas de bronce, en todas las esquinas. Para los demás, para nosotros, para ustedes, las puertas son muros sin palabras, cotas difíciles, alambradas altas, espesas, donde las preguntas que pudiéramos hacer se quiebran. El Instituto, al revés, entra en todas las casas. Llama en todas las puertas y, cuando salen, su voz, la larga y plena voz del pregón, toca ya en los balcones, en el hilo barroco y repujado de los hierros. Suena también en el oscuro jardín de la casona, y cuando abre la sirvienta, la que desde hace treinta años se encuentra en la casa, se ve arrollada por el gran sobresalto, por la aventura de las preguntas que cantan, con su lengua fina, la gracia del momento:

¿Largos o cortos?
¿Leonados o rojos?

Y nada más oír la respuesta los pies del Instituto se plantan en la esquina contraria. Al otro lado de la valla. Aun allí donde el cartel, moribundo en la lluvia del invierno, tiene su mote velazqueño: «Cuidado con el perro».

Los cabellos, ¿largos o cortos?
Cortos.
¿Y el color?
Rubios o caobas y rojos.

Pero de un rojo sedoso, límpido, alegre, festivo y fulgurante como una llama. Que la cabeza, la cabeza de la mujer, la cabeza de la mora negra se ha resuelto ahora por el cabello ceniza, plateado y marfileño. Por su cabello corto, su cabello sin trenzas. Su cabello corto y salomónico.

Porque la cabeza de la mujer no es sólo color, majeza, malla roja sobre la sombra azul de la mirada, sino que es también como un reto. Que el cabello corto, punzante, que parece quebrado, artificial, cortado a dentelladas, es parte fundamental de su fisonomía. Que es sin más, su fisonomía: su existencia y su existencialismo. Un cabello que no termina ahí, en su brevedad, sino que continúa, como el de la consagrada Audrey Hepburn, ingenia a la francesa, en la estrecha, fantástica y casi milagrosa angostura del pantalón negro. Traje y cabello para dominar las calles. Para conquistar el humo de las torres. Por eso, Audrey Hepburn, la «Ondine», el espíritu de las aguas de una muy reciente representación con premio, está destruyendo en América, en su mismo nido de rascacielos y de águilas, el prestigio de Marilyn Monroe, mujer de traje corto y pelo largo.

Yo tengo aquí, al alcance de la mano, el resultado de la encuesta. Repaso las preguntas y las respuestas que ha enderezado durante su trabajo el Instituto de Opinión Pública y vuelvo, un poco asombrado, a contender con alguna de ellas. El 36 por 100 de los preguntados contesta a una pregunta diciendo que las mujeres, las nuestras, llevarán trenzas postizas. O sea: de un lado cabello corto, pelambrea romántica, mítico y síntesis de Chateaubriand. Pero del otro, como el estoque de un bastón tranquilo, la trenza de las grandes ocasiones. La cabeza para la diadema y la espalda desnuda.

ITINERARIO CON CIERTA PRISA

Lo mejor de las corridas de toros es el momento de la salida de la fierra. El momento único y solemne en el que todo el horizonte de la tabla y la arena, vacío de capas, es del dominio del toro. Pues bien; lo mejor para saber lo que es la encuesta por dentro, en su aire íntimo y caliente, es irse con la esposa de peluquerías. Recorrer el camino que trazaron, con sus pies ligeros y sus ganas de preguntar y saber los del Instituto y ver, si ello es posible, cómo compran las señoras, con mano blanda y pulso fuerte, el ámbar y el fuego rojo. Ver cómo se engasta, bajo las caperuzas maricianas, el rubio, tinte por antonomasia, con el gris, la ceniza y el oro.

La «Peluquería de Señoras», como reza el título, es, antes que otra cosa, calor. Un calor hondo, de-



primente, grave. Las mujeres miran, bajo el niquelado caparazón de las cabezas, con un aire lejano y duro a los espejos. Mi mujer, felizmente cordial y alegre, levanta mis preguntas. Impide que mi itinerario con cierta prisa se convierta en itinerario en retirada. Mientras, en lo alto, bajo el techo, el ventilador corta el olor agrídulce, casi pastoso, del ambiente. En Méjico, me dice mi mujer, yo iba siempre a la peluquería de Walter. Walter era, y pienso que lo seguirá siendo hoy, un personaje peregrino. Cortaba el pelo con una navaja. A tiros, casi a la manera de los pieles rojas. Era austriaco y se refa de las tijeras. Decía que, con cualquier navajita de bolsillo, se hacía mejor.

Las mujeres, según la encuesta, hablan el 82 por 100 de modas. Y un 68 por 100 destaca las virtudes de los maridos, mientras que un 24 por 100 destaca sus defectos.

Las primeras, según una oficiala, hablan bien, pero poco. Las segundas, mal; pero mucho. Todas, además, salvo a las que cortan el pelo con esos ligeros, sonoros dedos de peluquero remediando siempre la tijera, leen. Las revistas están en las mesitas y, desde mi silla, en la que me siento con una cierta desconfianza provinciana, veo que les más solicitada: son las de cine. Pasan de prisa las hojas y, repentinamente, sin terminarla, buscan en el honorable montón una más propicia. La oficiala, mejor dicho la aprendiz que me dice es aprendiz, termina por decir: «Como si supiera inglés». Y el inglés-inglés de las revistas ayuda, con las editadas en español, a recorrer el filo hondo de las horas que la peluquería entretiene. Cada vuelta de hoja, como el compás de una gran campanada de papel, pone en marcha la presentación de nuevas cabezas de mujeres. Así durante horas, porque son las nueve y la peluquería, como una farmacia, como el laboratorio de una gran alquimia, como la borrachera de aguarrás de una paleta de pintor, parece fermentar de su propia semilla.

Todavía, antes de salir a la calle, antes de enfrentarnos con el aire libre, con las cabezas de mujer recién puestas de corto, recién vestidas de ceniza o de oro, de caoba o de negro, tuve la suerte de ver pasar de mano en mano de las oficialas una trenza muerta. La traían envuelta en un papel de seda, en un papel frío, sin aroma. El maestro miró durante un instante el mechón de pelos, el «muestrario», y mandó decir: «Dígala que tefiré la trenza del mismo color. No existe ninguna dificultad». Y la trenza, quién sabe si recién cortada, fué envuelta de nuevo en el limpio, aséptico papel sin aroma.

Fuera, al aire libre, las mujeres pasaban con sus cabellos cortos, frescos, bien penetrados de viento de montaña. De seda.

He aquí, pues, la encuesta, la brújula y la estrella, la pregunta y su clave. He aquí, pues, la melena y el pulso, la mirada y la réplica.

(Fotos Cortina.)



MODA ES ASI • SI ES USTED RUBIA, MORENA O CASTAÑO, AQUI TIENE SU RECETA...

- 1.—¿Cree usted que seguirá la moda del cabello corto en la próxima primavera?
- | | |
|--------------|------|
| Sí | 96 % |
| No | 2 % |
| No contestan | 2 % |
- 2.—¿Qué largo aproximado cree usted que deberá tener el cabello?
- | | |
|---------------------------|------|
| Menos de ocho centímetros | 70 % |
| Más de ocho centímetros | 10 % |
| Indeterminado | 20 % |
- 3.—¿Qué estilo se llevará más en la próxima temporada?
- a) Para jovencitas:
- | | |
|------------------------------------|------|
| Peinados a base de cabellos cortos | 68 % |
| Peinados a base de cabellos largos | 20 % |
| Peinados indeterminados | 12 % |
- b) Para jóvenes (de veinte a treinta años).
- | | |
|------------------------------------|------|
| Peinados a base de cabellos cortos | 82 % |
| Peinados a base de cabellos largos | 10 % |
| Peinados indeterminados | 8 % |
- c) Para señoras jóvenes (de treinta a cuarenta años).
- | | |
|------------------------------------|------|
| Peinados a base de cabellos cortos | 82 % |
| Peinados a base de cabellos largos | 13 % |
- 4.—¿Cuáles serán los colores de cabellos que, a su juicio, estarán más en voga? (Señálese tres por orden de importancia) (*).
- 1.º
- | | |
|----------------|------|
| Rubios | 32 % |
| Caobas o rojos | 32 % |
| Grises | 12 % |
| Castaños | 8 % |
| Cenizas | 8 % |
| Naturales | 6 % |
| Negros | 2 % |
- 2.º
- | | |
|----------------|------|
| Rubios | 44 % |
| Caobas o rojos | 18 % |
| Castaños | 18 % |
| Grises | 10 % |
| Fantasia | 4 % |
| Naturales | 2 % |
| Cenizas | 2 % |
| Negros | 2 % |
- 3.º
- | | |
|----------------|--------|
| Caobas o rojos | 36 % x |
| Rubios | 26 % |
| Castaños | 14 % |
| Negros | 10 % |
| Grises | 10 % |
| Naturales | 4 % |
| Cenizas | 2 % |
| No contestan | 4 % |
- (*). Algunos ponen doble tonalidad, lo que supera, por tanto, el porcentaje.
- 5.—Los colores del pelo, ¿deben guardar relación con el color de los ojos?
- | | |
|----------------------------------|------|
| Sí | 72 % |
| No | 26 % |
| (14 % partidarios del contraste) | |
| No contestan | 2 % |
- 6.—De contestar afirmativamente la pregunta anterior, ¿cuál cree usted que es el color del cabello que, a su juicio, hace mejor juego con el color de los ojos?
1. Para ojos grises, cabellos...
- | | |
|----------------|------|
| Rubios | 32 % |
| Caobas o rojos | 8 % |
| Castaños | 14 % |
| Negros | 14 % |
| Cenizas | 8 % |
| Grises | 4 % |
| Otros tonos | 8 % |
| No contestan | 14 % |
2. Para ojos azul claro, cabellos...
- | | |
|----------------|------|
| Rubios | 46 % |
| Cenizas | 14 % |
| Negros | 10 % |
| Grises | 6 % |
| Castaños | 4 % |
| Rojos o caobas | 4 % |
| Otros tonos | 2 % |
| No contestan | 14 % |
- 7.—¿Cree usted que se seguirán llevando reflejos y mechones de distinto color que el matiz general del cabello?
- | | |
|---------------------|------|
| Sólo reflejos | 62 % |
| Sólo mechones | 4 % |
| Reflejos y mechones | 26 % |

- | | |
|------------------------|-----|
| Ni reflejos y mechones | 6 % |
| No contestan | 2 % |
- 8.—¿Cree usted que se llevarán trenzas, moños o melenas postizas?
- | | |
|---------------------------|------|
| Trenzas | 36 % |
| Habitualmente | 14 % |
| Accidentalmente | 22 % |
| Moños | 46 % |
| Habitualmente | 24 % |
| Accidentalmente | 22 % |
| Melenas postizas | 4 % |
| Habitualmente | 4 % |
| No se llevará nada de eso | 30 % |
| No contestan | 10 % |
- (*). Algunas contestaciones son dobles o triples.
- 9.—A su juicio, ¿influye en el tipo el peinado, el tamaño y la forma de la nariz?
- | | |
|----|------|
| Sí | 96 % |
| No | 4 % |
- 10.—¿Influye en el tipo de peinado la forma general de la cara?
- | | |
|--------------|------|
| Sí | 94 % |
| No | 4 % |
| No contestan | 2 % |
- 11.—¿Existen modelos típicos y genuinamente españoles o en todos nuestros peinados hay una influencia del extranjero?
- a) Existen estilos españoles:
- | | |
|--------------|------|
| Sí | 68 % |
| No | 2 % |
| Poco | 14 % |
| No contestan | 16 % |
- b) Existe una fuerte influencia extranjera:
- | | |
|--------------|------|
| Sí | 82 % |
| No | 4 % |
| Poco | 6 % |
| No contestan | 8 % |
- 12.—Caso de existir una fuerte influencia, ¿de qué nación cree usted que procede?
- | | |
|----------------------|----------|
| De Francia | 98 % (*) |
| De Norteamérica | 20 % |
| De otros países | 18 % |
| No existe influencia | 2 % |
- (*). Algunas contestaciones son dobles.
- 13.—¿Las señoras que frecuentan su establecimiento son en su mayoría solteras, casadas o viudas?
- | | |
|---------------|----------|
| Solteras | 80 % (*) |
| Casadas | 80 % |
| Viudas | 50 % |
| Indeterminado | 2 % |
| No contestan | 4 % |
- (*). Algunas contestaciones son dobles.
- 14.—Según su observación personal, ¿a qué edad cree usted que son más exigentes las mujeres en cuestiones de peinados?
- | | |
|------------------|------|
| De 16 a 20 años | 20 % |
| De 21 a 25 años | 26 % |
| De 25 a 30 años | 18 % |
| De 30 a 35 años | 44 % |
| De 35 a 40 años | 50 % |
| De 40 a 45 años | 26 % |
| De 45 a 50 años | 20 % |
| De 50 a 55 años | 4 % |
| De 55 a 60 años | 2 % |
| Más de 60 años | 4 % |
| A ninguna edad | 2 % |
| A cualquier edad | 12 % |
- 15.—Según su observación personal, ¿de qué hablan las mujeres en la peluquería?
- | | Sí | No | No contestan |
|----------------------------------|------|------|--------------|
| De modas | 82 % | 2 % | 6 % |
| De economía doméstica | 52 % | 20 % | 18 % |
| De los hombres | 44 % | 18 % | 28 % |
| De deportes | 46 % | 22 % | 20 % |
| De estética | 2 % | | |
| De cotilleo | 34 % | 32 % | 24 % |
| De política, arte y literatura | 42 % | 28 % | 20 % |
| De cine | 10 % | | |
| De espectáculo en general | 4 % | | |
| De viajes, labores, verano, etc. | 2 % | | |
| De restricciones | 2 % | | |
| De todo un poco | 10 % | | |
- 16.—Y cuando se refieren a sus esposos, ¿en qué términos se expresan las casadas?
- | | |
|-------------------------|------|
| Destacando sus virtudes | 68 % |
| Destacando sus defectos | 24 % |
| Indeterminado | 6 % |
| No contestan | 2 % |

CABELLOS CORTOS, CABELLOS LARGOS... LOS PELUQUEROS TIENEN LA PALABRA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



VOTACION SOBRE PEINADO



¿PELO CORTO?

¿PELO LARGO?

VEA PAG. 61



EVA
Y SU

CABELLERA

